

UN HOMBRE DE NEGOCIOS



**CHRISTIAN
MARTINS**



Un hombre de negocios

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN JULIO 2018

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS

Como siempre, para mis chicas Martins.

Gracias a todas mis lectoras por compartir conmigo cada historia que escribo. Las hacéis especiales.

Conseguís que todo merezca la pena.

“Los escritores no dan recetas. ¡Le dan dolores de cabeza!”

Chinua Achebe

1

El sol brillaba en lo alto de Luisiana y Nicki Grace no pensaba desaprovechar esa perfecta oportunidad para lucir su vestido favorito. Tenía flores de todos los colores, era de tirantes y lucía un escote en pico que a ella le parecía de lo más provocativo.

Se quedó mirándolo fijamente y una sonrisa se ensanchó en su rostro poco a poco, mientras lo soltaba de la percha con una sensación de regocijo en su interior.

Habían sufrido un largo y duro invierno, y los sureños no estaban acostumbrados a ello. Así que, por fin, podían disfrutar de una primavera cálida.

Nicki se imaginó finalizando el día — un día perfecto, claro —, sentándose en el porche de su casa y tomándose una refrescante limonada mientras la brisa del golfo erizaba el vello de su piel.

— ¿Nicki? ¡Baja a desayunar conmigo, Nicki!

La voz de su madre hizo que, simultáneamente, la sonrisa de su rostro desapareciera.

Revisó el reloj y descubrió que iba muy bien de tiempo. Hasta las ocho no tenía que estar en el colegio, y aún eran las siete y media. Se colocó el vestido con parsimonia, estirando cada segundo para que el desayuno resultase lo menos tortuoso posible.

Mientras se cepillaba su rubio cabello, escuchó a su madre vociferar algo

ininteligible y decidió que había llegado la hora de bajar al comedor y encontrarse con ella.

— Ya era hora — le recriminó su madre, refunfuñando — , parece que cada día tardas más en prepararte...

Nicki fingió revisar la hora con inocencia.

— Sí, parece que se me ha hecho un poco tarde...

Su madre, Betty, le indicó con un gesto silencioso que tomase asiento y que se sirviera una taza de café. Nicki obedeció y procedió con la habitual rutina diaria.

— No lo habrás hecho queriendo, ¿no?

La joven levantó la vista y fingió una mueca de espanto. Se quedó observando a su madre fijamente y se percató de que aquella mañana parecía más vieja que el día anterior. ¿Habría pasado mala noche?

— ¡Por, Dios, claro que no, mamá! — exclamó, fingiendo indignación.

— Más te vale... Porque no sería propio del comportamiento de una dama sureña...

Nicki guardó silencio, rezando interiormente porque su madre no comenzara a recitar todas las obligaciones que tenía como dama sureña. Betty miró fijamente a su hija hasta que, al final, la joven se relajó y tomó un sorbo de café.

— ¿Vas a llevar ese vestido al colegio? — escupió Betty, con el ceño fruncido.

A modo de respuesta, Nicki resopló.

Sí, era evidente que iba a ir así vestida al trabajo.

Y sí, su madre sabía que aquel vestido era la prenda favorita de su armario.

— En fin — continuó la mujer, fingiendo estar ofendida — , supongo que la gente ya no se sorprenderá de que mi hija vaya así vestida, aunque me pregunto si realmente se pensarán que yo apruebo semejante ridiculez...

— A la gente no le importa cómo vaya vestida, mamá — se defendió, justo antes de darle otro largo sorbo al café y de revisar la hora de su reloj.

Dos minutos más.

— ¡Claro que le importa!

— No, mamá...

— ¿No te he educado para que seas una dama sureña? ¡Cualquiera lo diría!

Nicki inspiró y liberó lentamente el aire de sus pulmones, manteniendo la calma y evitando comenzar el día con mal pie.

— ¿Por qué no te pones el vestido azul que te regaló la tía Margory? Esta tarde vendrá a jugar al bingo con nosotras y seguro que se alegra de ver que te lo pones.

— Esta tarde he quedado con María para ir al cine, mamá...

La mujer se levantó de la silla estrepitosamente, fingiendo encontrarse tan dolida como ofendida. Nicki sabía que su madre tenía grandes dotes de teatro y que en el fondo tan sólo pretendía hacerla sentir mal, pero también sabía que si se lo proponía aquella mujer a la que llamaba madre podría hacer de su vida un infierno. Y no quería eso, ¿verdad?

— Si tu padre estaría aquí... — gimoteó Betty.

— No sigas, mamá — resopló, rindiéndose — . Me pondré el vestido azul de la tía Margory.

Revisó el reloj mientras ascendía las escaleras en dirección a su dormitorio y descubrió que, además, llegaría tarde a la primera clase.

¡Genial!, se dijo mentalmente.

Se cambió de vestido con rapidez y revisó con desagrado la imagen que le devolvía el espejo; parecía ir metida en un saco. La tía Margory era, como poco, muy clásica en lo que a vestimenta se refería... En fin, al menos, el azul del vestido le hacía juego con el celeste de sus ojos.

Descendió apresurada las escaleras y se encaminó hacia la puerta principal sin entrar al comedor.

— ¡Me marchó, mamá! — gritó, anunciando su partida.

— ¡El bingo será a las seis en punto, cariño!

Nicki no se molestó en responder.

Se montó en la bicicleta y echó a pedalear con rapidez calle abajo mientras su madre revisaba el aspecto de su hija a través de la ventana del salón. Sonrió satisfecha y después regresó a la salita del comedor.

Betty tampoco aprobaba que su pequeña dama sureña fuera a trabajar en bicicleta, pero ése había sido un punto en el que Nicki no había cedido y en que tampoco pensaba ceder en un futuro cercano.

Frenó en seco cuando alcanzó el kiosco del señor Peterson y aprovechó para comprar el bollo de mantequilla que se comía cada día en el almuerzo. El hombre se despidió de ella y Nicki continuó su camino mientras imaginaba la cara que pondría su madre si se enterase de la alimentación que llevaba fuera de casa.

“Comer bollos no es propio de una dama sureña”, le diría con seguridad. Y después le recordaría lo importante que es guardar la línea para encontrar marido y añadiría que las damas sureñas deben picotear por encima y comer como los pajaritos.

Encadenó la bicicleta al poste y subió apresurada hasta la segunda planta del colegio. Cuando llegó a su clase, todos los niños se encontraban sentados en sus pequeños pupitres, esperándola.

— ¡Buenos días, señorita Grace! — saludaron al unísono.

De pronto, la sonrisa que con tanto esfuerzo su madre le había robado volvió a brotar en su rostro.

— ¡Buenos días, niños! — respondió, dirigiéndose a su escritorio.

2

Tomó asiento en la sala de profesores y comenzó a mordisquear muy despacio su bollo de mantequilla. Si no se controlaba lo suficiente, era capaz de devorarlo en una sola sentada. Y Nicki estaba segura de que aquel pequeño capricho que se concedía diariamente merecía ser disfrutado con tranquilidad. Al fin y al cabo, pasaría el resto de su vida en forma de centímetros en sus cartucheras.

— ¿Otra vez tarde, Nicki? — saludó Lysa al entrar — . ¿Qué te ha pasado esta vez?

— No me sonó el despertador — se excuso, mintiendo con convicción — . ¿Qué tal, Lysa?

Lysa no era, precisamente, su alma gemela. Ambas eran rubias de ojos azules y de complexión delgada; pero a diferencia de Nicki, que tenía el cabello de color ceniza y su delgadez se debía a la estricta dieta a la que su madre la sometía, Lysa tenía el cabello de color oro y lucía un cuerpo atlético que cuidaba diariamente con varias horas de gimnasio. Lysa y ella habían ido juntas al colegio y al instituto, hasta que sus caminos se separaron en la universidad. Nicki había aprovechado la oportunidad para abandonar el sur y conocer la gran manzana, pero tras la muerte de su padre, no había tenido otro remedio que regresar a casa para encargarse de su madre. Tras su regreso, Betty se encargó de que el colegio municipal de Hahnville le concediera un puesto en condiciones a su querida hija para que pudiera mantenerse — y mantenerla — con dignidad, pues Nicole Grace era — según las palabras de su madre — una prestigiosa universitaria que había adquirido experiencia en Nueva York, cuyos servicios no podían rechazar si tenían dos neuronas en el cerebro.

En realidad, Nicki regresó a Hahnville nada más graduarse y su primera

experiencia laboral resultó ser desempeñando el puesto de trabajo que ahora ocupaba.

— Yo muy bien — respondió, sin entrar en detalles y sin devolver de vuelta la pregunta.

Nicki observó a Lysa sentarse frente a ella y sacar su táper con frutas cortadas. Pensó que su madre hubiera sido más feliz si le habría tocado una hija como ella en su lugar, y después reprimió una pequeña risita. María irrumpió poco después en la estancia y unos segundos más tarde, apareció Neo.

— Deja de mirarle o se dará cuenta — le advirtió María con un pequeño codazo.

María era su mejor amiga — o, al menos, la única que tenía — , y Neo era el hombre del que llevaba plenamente enamorada desde hacía varios años.

Pero claro, Neo sólo tenía ojos para Lysa. Aunque gracias a Dios, Lysa sólo tenía ojos para ella misma.

María colocó sobre la mesa los últimos trabajos de sus alumnos y comenzó a garabatear anotaciones sobre las páginas. Nicki hizo lo mismo. Aprovechar el almuerzo para corregir trabajos concedía tiempo libre después de las clases.

— ¿A qué hora vamos al cine?

— No creo que pueda ir — respondió Nicki en un susurro, repasando la lista que los alumnos le habían hecho sobre las actividades y deseos que tenían para aquel verano — . Mi tía Margory viene a jugar al bingo.

María frunció el ceño.

— ¡Qué juegue con tu madre...!

— Ya sabes cómo son... Esperan que yo esté con ellas.

Sus niños, como a ella le gustaba llamarles, eran de lo más ingeniosos. Uno de ellos le había escrito que aquel verano quería construir una casita encima de un árbol y otro había puesto que quería nadar con tiburones. Nicki contenía la risa mientras iba leyendo las frases de los pequeños hasta que la página casi en blanco que Izan le había entregado captó su atención.

“Me gustaría estar con mi papá.”

Eso había sido todo lo que el pequeño de seis años había escrito. Nicki sintió una repentina impotencia recorriéndole el cuerpo y tuvo que contener la rabia para no arrugar el papel que tenía bajo sus manos.

Apartó el folio de Izan y lo introdujo en una carpeta junto a otras muchas cosas que quería que el señor Clifford, el padre de Izan, viera con sus propios ojos. Había intentado concertar una reunión con él en repetidas ocasiones, pero no había tenido éxito en la tarea. Pensó que, quizás, debía de dirigirse a él de diferente manera.

Cogió el bolígrafo que tenía sobre la mesa y escribió.

Querido señor Clifford,

Como profesora, me preocupa su actitud inapropiada con lo que respecta a la educación de su hijo. Puede que el futuro de Izan no sea de su interés, pero mi deber es velar por su buena educación y su correcto desarrollo social.

Una vez más, y por decimo sexta vez en lo que llevamos de año, solicito concertar con usted una reunión para tratar los asuntos antes mencionados.

Espero no verme en el deber de tomar otro tipo de medidas.

Un saludo,

Nicole Grace.

María se estiró para fisgonear por encima del hombro de su amiga.

— Creo que eres la única de todo Hahnville que quiere ver a ese hombre — señaló, risueña.

El señor Clifford era, como poco, famoso entre la gente del pueblo. Él y su hijo se habían mudado hacia tan solo un año, y desde entonces el misterioso hombre de negocios aún no se había dejado ver. El pequeño Izan iba siempre acompañado por su chófer, Rob — que más bien parecía un guardaespaldas —, y papá Clifford tenía una vida demasiado ajetreada como para conceder dos minutos a la educación de su hijo. Nicki había escuchado que era el dueño de una importante petrolera y que se había instalado en Luisiana para explotar las petrolíferas de la zona.

Como norma general, los sureños no solían querer cerca a la gente de fuera, pero menos aún a aquellos que iban de importantes empresarios inadaptados y que tan sólo se aprovechaban de sus tierras y de su gente. A esos no los querían ni en pintura.

— Cueste lo que cueste me reuniré con él y le cantaré las cuarenta — aseguró Nicki.

— ¿Por qué lo dudo? — bromeó su amiga entre risitas.

— Porque tienes muy poca fe en mí, María...

Justo en ese instante, Neo tonteaba descaradamente con Lysa frente a ella. Nicki pensó que su espantoso día no hacía otra cosa más que empeorar.

— Vámonos, será mejor que corriamos los trabajos en otra parte... — señaló la joven, incapaz de no desviar la mirada hacia la pareja de enfrente.

— Sí, será mejor dejar espacio para los dos tortolitos... — concordó María.

3

Sacrificar su tarde por su madre y la tía Margory no resultó tan espantoso como había imaginado. Nicki tuvo suerte — cosa que no era habitual — , y ganó dos partidas consecutivas al bingo electrónico.

Después se sentó en el comedor y se tomó una tacita de té mientras su tía Margory y su madre despotricaban sobre la dueña de la cafetería Blue Lagon. Nicki evitó entrar en la conversación, porque la mujer le caía bien y, además, hacía los mejores cruasanes de todo Hahnville; así que desvió la mirada hacia el cielo anaranjado que se extendía tras la ventana y pensó en Neo.

¡Dios, qué guapo era!, se dijo, distraída, mientras fantaseaba con el instante en el que él se fijase en ella. Tropezarían en un pasillo del colegio, él le tiraría los libros sin querer y después la ayudaría a recogerlos del suelo. Sus cabezas chocarían torpemente y, entonces, ambos se reirían y se mirarían mágicamente a los ojos. Después Neo la invitaría a cenar en su casa, o en algún romántico italiano de esos que ponen velitas en la mesa.

— ¿Te lo puedes creer? ¡Un negro!

— Terminará robándole el dinero — señaló Margory.

— O la comida. No me extrañaría que apareciera muerta cualquier día...

— ¿Quién? ¿La señora Morgan? — intervino Nicki, impactada por las especulaciones de su madre.

— Así es, querida... Resulta que le ha dado trabajo a un negro... ¡En la cafetería!

— Pero no a uno de esos mulatos... ¡A un negro!

— ¿Y qué más da si es mulato o negro? Son todos iguales, Betty...

Nicki pestañeó, incrédula, sin poder creer lo que ambas estaban diciendo.

Sabía que su madre y su tía eran unas anticuadas pero, por el amor de Dios, ¿realmente podían ser tan retrogradas y racistas? No era posible.

— No estaréis hablando en serio, ¿verdad?

Tanto Margory como su madre asintieron en señal afirmativa.

— Bueno, vale... — dijo, indignada, levantándose de la mesa —, creo que he escuchado suficiente.

— ¿A dónde vas? — inquirió su tía Margory.

Nicki no podía ni mirarlas.

— ¡A dar un paseo! — exclamó mientras se dirigía a la puerta.

— ¿Y la cena, Betty? ¿Vas a dejar que se marche sin cenar?

— ¿Tú la ves de no comer, Margory? Le vendrá bien ayunar un poco... ¡Mira el culo que está echando! ¡Y las cartucheras que tiene!

Cerró la puerta tras de sí y una sensación de alivio la recorrió de pies a cabeza.

¡Dios! A veces eran capaces de volverla loca de remate...

Comenzó a caminar bajo el atardecer sin un rumbo concreto. No le importaba a dónde dirigirse, tan sólo necesitaba escapar de aquellas cuatro paredes a las que inevitablemente debía llamar hogar.

Cuando quiso darse cuenta, estaba plantada frente a la cafetería Blue Lagon, mirando la cristalera del local fijamente. No sabía exactamente qué la había arrastrado hasta aquel lugar, seguramente la curiosidad, pero aún así decidió darse un capricho y cenar uno de los riquísimos cruasanes de la señora Morgan y conocer al nuevo camarero. Sabía por experiencia propia que en Hahnville la gente no solía ser demasiado agradable y que, a veces, un poco de amabilidad podía alegrarle el día a cualquier persona.

Cruzó la carretera que la separaba del establecimiento y entró en el local. Hacía bastante tiempo que no se dejaba caer por allí y su aspecto familiar la agradó de inmediato. El Blue Lagon era una cafetería con encanto; tenía las paredes pintadas de un naranja pálido y muy cálido y estaba decorado con carteles de las marcas de bebida más famosas de los ochenta. Detrás, incluso, se dejaba ver algún viejo cartel de las primeras películas que se emitieron en

el cine de Hahnville, con despampanantes actrices y trajes de la época.

— Buenas noches, Nicki — saludó la señora Morgan, sonriendo.

Sin lugar a duda, era una mujer realmente encantadora.

Nicki la escrutó unos instantes antes de responder, evaluando disimuladamente cómo la había tratado la vida durante aquel periodo de tiempo en el que no habían coincidido. La verdad es que la mujer parecía cansada. Tenía el pelo a medio hacer, lucía su habitual delantal amarillo con dibujitos de cucharas y tenedores y parecía haber adelgazado un par de kilos — aunque eso último puede que se lo estuviera imaginando — , quizás por el estrés.

— Buenas noches, señora Morgan — sonrió, sentándose en la barra — . ¿Le queda alguno de esos buenísimos cruasanes?

La mujer asintió con orgullo.

— Siempre queda alguno — señaló, dirigiéndose a la pequeña vitrina que tenía tras la barra — , procuro que sobren a que falten, así que estás de suerte, Nicki...

La joven asintió y se acomodó en su asiento a la espera.

Unos instantes después, el nuevo camarero salió de la barra con un delantal idéntico al que siempre vestía la señora Morgan.

— ¡Ah, Nicki! — exclamó la propietaria del local — . Te presento a mi nuevo ayudante, Makai.

Nicki sonrió, volviéndose hacia el chico que la señora Morgan le presentaba.

Calculó que no debía tener más de diecisiete años, lo que le extrañó.

— Makai me ayudará hasta el final del verano... Está ahorrando para la universidad, ¿sabes?... ¿Te apetece un chocolate caliente, Nicki?

— ¡Por favor! — exclamó, imaginándose la cara que pondrían su tía y su madre si pudieran observarla en esos instantes.

— En marcha un chocolate caliente — anunció Makai con entusiasmo.

Una brillante sonrisa iluminó su rostro y Nicki pensó para sí misma que parecía un buen chico. Deseó que su madre y su tía fueran las únicas estúpidas del condado, pero por desgracia sabía que en un pueblo tan conservador como

Hahnville el pobre Makai se encontraría con bastantes especímenes del estilo a ellas.

— ¿Y qué estudias, Makai?

Decidió no esperar al chocolate caliente para comenzar a devorar su cruasán.

— Quiero estudiar derecho, señorita — respondió, calentando la leche mientras tanto.

— Prefiero que me llames Nicki, si no te importa...

El chico se giró hacia ella y le guiñó un ojo en señal de aprobación.

— Aquí tienes tu chocolate caliente, Nicki — dijo, colocando la taza frente a la joven.

¡Dios!

Aquella bomba de calorías era la plena definición de felicidad.

Se preguntó, mientras saboreaba la explosión de sabor que estallaba en su paladar, hacía cuánto tiempo que su madre no disfrutaba de un manjar similar a éste. Seguramente, años. O décadas, quizás.

Soltó una leve risita mientras se imaginaba a su querida madre repitiéndole que “debía tener dos neuronas en el cerebro si se comía ese cruasán para cenar y después irse a dormir”. Nicki pensó que sus dos neuronas, en esos instantes, eran plenamente felices.

La señora Morgan encendió la radio y sintonizó la emisora que emitía las mejores canciones roqueras de los ochenta y “lady”, de Kenny Rogers, comenzó a sonar de fondo conquistando el ambiente de la cafetería.

Después, tanto la dueña del local como Makai, se sirvieron otro chocolate calentito y se sentaron junto a Nicki para disfrutar de las últimas luces del atardecer. Se quedaron observando el cielo que se dejaba ver tras la cristalera, comentando superficialmente las últimas novedades que se habían dado en el pueblo y, en particular, en sus vidas.

En aquel instante, Nicki sintió que en aquella cafetería se sentía realmente a gusto consigo misma y se preguntó por qué demonios habría pasado tanto tiempo sin dejarse caer por allí.

Quizás en Blue Lagon sí podría llegar a encontrar un hogar.

4

Aquella mañana su madre no la llamó para instarla a desayunar. Era evidente que estaba disgustada por las horas tardías a las que había regresado a casa el día anterior, pero a Nicki no le importaba en absoluto. Se había despertado de buen humor y no pensaba permitir que Betty estropeará, por segundo día consecutivo, una mañana más de su vida.

Se vistió como le dio la gana, sin esperar satisfacer los gustos de nadie en particular — más que los de ella misma — y bajó a la planta baja sigilosamente. Consiguió alcanzar la cocina con movimientos gatunos, pero no fue lo suficiente silenciosa como para pasar desapercibida. Betty la esperaba en el pasillo con los brazos en jarras.

— ¿No te piensas disculpar? — escupió, pestañeando con incredulidad.

Nicki estuvo tentada de pasar de largo sin responder. Al final, se resignó.

— Lo siento, mamá...

— Espero que hoy puedas compensarlo después del trabajo, Nicki. Estuvo muy mal por tu parte marcharte de esas maneras y no regresar para despedirte de la tía Margory.

— Lo sé, mamá... Ya te he pedido perdón, ¿no? — resopló.

Procuraba terminar con la reprimenda lo antes posible, pero sospechaba que no obtendría éxito en dicho objetivo. Betty parecía realmente indignada.

— Bueno, Nicole... Hoy tendrás la oportunidad de remediarlo y de disculparte. La tía Margory vendrá a ver la novela con nosotras.

¡Oh, no!, pensó, espantada, ¡la novela no!

Eso significaba, como poco, tres horas de telenovela y de drama. Seguramente la tía Margory terminaría llorando como una magdalena y sonándose los mocos como una trompeta.

— No voy a poder quedarme con vosotras, ayer cambié la sesión de cine para hoy y María...

— ¿Tengo que recordarte que la tía Margory es la única familia que nos queda con vida? — le recriminó, procurando simular en tono de voz de una buena y sabia madre — . Ayer se marchó muy ofendida, Nicole...

— Puedo imaginármelo, mamá, y claro que no tienes que recordarme que la...

— A veces me cuesta creer que has recibido la educación de una dama sureña — puntualizó, farfullando en voz baja — . Aquella maldita universidad...

Nicki revisó el reloj mientras su madre continuaba despotricando contra ella como si no se encontrase delante; si no salía de casa en esos instantes, llegaría — ¡de nuevo! — tarde a la primera clase.

— Vendré a ver la novela con vosotras — concluyó, haciéndose paso hacia la puerta.

Betty sonrió, satisfecha, observando cómo su hija se rendía a sus chantajes emocionales.

Agradeció el aire fresco y la sensación de libertad que la dominaba cada vez que abandonaba aquella casa. Comenzaba a sentirse asfixiada cada vez que se encontraba en el lugar que, tiempo atrás, había considerado su hogar. Se subió en su bicicleta, revisó su reloj de muñeca y comenzó a pedalear hacia el kiosco del señor Peterson sin mirar atrás, con el pensamiento fijado en su bollo de mantequilla, sus niños y... Neo.

Desde luego, Neo significaba un enorme incentivo para cuando le daba pereza ir a trabajar.

Llegó al colegio con seis minutos de antelación y, como cada mañana, saludó al señor Adams cuando pasó frente a la conserjería. La sirena de entrada al aula aún no había resonado, así que se dirigió a su clase mientras

tarareaba una melodía que no recordaba dónde había escuchado con anterioridad. Cuando abrió la puerta del aula se chocó de bruces con la perfecta Lyssa, sentada en la silla de su escritorio.

— ¿Qué haces aquí? — soltó, sin pensar en lo desagradable que sonaba su tono de voz cuando se dirigía a ella.

Estaba comenzando a recuperar su buen humor, así que lo último que necesitaba era encontrársela.

Lysa fingió un bostezo por aburrimiento y resopló.

— El director Duch quiere reunirse contigo y me ha pedido que te sustituya en tu clase — anunció, dejando boquiabierto a Nicki —. Me tocaba la guardia de la biblioteca.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

¿Por qué quería reunirse con ella el señor Duch? ¿Acaso había hecho algo malo? Hizo un esfuerzo por recordar los últimos días en el colegio, esperando encontrar entre ellos algún malentendido que pudiera haberle causado problemas.

— ¿Y qué quiere el director Duch de mí?

Lyssa desvió la mirada hacia la ventana y, sin girarse hacia su compañera, respondió.

— ¿Por qué no se lo preguntas a él, Nicki?

La joven titubeó unos instantes, aún muerta de miedo.

Al final, regresó por donde había llegado y cerró la puerta tras de sí al marcharse, con el pulso acelerado y la respiración agitada.

Nicki no recordaba la última vez que el director Duch se había reunido con ella a solas, lo que la instaba una intranquilidad descomunal. La sirena que anunciaba la entrada de los alumnos al centro comenzó a resonar por los altavoces justo en el momento en el que Nicki llegaba al despacho del director Duch. Golpeó la puerta con los nudillos cuando el bullicio de los pequeños niños correteando por los pasillos inundaba el ambiente.

— ¡Adelante! — exclamó el director Duch desde dentro.

La joven entreabrió la puerta temblorosamente y caminó un paso al frente.

Se quedó paralizada en el umbral y echó una rápida ojeada a la estancia intentando encontrar alguna pista que indicase a qué se debía su presencia allí. Se sorprendió al comprobar que el señor Duch no estaba solo. Otro hombre se encontraba sentado frente a su escritorio. Nicki desvió su atención hacia él unos instantes; era moreno, vestía un traje azul marino con camisa blanca — demasiado elegante para un profesor, pensó — y tenía los ojos verdes e intensos. Por alguna razón incomprensible, un escalofrío se extendió por su cuerpo cuando el misterioso invitado del director Duch clavó su mirada en ella.

— ¿Señorita Grace? — inquirió el director.

— ¿Sí, se...señor? — tartamudeó.

— Siéntese y cierre la puerta, por favor.

Nicki asintió con solemnidad y obedeció las órdenes.

— ¿Ocurre algo, director Duch?

El hombre apretó la mandíbula, observando fijamente a su invitado. Después volvió a mirar a Nicki para dirigirse a ella.

— Me temo que sí, señorita Grace — comenzó con pesar — . El señor Clifford, que ha sido uno de los mayores benefactores que hemos tenido este año, ha recibido una... nota... bastante desagradable.

¡Oh, mierda!

¿A sí que ése era el señor Clifford? ¿El padre del pequeño Izan?

— Estaba preocupada por Izan, señor... No pretendía ser desagradable.

— Las claras amenazas de su notificación evidencian lo desagradable que, en efecto, pretendía ser — señaló el invitado, dirigiéndose particularmente al director Duch.

Nicki se fijó en que no había vuelto a mirarla desde su llegada.

— No pretendía ser desagradable — repitió, aún confusa e insegura.

No estaba acostumbrada a esas situaciones y defenderse ante los demás nunca se le había dado especialmente bien.

— Por eso está aquí hoy, señorita Grace, para que pueda explicarse

mejor... — señaló Duch.

Nicki sintió que comenzaba a sudar.

Notó cómo la camiseta azul que llevaba puesta se iba adhiriendo a su piel poco a poco. Tampoco podía evitar hiperventilar y no encontraba las palabras para excusarse.

— En realidad, solo pretendía captar la atención del señor Clifford para poder contarle que...

— No creo que las maneras fueran apropiadas. Menos aún viniendo de una profesora que debe educar y ser un ejemplo para mi hijo. ¿Ése es el ejemplo que el centro quiere darle a Izan?

— Tiene razón, señor Clifford...

Muy bien, pensó, intentando calmarse, van a despedirme.

Lo mejor era comenzar a asimilar la situación y hacerle frente. ¿Qué iba a perder realmente? El principal sustento económico de la familia — porque la pensión de viudedad de su madre no daba para demasiado — y la oportunidad de ver a Neo cada mañana. Aquello último no le gustaba en absoluto, pero supuso que podría compensarse con la parte en la que dejaba de soportar a la imbécil de Lyssa.

— Director Duch, creo que las cosas se están malinterpretando — interrumpió, intentando calmarse y comportarse con madurez.

Tenía una carrera universitaria, era una chica lista e independiente — o al menos, lo había sido — y podía enfrentarse a la situación si no perdía el control de sí misma.

Suspiró hondo y continuó con su explicación.

— Si he llegado a tomar esa medida, es porque Izan me preocupa realmente, director. El niño tiene problemas para relacionarse con el resto de los alumnos, llama la atención constantemente y parece encontrarse bastante... solo. Creo que está pidiendo a gritos que su padre se preocupe un poco por él.

¡Oh, no!, pensó, recriminándose haber dicho aquella última frase.

— Señorita Grace, creo que...

— ¡Esto es inaudito! — sentenció el señor Clifford, lanzando una mirada

acusadora hacia la joven — . ¿Quién demonios se cree que es usted para juzgarme?

Nicki sintió que volvía a asfixiarse.

Intentó concentrarse en lo que le había preguntado y en buscar una respuesta lógica que pronunciar en voz alta, pero sus profundos ojos verdes la mantenían hipnotizada por completo. Desde luego, no le sorprendía en absoluto que el padre de Izan hubiera ascendido tan rápidamente en los negocios, porque su sola presencia ya resultaba... cautivante. Era dominante e irradiaba fuerza y seguridad en sí mismo, justo todo lo contrario a Nicki.

Se esforzó por recordar la rabia y la impotencia que había sentido cada vez que Izan le había transmitido de alguna manera la soledad que albergaba, y el instinto que poseía por proteger al pequeño hizo que recobrarla la compostura casi instantáneamente.

— Soy la persona que cuida y educa a su hijo, señor Clifford, y me implico en mi trabajo lo suficiente como para querer y adorar a esos niños... — comenzó, armándose de valor — , y si uno de ellos parece tener problemas, entonces busco soluciones. Que el padre no esté por la labor de colaborar complica un poco mi tarea...

Había cogido carrerilla y estaba dispuesta a continuar con su discurso, pero no tuvo opción. Se quedó muda cuando el padre de Izan se levantó de la butaca y se dirigió a la puerta sin añadir una sola palabra y sin decir adiós. El portazo resonó con fuerza en el interior del despacho, y tanto Nicki como el director guardaron silencio asimilando la escena que acababa de tener lugar.

— ¿Y ahora, qué? — preguntó la joven, asustada.

Pensó que el director Duch respondería algo parecido a “ahora estás despedida”, pero el pobre hombre únicamente se encogió de hombros sin saber cómo actuar. El director Duch había entregado su vida entera al centro y sabía de sobra lo que significaba implicarse en su labor. Estaba de acuerdo con el señor Clifford cuando decía que Nicki se había excedido en su nota, pero también comprendía la postura de su empleada.

— ¿Estoy despedida, director Duch?

— Vuelve con tus alumnos, Nicole — respondió con un tono de voz agotado — , y pensaré en las consecuencias de tus actos. Hablaremos más

tarde.

5

Estuvo distraída durante toda la mañana.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Nicki ni siquiera se comió su bollito de mantequilla. Sospechaba que las “consecuencias” de las que el director Duch le había hablado iban a resultar nefastas para ellas.

— ¿Estás bien? — le preguntó María.

Su amiga frunció el ceño y la escrutó de hito a hito.

— Estoy bien.

— No lo pareces — aseguró, preocupada.

Nicki sacudió la cabeza, intentando restarle importancia a su estado taciturno.

Desvió instintivamente la mirada hacia Neo y se quedó boquiabierta observando lo guapo que estaba aquella mañana. Lo mejor sería fijarse bien en él, pues quizás no volvían a verse en una temporada.

Fijarse y... ¿por qué no intentar hablar con él? Al fin y al cabo, no perdía nada.

El timbre resonó con fuerza anunciando que, tanto profesores como alumnos, debían regresar a sus aulas.

— Luego te veo — dijo Nicki, esquivando a María y acelerando el paso para alcanzar a Neo.

Como era habitual, el joven y guapo profesor abandonaba la estancia parloteando con Lyssa. Reprimió los impulsos que sentía por pasarles de largo

y se armó de valor para plantar cara a la situación, repitiéndose a sí misma que no tendría demasiadas oportunidades como aquella en el futuro.

— ¿Neo?

Ni el chico ni Lyssa parecieron percatarse de la presencia de Nicki; o al menos, si lo hicieron, lo disimularon con maestría.

— Perdona... ¿Neo? — repitió, interponiéndose entre la pareja.

Lyssa escrutó a su compañera de arriba abajo con incredulidad y Neo se quedó inmóvil, seguramente intentando recordar cómo se llamaba aquella chica.

— ¿Podríamos hablar un momento, Neo? — se envalentonó Nicki.

El guapo profesor asintió, confuso.

Lyssa también parecía sorprendida, así que se quedó plantada en el lugar en el que se encontraba, esperando para poder enterarse sobre qué iba aquel asunto.

— ¿Podríamos hablar a solas? — insistió Nicki, cuya valentía iba menguando bajo la atenta mirada de Lyssa.

Neo frunció el ceño, dubitativo, y asintió antes de dirigirle una mirada cómplice al Lyssa. La despampanante rubia se alejó de ellos de mala gana, aunque Nicki sabía muy bien que no iba a dejar el asunto estar; seguro que interrogaría a Neo en el siguiente cambio de clase.

— ¿Qué ocurre... Niko?

— Nicole — corrigió Nicki, disgustada.

Tan sólo habían cuatro clases de preescolar y cuatro tutores; esperaba que, al menos, supiera su nombre.

— Sí, claro, Nicole...

Se percató de que Neo la miraba como las vacas al tren y eso hizo que la situación se agravara. De pronto, Nicki sintió que su seguridad en sí misma se desvanecía por completo. Comenzó a respirar con dificultad y, por segunda vez en lo que llevaba de mañana, una capa de sudor frío fue recubriendo su frente.

— Verás, Neo...

¿Cómo demonios iba a pedirle una cita si ni siquiera conseguía hablar sin tartamudear?

— ¿Ocurre algo? — interrumpió el chico, impacientándose.

— No, no... No ocurre nada — aseguró Nicki — . Yo sólo quería hablar contigo un momento y...

— ¿Sobre qué?

Nicki suspiró.

“Venga, ¡suéltalo!”

— Pues verás, Neo... Yo quería saber si esta noche tenías algo pensado o estabas libre... Ya sabes, para cenar o algo así.

El muchacho se quedó callado, contemplándola con fijación.

“Ya está, lo he dicho”, pensó ella, quitándose un peso de encima.

De pronto, sentía como si se hubiera vuelto cien veces más ligera; ¡como si pudiera flotar en el aire!

— No entiendo — confesó, finalmente, el guapo profesor — . ¿A qué te refieres con que si voy a cenar esta noche?

“¿De verdad? ¿Tan mal me he explicado? ¿Qué parte no entiende?”, se dijo a sí misma.

— Bueno, me preguntaba si querías cenar conmigo esta noche...

— especificó, sintiéndose absurda por la aclaración.

El chico, finalmente, captó la sugerencia de su compañera. Abrió los ojos como platos y, unos segundos después, sonrió.

— Lo siento, Niko, tengo planes para esta noche...

— Nicole...

— ¿Cómo?

— Me llamo Nicole... — especificó.

— Ya, claro — respondió Neo, sin perder el tiempo y comenzando a caminar hacia el otro lado del pasillo.

Nicki también echó a caminar, persiguiéndole.

— ¿Y mañana? — propuso, sin perder la esperanza — . ¿Qué me dices mañana?

— Mañana también tengo planes...

Neo aceleró el paso y Nicki le imitó.

Si iban a despedirla, al menos no perdería la ilusión de poder volver a verle sin antes luchar por ello.

— ¿Y qué me dices de otro día? ¿Cuándo te viene bien?

El profesor se detuvo en seco y se giró hacia Nicki.

Sonreía, pero no era una sonrisa de flirteo, sino que más bien parecía estar conteniendo la risa.

— La verdad, y no te ofendas — comenzó, apretando la mandíbula para no soltar una carcajada — , es que no eres, ni por asomo, mi tipo de chica.

Nicki sintió que la abofeteaban con fuerza el rostro; aunque claro, tan sólo la habían sacudido psíquicamente.

— Ya... — acertó a decir, mientras unas intensas ganas de echarse a llorar se apoderaban de ella.

Neo no añadió nada más y retomó su camino, sólo que esa vez la joven no le siguió. Aguantó las lágrimas hasta que el chico se perdió de su campo de visión y, después, corrió al lavabo para desahogarse en soledad. Sus alumnos tendrían que esperarla unos minutos más.

Cuando logró serenarse lo suficiente, regresó para impartir la clase con la nariz roja y los ojos hinchados. Los niños le preguntaron a ver si había estado llorando y Nicki les respondió que se encontraba resfriada. Si le creyeron o no, tampoco le importó. Seguramente, aquellas serían las últimas horas que pasaría junto a sus pequeños.

El timbre que anunciaba el fin de la jornada estudiantil resonó por los altavoces del centro y Nicki abrió la puerta de la clase temblorosa, esperando encontrarse tras ella al director Duch y a las horribles consecuencias de las que ya estaba advertida. Pero allí no había nadie.

Mientras recogía sus pertenencias, sintió un atisbo de esperanza. Quizás, después de todo, el director Duch resultaba ser benévolo con ella.

Fue, prácticamente, la última persona en abandonar el colegio. Cuando salió por la puerta, tan sólo quedaba el señor Adams, cuyo deber consistía en cerrar bien las puertas y dejar activada la alarma antes de abandonar las instalaciones.

“No me han despedido”, pensó con alegría, “he superado el día”.

Relajó sus hombros y, dibujando una gran sonrisa, abandonó el centro escolar.

Pero antes de llegar a caminar dos metros más, su teléfono móvil comenzó a sonar.

6

— No tienes buena cara, Nicki — la saludó la señora Morgan.

La joven alzó la mirada hacia ella y se topó con una mirada repleta de dulzura y compresión. ¿Cómo no iba a ser dulce una mujer que vestía un delantal amarillo con dibujitos? Debía de serlo sí o sí.

— No, no la tengo — corroboró.

— ¿Y a qué se debe?

Makai salió de la cocina y se acercó para formar parte de la conversación. El Blue Lagon no solía ser muy frecuentado, aunque a aquellos que la señora Morgan conseguía conquistar con sus cruasanes se convertían en muy fieles clientes del local. Por suerte, aquella tarde se encontraba vacío y Nicki lo agradeció.

— Me han despedido — confesó, apretando la mandíbula para contener la ira, la rabia y las ganas de echarse a llorar desconsoladamente sobre la barra de la cafetería.

— Lo siento — musitó Makai, entrecortado.

— Yo también — aseguró Nicki, escondiendo la cabeza entre sus brazos.

— Venga, vamos, vamos... — la animó la señora Morgan — . Excepto la muerte, todo en esta vida tiene solución — añadió en tono de voz positivo — . ¿Por qué no preparas un buen chocolate para Nicki, Makai? Le vendrá bien algo calentito...

“¡Estupendo! ¡Seré una gordita desempleada!”

— Gracias, señora Morgan — respondió, ignorando sus pensamientos destructivos.

No quería meterse un chute extra de calorías, pero era imposible negarse a un buen chocolate calentito. Menos aún si la invitaban.

— ¿Quieres hablar de lo que ha pasado?

Nicki se encogió de hombros.

— ¿Acaso importa? — inquirió, disgustada.

— Puede que encontremos una solución a tus problemas, Nicki...

— Lo dudo mucho, señora Morgan. No creo que mis problemas puedan solucionarse.

— Venga, vamos... Deja que Makai y yo lo intentemos — dijo, guiñándole un ojo — . Tres cabezas piensan mejor que una sola.

Nicki estuvo de acuerdo con la última parte, así que al final terminó relatando lo sucesos mientras disfrutaba del chocolate calentito al que la señora Morgan la había invitado. Se sorprendió al descubrir que, unos minutos después de contar en voz alta todo lo que había pasado, se sentía mucho mejor consigo misma.

— Tú no has tenido la culpa — sentenció Makai.

— Estoy de acuerdo — añadió la señora Morgan.

Nicki suspiró hondo, liberándose de todo el aire que contenían sus pulmones.

Los tres se quedaron en silencio y Nicki tuvo la sensación de que tanto la dueña del local como su empleado se encontraban valorando la gravedad del problema.

— Siempre puedes buscar otro empleo en el que se te valore más — propuso Makai — . Mi padre siempre me decía que todos los cambios traen algo bueno...

La joven no estuvo segura de si el padre de Makai estaba en lo cierto, pero no le discutió.

— Tendría que ser en otro pueblo, lo que implicaría tener que comprarme un coche y desplazarme varios kilómetros hasta otro lugar — dijo, mirando el lado malo de las cosas — . Sé que he sido una estúpida con...

— ¿Y por qué no hablas con el señor Clifford? — propuso la señora Morgan — . Parece un hombre con mucha influencia.

— Sí, influencia tiene...

— ¿Y por qué no le haces una visita?

— ¿A su casa? — preguntó Nicki, pensando que la señora Morgan comenzaba a perder la cabeza.

¿Cómo iba a presentarse en casa del señor Clifford? ¿Y qué le iba a decir? “Buenas, señor Clifford. He venido a decirle que me han despedido por su culpa.”

— Claro... La gente se entiende dialogando, Nicki. Seguro que si se para escucharte, hará lo posible porque el señor Duch te devuelva tu antiguo puesto de trabajo.

Nicki soltó una risita nerviosa.

— Lo dudo mucho. Ese hombre deseaba que me despidieran...

— Yo no iría — interrumpió Makai — . Te llevarás otro disgusto y no conseguirás nada.

— ¿Y qué harías tú?

El joven se recolocó el delantal amarillo, pensativo.

— Vida nueva — respondió tras varios segundos — . Buscar un nuevo empleo, ponerme nuevos objetivos y no mirar atrás.

La verdad es que no sonaba nada mal. ¿Demasiado soñador, quizás?

— Nicki — interrumpió la señora Morgan — , no pierdes nada por hacerle una visita al señor Clifford, ¿verdad? Inténtalo, al menos. El disgusto ya lo tienes... ¿No?

Diez minutos después, caminaba bajo la lluvia y sin paraguas. No le apetecía ascender la ladera en bicicleta; aunque en realidad, lo que no le apetecía era ascender la ladera. A secas.

“No es buena idea, no es buena idea”, se repetía una y otra vez mientras sus

pies iban acortando paso a paso la distancia que la separaba de la mansión del señor Clifford. Alzó la mirada hacia arriba y se quedó unos minutos ensimismada observando el humo grisáceo que desprendían las chimeneas de la vivienda Clifford. Aquel enorme caserón había pasado muchísimos años deshabitado y medio en ruinas hasta que el padre de Izan se mudó a Hahnville, la compró y la reformó. Había escuchado entre la gente del pueblo que el señor Clifford había asegurado en una entrevista que los pueblerinos de Hahnville le debían gratitud por haber invertido y rescatado aquella gigantesca casa que nadie se atrevía a comprar. Según él, había perdido mucho dinero en la reforma, así que no tenía pensado vender la vivienda ni los terrenos aunque se marchase del pueblo. Cosa que a los vecinos de Hahnville no le agradaba en absoluto.

La gente del sur sólo quería las costumbres del sur; así de simple y retrógrados eran casi todos. Y aquel último pensamiento le recordó la cita fallida con su madre y la tía Margory y las consecuencias que le traería después.

“¿Acaso no te he educado como una dama sureña?”, le preguntaría Betty con el tono de voz timbrado de amargura. “Las damas sureñas nunca llegan tarde” o “la puntualidad tiene que formar parte de la educación de una dama del sur”, añadiría. No quería ni siquiera imaginar qué le depararía el futuro una vez su madre se enterara de que la habían despedido.

Apretó el paso, porque la llovizna cada vez empeoraba más. Aunque ya se encontraba mojada de pies a cabeza, el frío comenzaba a calar hondo en sus huesos y sabía que para cuando alcanzase la mansión sus dientes ya castañearían con fuerza. Y acertó.

Tocó el timbre repetidas veces y esperó pacientemente mientras daba pequeños saltitos para entrar en calor.

— ¿Hola? — preguntó una voz femenina desde un auricular.

Nicki buscó el provenir del sonido hasta que encontró la cajetilla del telefonillo, preguntándose si debía de tocar alguna tecla antes de hablar. Aquellas cosas le quedaban grandes; demasiado modernas, en realidad.

— ¿Hola? — repitió ella, confusa.

— ¿Quién es? ¿Qué quiere?

La joven supuso que la mujer la estaría observando a través de la cámara, así que dibujó la mejor de sus sonrisas antes de responder.

— Soy la profesora de Izan Clifford. Me gustaría poder hablar con el señor Clifford, por favor.

Bueno, técnicamente, ya no era la profesora de Izan; pero eso nadie lo sabía a excepción de ella, la señora Morgan y Makai — y el director Duch, claro — .

Esperó pacientemente hasta que la puerta se abrió y una mujer de mediana edad apareció en el umbral. A pesar de que todavía continuaba en la calle, Nicki podía percibir el calor que desprendía el interior de la vivienda y no pudo evitar preguntarse cuánto consumo de electricidad sería necesario para calentar aquella mansión por completo.

“Esos asuntos no le incumben a una dama”, pensó, imaginándose la vocecita de su madre susurrando en su oído.

— ¡Por Dios Santo, si está calada de pies a cabeza! — exclamó la mujer, recorriendo cada centímetro de Nicki — . ¡Pase al interior! ¡Le prestaré una toalla!

— Gra... Gracias... — respondió, entrecortada, haciéndose paso tras la mujer.

Caminó detrás de ella hasta un pequeño salón, donde le indicó que tomase asiento. Nicki obedeció y se sentó en el sofá, pensando que seguramente terminaría mojando por completo el asiento.

“¿Y qué más da? Por culpa de ese don nadie me han despedido...”

— No tardaré más que unos instantes — aseguró la mujer, alejándose hacia el otro extremo de la estancia — . ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

— Nicole Grace. Soy la profesora de Izan — especificó de nuevo, por si no la había entendido a través del telefonillo — . Necesito hablar con el señor Clifford...

— El señor Clifford está muy ocupado, pero ya que ha venido hasta aquí, intentaré que la atienda.

— Gracias — murmuró, justo antes de quedarse sola.

Se quedó mirando fijamente sus embarradas y hundidas zapatillas, incómoda. Incluso aquel pequeño salón le parecía demasiado refinado para una chica como ella, lo que le hacía pensar en cómo debía de ser el señor Clifford y la opinión que se guardaría para la gente que no tenía su clase y su estatus social.

— ¿Señorita Grace?

Alzó la cabeza al frente y una sonrisa gigantesca se ensanchó en el rostro de Nicki cuando Izan apareció al otro lado de la puerta. El pequeño niño iba vestido con un pijama de camioncitos y tenía el pelo revuelto, lo que cautivó en tan sólo un instante a su profesora.

— ¡Izan! — exclamó ella, con el mismo tono de felicidad — . ¿Cómo estás, pequeño?

El niño dudó.

— ¿Qué hace en mi casa, señorita Grace? — inquirió, acercándose a la joven.

Nicki palmeó el hueco del sofá que quedaba libre a su lado para que tomase asiento y el niño obedeció.

— He venido para hablar con tu papá.

— ¿Lo vas a castigar?

La joven sacudió la cabeza ante la ocurrencia del pequeño.

— No, no. Sólo quiero hablar con él, Izan...

El niño, relajado, sonrió.

— ¡Qué bien que esté en mi casa, señorita Grace! — gritó un instante después, emocionado — . Tengo muchas cosas para enseñarle y una habitación muy grande.

— Ah, ¿sí?

— ¡Sí! ¿Y sabe que duermo en un coche?

La mujer que anteriormente había abierto la puerta carraspeó para llamar la atención de los presentes.

— ¡Ah, hola, Agnes! — saludó el niño — . ¿Conoces a mi profesora, la señorita Grace?

— Sí, la conozco, Izan... — respondió, sonriendo al pequeño mientras le tendía una toalla seca a Nicki — . Pero ahora tienes que despedirte de ella, jovencito. Ha llegado la hora del baño.

Izan dibujó unos pucheros de disgusto en su rostro y se levantó del sofá con poca convicción.

— Hasta mañana, señorita Grace... — se despidió apenado.

— Hasta mañana, Izan — le respondió, aún sabiendo que casi con total seguridad, al día siguiente no se verían.

Tanto Agnes como Izan desaparecieron por el mismo lugar por el que habían entrado, y Nicki volvió a quedarse sola. Aprovechó para secarse el pelo lo máximo posible y adecentarse la ropa mientras escuchaba los truenos resonar en el exterior. Estaba cayendo una buena, sí señor.

El sólo hecho de imaginar que debía volver a descender la cuesta a pie — y volver a calarse entera — la hizo encogerse de pesadumbre.

— ¿Se puede saber qué demonios hace usted en mi casa?

Su dura y ronca voz la sobresaltó.

Pegó un pequeño respingo en el asiento y después clavó su mirada en sus ojos verdosos. Eran tan intensos como recordaba y él desprendía tanta autoridad como había percibido en el despacho del señor Duch.

— He venido a hablar con usted, señor Clifford...

El hombre suspiró hondo.

Parecía tener serios problemas para controlar su temperamento; lo que a Nicki no le sorprendió en absoluto.

Mientras se retaban en un agudo duelo de miradas, Nicki imaginó a su madre diciéndole “que debía de tener dos neuronas en el cerebro si pensaba que arreglaría algo visitando a aquel hombre”.

Pero, en fin... Ya estaba allí. Y su madre no estaba presente.

Y sus neuronas no querían rendirse tan fácilmente.

— Váyase de mi casa ahora mismo, señorita Grace, o tendré que tomar

medidas — amenazó, utilizando las mismas palabras que ella había escrito en su última nota.

— Sé que no fui... correcta — dijo, temblando de pies a cabeza — , pero he venido para disculparme y para intentar solucionar nuestras diferencias. Estoy segura de que...

— Márchese. Ahora — cortó él.

¡Dios!

¿Por qué estaba temblando? ¿Era por el frío? ¿O realmente el señor Clifford lograba intimidarla tanto?

Nicki, rendida, dejó la toalla sobre una pequeña mesita y se levantó del sofá. Estaba claro que de esa forma no lograría sacar nada, así que tendría que optar por utilizar su última baza: suplicarle al señor Duch que la readmitiera. Lloraría, incluso, si con eso lograba recuperar su puesto como profesora.

¿Qué iba a hacer si perdía su trabajo? ¿Qué sería de ella sin sus niños? Ellos eran lo único que la mantenían a flote, impidiendo que se hundiera en el día a día. Se imaginaba su vida sin el colegio y lo único que veía en ella era la angustia de soportar a su “querida” madre. No le quedaría ningún incentivo para despertarse cada mañana y ninguna razón por la que sonreír antes de irse a dormir, cada noche.

— Gracias por su tiempo, señor Clifford — murmuró en voz muy baja y derrotada al pasar frente a él — . Sé dónde está la salida.

Él no respondió.

Hayden Clifford se quedó mirando fijamente a la joven a través de la cristalera del salón. Diluviaba y la tormenta parecía estar en su pleno auge, pero ella descendía caminando con lentitud, como si el temporal no le importase en absoluto.

Había visto su mirada destrozada antes de abandonar la mansión y había sido incapaz de no sentirse culpable por la situación de la joven. Estaba acostumbrado a que nadie, fuera quien fuese, le dijera cómo debía actuar, y aquellas repetitivas notas lo único que habían logrado había sido cabrearlo hasta límites insospechables. Entonces, ¿por qué sentirse tan culpable? Ella sola se lo había buscado con su estupidez.

Suspiró hondo contra el cristal y una mancha de vaho se formó frente a él. Quizás las medidas habían sido excesivas y puede que provocar su despido no hubiera sido necesario, pero había presionado al director del centro mucho antes de que ella apareciera en el despacho con el rostro desencajado y la confusión en sus gestos.

¡Y joder! ¡Qué guapa era!

Eso tampoco lo había sabido entonces.

— ¿Señor Clifford?

Se giró lentamente, aún con todos esos pensamientos en plena ebullición, borboteando incesantemente.

— Dígame, Agnes.

Sonrió cuando vio que su hijo también estaba presente.

— El señorito quiere saber, antes de irse a dormir, si ha conocido a su profesora...

La culpabilidad aumentó aún más al escuchar eso.

— Ven aquí, Izan — lo apremió, indicándole con un gesto que se acercase hasta la ventana.

Izan obedeció la orden de su padre y caminó hasta él. Aquellos últimos años la relación entre padre e hijo se había enfriado tanto que, a veces, tenía la sensación de que Izan le temía.

— ¿Has conocido a la señorita Grace, papá?

Hayden asintió.

— Sí, la he conocido.

— Es muy simpática, ¿verdad?

Otra punzada de culpabilidad lo carcomió por dentro. ¿Quizás sí que había cometido un error con aquella joven? Al fin de cuentas, su hijo parecía sentir un profundo afecto por ella.

— Lo es — respondió, esperando contentar a su hijo de esa manera — . Ahora, vete a dormir antes de que Agnes y yo nos enfademos contigo — bromeó, sonriendo a su pequeño.

El niño obedeció sin rechistar, lo que hizo que Hayden se sintiera aún más orgulloso de él. Le habría gustado poder decir que aquella educación que denotaba era gracias a su firmeza, pero en realidad, las cosas no eran así. Cuando Susane los abandonó, Hayden evitó a su hijo constantemente para no sentirse obligado de responder a sus preguntas y de explicar la ausencia de su madre, pero con el tiempo ese distanciamiento se había vuelto mucho más intenso. Pensó que Agnes y Rob estaban haciendo un buen trabajo con él.

Se sentía exhausto, lo que era realmente extraño teniendo en cuenta que se había tomado la tarde libre para trabajar desde el despacho de la mansión. Por lo general, Hayden no tenía dos minutos seguidos para sentarse, lo que hacía que sus días pasasen en un suspiro y que prácticamente no tuviera tiempo para pensar en nada.

Encendió la chimenea, se llenó una copa de whisky y se acomodó en el sillón en el que, anteriormente, había estado sentada la señorita Grace. Aún estaba un poco mojado.

“Deja de darle vueltas”, se recriminó, “lo hecho, hecho está”.

Volvió a repetirse a sí mismo que aquella joven se había creído en el derecho de amenazarle con su hijo, por lo que se merecía con totalidad el castigo que había recibido por sus actos.

Le dio un largo trago a la copa de whisky y después levantó la mirada hacia el cuadro que había en la pared de enfrente. En él aparecía Susane con un pequeño Izan sobre su regazo. A pesar de los muchos años que habían pasado desde aquello, Hayden podía recordar perfectamente el momento en el que lo mandaron pintar.

— Todo es culpa tuya, Susane... — le recriminó con rabia, fijando la vista en las facciones del rostro de su mujer.

Susane era, sin lugar a dudas, tan bonita como venenosa.

Pensó en levantarse y descolgar el cuadro, pero después desechó la idea. Izan ya había sufrido suficiente y no quería dañarle más.

— Todo es culpa tuya...

Le dio otro largo trago al whisky, intentando borrar a esa horrible mujer de su mente.

Hayden aún recordaba la sensación de angustia y vacío que se le formó en el estómago el día que Susane les abandonó. Se había marchado sin decir nada y como despedida había dejado una escueta nota que no contenía más que un párrafo y su firma. Las semanas siguientes fueron espantosas y cada vez que alguien entraba en casa Hayden saltaba por los aires esperando que se tratase de ella. Pero Susane jamás regresó, ni telefoneó, ni escribió.

Durante muchísimo tiempo, Hayden había conservado la esperanza de que su mujer regresara a casa. Sabía que tanto Izan como él la necesitaban.

¿Cómo iba a criar a un niño pequeño él solo si ni siquiera sabía cómo calentar un plato de comida en el microondas? Izan necesitaba una madre, y él necesitaba a su mujer.

Pero eso había cambiado.

La sensación de vacío y angustia que se le formó en el estómago duró mucho tiempo, pero con el tiempo terminó por desaparecer.

En esos instantes, si Susane cruzaba la puerta de la mansión y decía que regresaba junto a ellos pidiendo perdón, Hayden la echaría a patadas.

— Señor Clifford, Izan ya se ha dormido. ¿Desea algo más antes de que me marche?

Hayden se giró en el asiento y sonrió a Agnes.
Se preguntó qué sería de él sin la ayuda de esa mujer.

— Nada más, gracias — respondió — . Buenas noches, Agnes.

— Buenas noches, señor.

8

Antes de dirigirse a casa, pasó por el Blue Lagon para recoger su bicicleta.

Había visto a Makai y a la señora Morgan a través de la cristalera, aunque había evitado entrar para no tener que relatar en voz alta su fracaso.

Makai tenía razón: no había sacado nada en positivo y, además, su disgusto había empeorado.

Y lo peor de todo es que aún le faltaba enfrentarse a su madre y soportar el sermón correspondiente por no haberse comportado “como una dama sureña”. Una dama educada, con modales, que nunca llega tarde y que siempre va bien vestida y con el pelo arreglado.

— ¿Mamá? — preguntó en voz alta nada más cruzar el umbral — . Estoy en casa...

A su madre le daría un infarto nada más verla; estaba empapada y tenía barro hasta en las cejas.

— ¿Mamá?

Caminó un paso hacia el salón y entonces escuchó el llanto de Betty y la voz de consuelo de su tía Margory.

¿Ya se había armado un drama? ¿Pasaba una tarde fuera y la vida de su madre se venía abajo?

— ¡¡Ya estoy en casa!! — gritó desde el pasillo, procurando evitar entrar al salón.

Escuchó los pasos acelerados de una de las dos mujeres que había en el interior y se quedó inmóvil hasta que su tía Margory abrió la puerta con el ceño enfurruñado. Parecía realmente cabreada.

— No quiere hablar contigo, ni verte, ni escucharte... ¡Así que vete a tu habitación, Nicole!

¿Pero por qué demonios estaban tan enfadadas con ella?

Sin decir nada más, se dio media vuelta y se encaminó escaleras arriba. Una parte de ella se alegraba de no haber tenido que escuchar el sermón en el que “sus dos neuronas” saldrían a colación, pero por otro lado... se sentía mal consigo misma. ¿Por qué tenía que sentirse así si no había hecho nada malo?

La habían despedido.

Neo le había dado calabazas.

Se había rebajado indignamente frente al señor Clifford.

¿Acaso no merecía un poco de consuelo y compasión por parte de los demás?

Suspiró hondo, calmándose.

Después se quitó la ropa mojada y se tumbó en la cama, deseosa de que aquel fatídico día alcanzase su final. Ya pensaría, al día siguiente, cómo explicarle a su madre que la habían despedido de la escuela porque, en aquel instante, lo único que deseaba era cerrar los ojos y desaparecer del mundo.

9

Cuando sonó el despertador, abrió los ojos con una sensación de extraña incertidumbre. No fue realmente consciente de lo que estaba haciendo hasta que comenzó a vestirse revisando el reloj, como cada mañana, para asegurarse de no llegar tarde al trabajo.

Solo que, aquel día, no tenía ningún trabajo al que acudir; entonces, ¿para qué se vestía?

Revisó su imagen en el reflejo del espejo y descendió las escaleras, aún meditando sobre cómo contárselo a su madre. Volvió a revisar la hora cuando se encontró en el comedor; en cinco minutos tendría que salir de casa. Sí, una vez más, había alargado el momento de vestirse para no tener que coincidir demasiado con Betty.

— ¿Mamá? — inquirió al no encontrarla allí.

Tampoco había café ni pastas en la mesa, lo que no era en absoluto habitual.

Revisó la habitación contigua y, después, se dirigió a la cocina.

En efecto allí estaba Betty, sentada sobre la pequeña mesita auxiliar en la que Nicki había hecho los deberes cada tarde después del colegio hasta que cumplió los quince — como poco — . Tenía los ojos rojos de llorar y parecía no haber logrado conciliar el sueño en toda la noche.

— Mamá, por favor... Sólo ha sido una tarde.

Betty se sorbió la nariz con dramatismo y después lanzó una mirada acusadora hacia su hija.

— ¿Acaso no se te ocurrió pensar que si faltabas a tu cita con nosotras pensaríamos que te había ocurrido algo? ¿Qué podíamos estar preocupadas

por ti?

No. La verdad es que no había pensado en ello.

— Yo... Lo siento, ¿vale? De verdad.

La mujer sacudió la cabeza y apartó la mirada de su hija.

— Pues deberías haberlo hecho, Nicki, deberías haber utilizado esas dos neuronas de tu cerebro... ¡¡Llame a los hospitales, a la policía y a todas las estaciones de bus de la zona!!! — exclamó, tan histérica como dolida.

¿A las estaciones de autobús? ¿De verdad había llegado a pensar que se había fugado de Hahnville? Sonrió internamente ante la idea; quizás, después de todo, no fuera tan mala.

— Mamá, ya te he dicho que lo siento — respondió, revisando el reloj de nuevo — . Tengo que irme a trabajar, pero te lo compensaré más tarde, ¿vale?

¿De verdad acababa de decir eso? ¿Le había mentado a su madre?

Se sentía como si hubiera viajado al pasado, hasta sus diez tiernos años de edad, y le estuviera ocultando un vergonzoso suspenso. Pero, ¿acaso no era mejor enfrentar uno a uno los problemas? Tendría tiempo de sobra para contárselo, y un día más o un día menos no influenciarían demasiado.

Salió de casa, cogió la bicicleta y comenzó a pedalear sin saber hacia dónde dirigirse. Cinco minutos después, se descubrió a sí misma frente a la cafetería Blue Lagon.

— ¡Buenos días! — saludó nada más abrir la puerta.

Se podía oler el aroma de los cruasanes recién horneados, el café de máquina y el chocolate que se hacía a fuego lento. Le encantaba aquel lugar y por alguna extraña razón, entre esas paredes se sentía como en casa.

— ¡Buenos días, Nicki! — respondió la señora Morgan, colocándose su delantal de dibujitos en la cintura.

Makai también saludó fugazmente, sin dejar de trabajar en la masa de los cruasanes y sin levantar la cabeza de la mesa.

— Me vuelven loca — dijo, señalando los bollos que yacían sobre la barra — . Me los comería todos — bromeó.

— Te contaré el secreto de mi receta si tú nos cuentas qué tal te fue con el señor Clifford anoche...

Nicki frunció el entrecejo, confusa.

— ¿Cómo sabe que al final fui a ver al señor Clifford?

La señora Morgan colocó un café con leche frente a Nicki y, después, le sonrió con aquella expresión que ponen aquellos que lo saben todo.

— Ante situaciones desesperadas, uno debe de tomar medidas desesperadas.

La joven asintió; estaba totalmente de acuerdo con aquella frase. Makai asomó la cabeza para prestar atención.

— ¿La verdad? Me fue muy mal — confesó, dejándose caer en su silla —. El señor Clifford es un hombre horrible e indeseable. Ni siquiera me quiso escuchar.

— ¿No quiso hablar contigo?

— Me echó, literalmente, de su casa.

— ¿Ves? Yo ya te lo advertí... — señaló Makai, mientras la señora Morgan colocaba un gigantesco cruasán frente a Nicki.

— Te vendrá bien endulzarte un poco el día, querida...

Nicki estuvo de acuerdo, y no pensó en sus dos neuronas ni en la cantidad de calorías que ingería al comérselo. Entre tanto, se dijo a sí misma que nada más terminar de desayunar tendría que ir a visitar al director Duch. Suplicaría, lloraría y se arrastraría por el centro escolar si así fuera necesario. Estaba dispuesta a cualquier cosa por recuperar su puesto de trabajo, lo que hizo que, incluso, se planteara seriamente sobornar a Duch.

Pero unas horas después, la hora del almuerzo había llegado y Nicki continuaba allí, sentada en el Blue Lagon mientras veía moverse las manecillas del reloj y parloteaba con Makai.

Se dio cuenta de que estaba buscando excusas absurdas para no enfrentarse a la realidad; al fin y al cabo, si su charla con Duch no llegaba a ningún puerto su despido sería una realidad.

— Ya es una realidad — le corrigió Makai —, así que deberías replantearte tu vida y buscar soluciones.

Nicki se preguntó cómo demonios un chico de diecisiete años que trabajaba en una cafetería podía aparentar ser tan sabio y maduro.

“Mañana, mejor mañana”, pensó, sin encontrar en su interior la valentía necesaria para enfrentarse al director Duch.

La lluvia parecía reacia a desaparecer de Luisiana, lo que desagradaba muchísimo a Betty. Al menos, aquel mal temporal obligaba a su hija a vestirse adecuadamente y a no ir por ahí como una fresca.

Odiaba la ropa de Nicole. Aquellos vestidos tan llamativos, con tantos colores, tan cortos y con tantísimo escote. Eran puramente vergonzosos y cuando se los ponía parecía que fuera gritando “¡eh, mirarme, soy Nicole Grace!”. Cuando se vestía de esa manera, Betty no podía evitar preguntarse qué comentarían en el colegio sobre la forma de vestir de su hija. Desde luego, no era en absoluto apropiada para una profesora.

— Mamá, ¿más café?

— Por favor — respondió, mirándola fijamente.

Pero ahora las cosas estaban bien y, encima, llovía.

Nicki iba vestida con un jersey de lana que su hermana Margory le había regalado dos temporadas atrás, llevaba una coleta media y unas deportivas. Betty pensó que las deportivas no eran, en absoluto, apropiadas para la vestimenta que llevaba encima; pero tampoco criticó nada al respecto. Al fin y al cabo, aquel día tampoco iba tan mal.

— ¿Qué haremos esta tarde? — preguntó Nicki, sonriente — . ¿Te apetece jugar a las cartas? ¿Al bingo? ¿Ver la novela?

Betty frunció el ceño.

Desde luego, su hija estaba demasiado simpática. Lo había notado la tarde anterior, cuando tras su regreso del trabajo, no rechazó y se quedó a su lado viendo la novela hasta que terminó.

Después, cuando Betty le dijo que no le recomendaba cenar aquel sándwich porque su culo estaba gordo y lo último que necesitaba era ingerir pan antes de irse a dormir, tampoco protestó ni discutió. Ni siquiera pareció molestarle el comentario despectivo que hizo sobre su culo.

— Quiero tejer, me apetece.

— Está bien — respondió Nicki, terminándose el café a sorbitos — . ¿Y qué vamos a tejer? ¿Una bufanda? ¿Otro gorro para el invierno que viene?

— Una bufanda estaría bien...

Nicki asintió y se levantó de la mesa.

— ¿Quieres que pase a comprar lana cuando salga del trabajo? ¿Te apetece algún color en especial, mamá? — inquirió, besando a su madre fugazmente en la mejilla.

— Tengo todos los colores que quiero, Nicki. No te preocupes.

Cuando Betty se quedó a solas, intentó recordar la última vez que su hija la había besado, pero no fue capaz de ahondar tan a fondo en su memoria.

¿Qué tramaba aquella cabeza de chorlito? ¿Acaso se pensaba que tan sólo tenía dos neuronas en la cabeza? Si pensaba que podía engañarla, lo llevaba claro.

Se quedó observando cómo su hija cogía la bicicleta y se perdía calle abajo pedaleando, mientras un mal presentimiento se instalaba en ella.

— ¿Qué pasa contigo, Nicole...?

Nicki aspiraba y suspiraba profundamente, plantada frente a la fachada principal del colegio municipal de Hahnville.

— Muy bien, Nicki, ha llegado la hora de ser valiente...

Pero nada más dar un paso al frente, se amedrantó y retrocedió tres atrás. ¿Cómo iba a enfrentarse al señor Duch sin un plan? ¿Sin siquiera haber pensado previamente qué decir?

— ¿Nicki?

La empalagosa y aguda voz de Lyssa resonó en su espalda.
“¡Oh, no! ¡Ella no!”

— ¡Sí, eres tú! — exclamó, acercándose a la joven— No creí que fuéramos a volver a verte por aquí...

Nicki fingió la mejor de sus sonrisas.
Si Lyssa veía que se sentía intimidada, la atacaría con todas sus armas.

— Pues ya ves, aquí me tienes, Lysa... — respondió con el mejor de sus tonos irónicos — . ¡De vuelta en casa!

La rubia perfecta que hasta hacía poco había sido su compañera comenzó a reírse tontamente.

— ¿Has venido a ver a Neo? — inquirió, sin borrar su estúpida sonrisa del rostro.

Nicki frunció el ceño.

— ¿Por qué iba yo a...?

No fue capaz de terminar de formular la pregunta porque, súbitamente, comprendió que Lyssa tan sólo se estaba cachondeando de ella. Seguramente Neo le habría contado con todo lujo de detalles lo patética que resultó al pedirle una cita con esperanzas.

Caminó un paso al frente con decisión.

— En realidad, he venido a ver al director Duch...

— ¿Va a recontratarte? ¿De verdad?

“Eso espero”, pensó, pero tan sólo pudo sonreír a modo de respuesta. Era eso o engañarla, porque no pensaba admitir que había acudido al colegio para arrastrarse y suplicar.

Una al lado de la otra, cruzaron la puerta principal del centro y se quedaron plantadas cerca de la conserjería. Nicki saludó con cariño al señor Adams, y Lyssa simplemente lo ignoró.

— Pues nada, Nicki. Me voy a trabajar — se despidió — , mucha suerte en tu reunión con Duch.

La joven no pasó por alto la socarronería de su (ex)compañera.

— ¡Qué te vaya bien, Lyssa!

Con las piernas temblorosas, se encaminó al frente hasta alcanzar la puerta de roble que la separaba del despacho de Duch. Alzó la mano temblorosa y golpeó repetidas veces la puerta, mientras en su cabecita se iba formando la mejor manera de comenzar la conversación.

“Buenos días, director Duch. Verá, he tenido mucho tiempo para pensar en todo lo que sucedió... Ya sabe, lo de la nota a Clifford y la manera que tuve de actuar, y creo que tiene razón. Me propasé y no fui correcta...”

Bueno, quizás podía comenzar de alguna otra forma en la que proyectase lástima. Si lograba transmitirle la suficiente pena, puede que le devolviera el puesto, ¿no?

“Director Duch, sé que estoy despedida pero... ¡Necesito el trabajo! ¡No puedo perder mi trabajo, señor!”

Volvió a levantar el brazo y a golpear con los nudillos la puerta, pero en el interior no respondía nadie. ¿Tal vez aún no hubiera llegado al colegio?

— ¿Señorita Grace?

Nicki saltó por los aires, asustada.
Se giró para encarar cara a cara al hombre que tenía tras ella.

— ¡Dios mío, señor Duch! ¡Vaya susto me ha dado!

El director de la institución frunció en entrecejo y se retorció las manos con nerviosismo.

— ¿Se puede saber qué hace aquí, señorita Grace?

Nicki sonrió, esperando a que el hombre pasase de largo y entrase a su despacho. Desde luego, el pasillo del colegio no era el lugar más propicio para mantener aquella conversación.

— Podríamos... — titubeó la joven al ver que el director no se movía de sitio — , podríamos... ¿hablar tranquilamente en su despacho?

— Sí, bueno...

Duch le adelantó, abrió la puerta y ambos pasaron al interior.
Nicki podía sentir cómo, al igual que la última vez que pisó aquel lugar, una

fría capa de sudor comenzaba a cubrir su frente. ¡Estaba tan nerviosa...!

— ¿Qué le ocurre, señorita Grace?

“Bien, ha llegado la hora de pasar a la acción”

— Verá, señor Duch... Director Duch, perdón — comenzó, intentando recordar la manera en la que tenía planeada comenzar la conversación — , he venido hoy a verle para suplicar... quiero decir, para pedirle por favor que... Bueno, es que he estado pensando mucho en lo que ocurrió con el señor Clifford y...

— Señorita Grace, por favor, intente ir al grano — le cortó el hombre, sentándose en la silla ergonómica que tenía tras su escritorio — . ¿Para qué ha venido? ¿Qué quiere?

Nicki suspiró.

“Sé valiente, Nicki. ¡¡Sé valiente!!”

— Quiero recuperar mi antiguo empleo — escupió, decidida a no andarse con rodeos — . Sé que cometí un error y que me sobrepasé con aquella notificación al señor Clifford, y estoy dispuesta a disculparme por ello ante él, ante usted y ante todo el profesorado si es necesario.

“¡Por Dios! ¡Qué responda que no es necesario!”.

La sola idea de tener que disculparse ante Lyssa le provocaba escalofríos.

— Señorita Grace...

Pero si resultaba necesario, se disculparía incluso ante esa arpía.

— Entiendo que las maneras no fueron las más adecuadas, director Duch. Asumo mi error y me responsabilizo de él, pero no lo considero tan grave como para que signifique mi despedido inmediato... ¿No cree que podríamos encontrar un castigo intermedio para mis actos?

— En primer lugar, señorita Grace, no es un castigo — comenzó Duch, levantándose de nuevo de la silla — . Y en segundo lugar... la decisión ya está tomada y es irrevocable.

— Pero director...

Duch se plantó frente a la puerta y la abrió de par en par, indicándole a la

joven que la conversación finalizaba en aquel punto.

— Señorita Grace, esto me gusta tan poco como a usted, pero no me queda más remedio. Se habrá dado cuenta de que el laboratorio de ciencias ha sido reformado, ¿verdad?

Nicki asintió sin saber a dónde quería llegar a parar el señor Duch.

— El señor Clifford se hizo cargo de todos los gastos — explicó —. También se habrá fijado en que la sala de informática ha renovado todos sus ordenadores...

— Pero...

— También los pagó el señor Clifford. Y eso sin contar las mejoras del gimnasio, que como podrá intuir, también son obra del señor Clifford.

— Director Duch, entiendo que...

— Presionó para que su despido fuera inmediato, así que tengo las manos atadas al respecto, Nicole — concluyó, tuteándola por primera vez desde que se conocían —. Lo siento mucho. Estoy seguro de que encontrarás otro empleo antes de lo previsto.

Nicki apretó la mandíbula, los puños, y asintió con un leve y silencioso movimiento de cabeza. Se giró sobre sus propios talones y se encaminó hacia las escaleras con rapidez y sin decir adiós, intentando contener el llanto que amenazaba con estallar de un momento a otro.

“Encontraré algo, sí. Seguro que encontraré otro empleo”.

— Vamos, vamos... No llores, Nicki... Aunque ahora no lo veas, esto no es el fin del mundo.

— Sí que lo es — gimoteó, escondiendo la cabeza entre los brazos para que Makai y la señora Morgan no pudieran verla llorar — . Es el fin de mi mundo, señora Morgan... ¡Me han despedido!

— En realidad — intervino Makai, procurando no sonar demasiado duro — . Te despidieron hace dos días...

Nicki levantó la cabeza para fulminar al chico con la mirada.

— Ya te dije que debías plantearte la situación de un modo diferente...

— Aún no se lo he dicho a mi madre... — confesó, avergonzada, interrumpiendo al chico.

Makai la escrutó con detenimiento y la señora Morgan soltó una pequeña risita irónica ante el comentario.

— ¿Por qué no? — quiso saber el muchacho.

— Si conocieras a Betty Grace no formularías una pregunta tan estúpida, Makai — aseguró la propietaria del local.

“Gracias a Dios alguien me comprende”, pensó Nicki. Pero aquel pensamiento tampoco la ayudaba demasiado a enfrentarse a la realidad.

— ¿Cómo se lo digo?

— Díselo como es... Cuéntale lo que ha pasado y explícale la situación — propuso el muchacho — . Entenderá que no eres la responsable del despido

y que todo se debe a las absurdas clases sociales que parecen no erradicarse nunca.

— A mi madre le gustan las clases sociales — explicó Nicki, aún con los ojos acuosos — . Es más, ella se considera mejor que tú, que la señora Morgan y que yo misma.

— ¡Porqué no me extraña! — replicó la mujer, sacudiendo la cabeza en señal de negación.

— Quizás pueda encontrar un empleo mejor que este y decirle que, simplemente, he decidido realzar mi carrera... — murmuró pensativa, más para sí misma que para el resto de sus interlocutores.

— Hazme caso, Nicki. Cuéntaselo — instó Makai — . No terminará bien la cosa.

Con su madre nunca solía terminar bien la cosa.

Se levantó de la silla.

Todavía no había llegado la hora del almuerzo, lo que significaba que Betty no la estaría esperando tan temprano en casa.

“Quizás no sea tan malo, puede que sea comprensiva conmigo...”

— Lo haré — aseguró — . Voy a contárselo.

Makai aplaudió su valentía, pero la señora Morgan simplemente le deseó suerte.

— Ven mañana a tomar el café y nos cuentas qué tal ha ido — se despidió la propietaria — . Invita la casa.

— Gracias, señora Morgan... ¡Hasta mañana!

Mientras pedaleaba hacia su casa, iba repitiendo mentalmente el mismo proceso que había realizado aquella mañana. ¿Cómo explicarle a su madre que estaba despedida? La recordaba perfectamente en el centro, exigiendo que su hija universitaria merecía un puesto como docente en el colegio municipal y un poco de reconocimiento.

Nicki estaba convencida de que se llevaría una gran decepción, aunque tampoco podía hacer nada por evitarle el disgusto.

“La realidad es la que es”, pensó, mientras aparcaba la bicicleta en el jardín, “y por poco que le guste, tendrá que aceptarla”.

Esperaba que, al menos, no fuera al centro a ridiculizarla delante del director Duch, de Neo, de Lyssa, de María...

— ¿Mamá? — preguntó nada más abrir la puerta principal.

Escuchó el murmullo de unas voces de fondo y supo de inmediato que su madre tenía visita. Volvió a asomarse al exterior y recorrió con la mirada la calle, esperando encontrar algún coche que pudiera identificar. En efecto, un impoluto cochazo gris de finas curvas, que parecía realmente caro y sofisticado, estaba aparcado justo en frente de su jardín.

“¿Con quién demonios estará hablando?”, se preguntó, caminando un paso al frente por el pasillo. Pero nada más hacerlo, se detuvo en seco. ¿Cómo iba a explicarle que la habían despedido si tenía visita en casa?

— ¿Nicole?

Nicki sonrió abiertamente, procurando disimular el nerviosismo que la atormentaba.

— ¡Hola, mamá! — exclamó, con un tono de voz demasiado alegre — . ¿Qué tal? ¿Tienes visita?

Se dio cuenta de que hablaba demasiado rápido, pero estaba tan nerviosa que ni siquiera se lograba controlar.

Betty frunció el entrecejo.

— ¿Qué haces en casa, Nicole? — inquirió.

Parecía realmente enfadada, lo que amedrentaba aún más a su hija.

— Pueeeees verás, mamá... — comenzó, alargando las sílabas para ganar algo de tiempo — . Hay una huelga de profesorado y, ya sabes, mi cabeza no suele recordar las cosas cuando tiene que hacerlo...

Otra mentira.

Nicki comenzó a frotarse las manos con nerviosismo, rezando internamente porque, al menos, hubiera sido decente y creíble.

— ¿Ah, sí?

— Sí... — aseguró, acercándose a ella — . Así que podemos pasar el día juntas y hacer algo que te apetezca... ¿Tejer? ¿Pasear?

Betty cruzó los brazos en jarras y escrutó con detenimiento a su hija.

— Eso estaría genial, Nicole... Pero antes — continuó, con el ceño fruncido — , explícame por qué hay un hombre en el salón diciéndome que te han despedido.

— ¿Hay un hombre en el salón diciéndote que me han despedido? — repitió, incrédula.

— Sí, Nicole. Así es...

“¡Oh, no!”

Esquivó a su madre apresurada y se dirigió al salón, aún sin poder creer que alguien hubiera acudido a su casa con el objetivo de “delatarla”.

— ¿Me lo vas a explicar, Nicole? ¿O tendré que adivinarlo yo? — insistió Betty tras su espalda.

Nicki entró en el salón y se quedó pasmada contemplando al hombre de mirada penetrante que se encontraba sentado en su sofá. Tenía una tacita de té en la mano y parecía encontrarse incómodo allí, cosa que a Nicki no le sorprendió. “Demasiado común para alguien de su estatus”, se dijo, asqueada.

— ¿Qué haces tú aquí? — escupió con rabia.

Sintió el deseo de insultarle a pleno pulmón, incluso tuvo que contener el impulso de arrearle un tortazo. Allí estaba el señor Clifford, con una estúpida y absurda sonrisa en el rostro.

Él era el hombre responsable de su despido.

Él era el causante de que su vida estuviera patas arriba.

Él era culpable de que se comiera un cruasán con chocolate todos los días y de que su culo se estuviera adquiriendo un tamaño gigantesco.

Él era el autor del desastre que, ahora mismo, tenía como rutina.

— Buenos días, señorita Grace...

— No, no son buenos — atacó — . Y tampoco eres bienvenido en mi casa,

Clifford.

“Se acabó”, pensó Nicki, arremangándose el jersey con ansias. No permitiría que aquel miserable se riera, ni un solo segundo más, de ella. Tampoco pensaba continuar tratándole con respeto ni arrastrándose detrás de él.

— Me gustaría poder disculparme con usted, señorita Grace...

— Esto me suena de algo... — murmuró para sí misma, procurando mantener su nerviosismo a raya — . ¡Fuera de mi casa, Clifford!

— Querrás decir de mi casa — señaló Betty, adentrándose al salón y dirigiéndose al sofá.

Nicki tenía la sensación de que, en esos instantes, estaba viviendo una pesadilla demasiado real.

Se quedó estupefacta contemplando cómo su madre tomaba asiento junto al señor Clifford, sujetando con sosiego otra tacita de té con el dedo meñique.

— Mamá... — comenzó a susurrar, irritada, apretando los puños con ira — , ese hombre que está a tu lado...

— Te está ofreciendo un trabajo. Y visto que estás desempleada, creo que deberías de ser mucho más respetuosa — concluyó, sonriendo con ternura maternal al señor Clifford.

— Así es, señorita Grace — continuó él — . Estoy aquí para ofrecerle un empleo como...

— Fuera de mi casa — cortó Nicki, incapaz de procesar aquella escena — . No quiero escucharte más... ¡¡¡Ni un solo segundo!!!

— ¡¡Nicole Grace!! — exclamó Betty, lanzándole una mirada asesina a su hija — . ¿Te parece que esos son los modales de una dama? ¿Acaso no te he...?

— No, mamá, hoy no puedo soportar tu sermón... ¡Y tampoco voy a soportarle a él! ¡Fuera! ¡¡¡Quiero que salga de nuestra casa, ya!!!

Suspiró hondo, controlando profundamente el ritmo de su respiración y soltando con mucha paciencia el aire que contenían sus pulmones.

— Un placer conocerla, señora Grace — dijo Clifford, colocándose de pie y estirándose con cuidado su caro y bonito traje gris — . Espero volver a verla en otra ocasión.

— Gracias, señor Clifford — respondió Betty, que incluso en el peor de los momentos, era capaz de guardar la compostura.

Nicki se quedó mirando muy fijamente al padre de Izan, retándole con mirada. Él, en cambio, parecía haber esperado aquella reacción por parte de la joven y no delataba, en absoluto, sorpresa o vergüenza.

— Señorita Grace... — dijo, plantándose frente a la joven profesora — , soy un hombre de negocios. Estoy seguro de que podremos solucionar nuestras diferencias con...

— Fuera... de... mi... casa... — farfulló, controlándose con gran esfuerzo.

Clifford asintió, pero antes de continuar su camino, sacó un papelito del bolsillo de su elegante traje y lo colocó sobre la repisa del salón. Después, se giró para sonreír una última vez a Betty antes de marcharse.

Madre e hija se quedaron en silencio, completamente inmóviles en el salón, mientras escuchaban el motor del coche de Clifford alejándose calle abajo. Cuando el silencio se apoderó de la estancia, Betty se levantó.

— Eres una niña estúpida, malcriada y egoísta — comenzó, rabiosa.

Nicki, hastiada con la situación, sonrió.

— Me da igual, mamá... Me da absolutamente igual — aseguró, girándose para no volver a mirar atrás.

Necesitaba salir de esa casa con urgencia o terminaría perdiendo la cabeza.

— ¡ESTÚPIDA! — gritó Betty — . ¡¡¡¡No tienes ni dos neuronas en el cerebro!!!!

— Necesito chocolate y azúcar para superar esto.

— ¿Makai? ¿Has escuchado a Nicki? ¡Prepara una sobredosis de grasas saturadas ahora mismo! — exclamó la señora Morgan, que aún se encontraba incrédula ante la historia que la joven acababa de relatar.

Una cosa estaba clara: Betty Grace no tenía corazón y Clifford era, como poco, un desvergonzado sin escrúpulos.

— ¿Escuchaste su oferta? — curioseó Makai.

— ¡Claro que no!

— Yo creo que hiciste bien — corroboró la señora Morgan — . Esa clase de gente se cree que es Dios... A veces es mejor bajarles de las nubes y hacerles ver que aunque no tengamos dinero, tenemos principios.

Makai se encogió de hombros, sin opinar al respecto.

La verdad era que sentía una incesante curiosidad por conocer la oferta del ricachón, pero también sabía de muy buena mano que la señora Morgan tenía razón. Colocó frente a Nicki un chocolate caliente, un muffin recién horneado y se sentó frente a ella.

— Pruébalo — pidió, señalando el pastelito — . La señora Morgan me ha enseñado hoy esa receta.

— Y debo confesar que te ha salido estupendamente, Makai — aprobó la dueña del local, orgullosa de su aprendiz

Nicki se apresuró a hincarle el diente.

— ¡Mmm, de zanahoria! ¡Está buenísimo, Makai!

El joven sonrió, satisfecho con el resultado.

Nicki agradeció la compañía, los chocolates y los dulces. De alguna manera, el Blue Lagon se había convertido en su segundo hogar y el único lugar en el que llegaba a sentirse ella misma. Sabía que entre aquellas paredes podía decir lo que sentía y pensaba y que nadie la juzgaría al respecto, lo que significaba un verdadero alivio teniendo en cuenta su situación. No tenía a dónde ir y tampoco conservaba amistades más allá de aquella cafetería. Incluso María, a la que había llegado a considerar una muy buena amiga, había terminado fallándola. ¿Qué clase de compañera no te llamaba tras enterarse de que habías sido despedida? ¡Por Dios! ¡Habían compartido muchísimos momentos juntas! No sólo las tardes de cine o los paseos por el parque, no. Nicki había contado con ella desde que regresó y María se había convertido en su principal confidente.

Pensó que, seguramente, si su madre y su tía no hubieran hecho aquella miserable crítica sobre Makai, ella jamás habría acudido hasta allí guiada por la curiosidad. Así que, en realidad, le debía cierta gratitud a su madre. Y a su tía.

Y a Makai, claro.

El dulce aroma del chocolate caliente hizo que el estómago de Nicki comenzara a gruñir. Sintió un retortijón en sus intestinos y decidió que, lo mejor que podía hacer, era marcharse a su casa y cenar algo ligero. Se había pasado tres pueblos con los dulces y lo último que necesitaba era convertirse en una pelota rodante.

— Creo que va siendo hora de regresar... — resopló, desganada.

Había pasado el día allí sentada.

El Blue Lagon no había recibido demasiados clientes, pero Nicki había colaborado todo lo posible con la señora Morgan recogiendo las mesas o limpiando las manchas del suelo. Dado que ella no le aceptaba una sola libra, era lo mínimo que podía hacer.

— Espera un momento, querida.

La señora Morgan rodeó la barra y se acercó hasta ella con una tierna sonrisa en el rostro. Nicki era lo suficiente adulta para no necesitar el cariño de nadie, pero en aquel instante reconoció que, de vez en cuando e independientemente del grado de madurez o edad que uno tuviera, los gestos

tiernos solían sentar genial. Más que genial.

La propietaria de la cafetería la envolvió en un cálido abrazo y le susurró al oído que todo saldría bien.

— Confía en mí... Lo superarás.

Nicki contuvo las lágrimas y rezó porque fuera verdad.

Cuando salió a la calle, prácticamente había anochecido.

Mientras paseaba de regreso a casa, sopesó la mejor forma que tenía de abordar a su madre y solucionar aquella discusión lo antes posible. Aún no lograba quitarse de la mente la imagen de Betty con el rostro desencajado, gritando y escupiendo insultos como si ella no fuera... nadie. Como si no fuera su hija.

Podía llegar a entender que se sintiera decepcionada, pero no comprendía cómo una madre podía llegar a tratar así a un hijo. Esas cosas se escurrían en su razonamiento.

— ¿Nicole?

Se giró sobre sus talones al escuchar su nombre.

— ¡Otra vez tú!

Allí estaba Clifford, con su despampanante traje, su pelo repeinado y su mirada... asfixiante. ¿Pero qué narices le pasaba a ese tío? ¿Por qué no se olvidaba de ella de una vez por todas? Parecía dispuesto a hacer de su vida un infierno.

— ¿Podemos hablar? — inquirió él con un tono de voz sosegado y amistoso.

— Mire, señor Clifford... Creo que usted y yo no tenemos nada que hablar — comenzó a explicar con calma, esperando que de esa manera la pesadilla terminase de una vez por todas — . Siento mucho lo que escribí en esa nota y entiendo cómo le pudo afectar, ¿vale? Pero ya está. Me han despedido, no volveré a ver a su hijo y no tiene de qué preocuparse.

— El problema es...

— Simplemente, déjeme continuar con mi vida, por favor...

Se sentía exhausta y lo último que le apetecía en aquel instante era

enfrentarse a aquel engreído para después tener que hacerlo con su madre. Con uno de los dos sería más que suficiente.

— No pretendo interce...

— Buenas noches, señor Clifford — cortó, echando a caminar en dirección a su casa.

Sintió la primera gota de lluvia caer sobre su nariz y apretó el paso. Esperaba que aquella fuera la última vez que su camino se tropezara con el del señor Clifford, aunque supuso que quizás aquello era demasiado buena suerte para una chica como ella.

— Señorita Grace, por favor, espere — suplicó el hombre, sujetando a la joven por el brazo.

Nicki se quedó helada.

¿Qué pretendía con aquello? Se volvió hacia él una vez más, confundida y hastiada por partes iguales.

— Sólo quiero hablar... Nada más — volvió a suplicar — . Por favor.

Parecía sincero, pero no llegaba a confiar en él.

— ¿De qué quiere hablar? — preguntó, cruzándose de brazos frente a él.

La expresión del señor Clifford se relajó de inmediato.

— Quería hablar de su trabajo.

— ¿De qué trabajo, señor Clifford? ¿De ése del que me han despedido?

La lluvia comenzaba a intensificarse progresivamente y Nicki pensó que, de un momento a otro, una tormenta terminaría descargándose sobre sus cabezas. Un rayo iluminó el cielo de Hahnville y, pocos segundos después, un trueno amenazante hizo retumbar el pueblo confirmando las sospechas de la joven.

— En realidad, quería ofrecerle un trabajo... Siento mucho que el director Duch la despidiera el otro día, señorita Grace. No fue... intencionado.

Nicki arqueó las cejas, incrédula.

— ¿No lo fue? ¿No pretendía que me despidieran?

Clifford sopesó la respuesta en silencio.

— En realidad, sí, pero no creí que fueran a hacerlo. Lo siento.

Ella suspiró profundamente.

“En fin, ¿qué más da? Fuera como fuese, ya no hay vuelta atrás”.

— Si lo que busca es redimirse, señor Clifford, no tiene que continuar persiguiéndome. Está perdonado, de verdad... Sólo quiero... que desaparezca, nada más.

— ¿Entonces no acepta el puesto de trabajo que le estoy ofreciendo?

Nicki sacudió la cabeza en señal de negación.

— Gracias, pero soy capaz de solucionar mis problemas por mí misma — concluyó, echando a caminar y dando por finalizada la conversación.

— ¡No ha escuchado mi oferta, señorita Grace! — gritó Clifford, contrariado.

Era la primera vez en muchísimo tiempo que alguien le daba calabazas.

— ¡No me interesa, Clifford! — respondió ella, justo cuando otro rayo iluminaba el cielo grisáceo sobre su cabeza.

No había dejado de llover y tronar en toda la noche. Nicki se repetía a sí misma, una y otra vez, que el no haber pegado ojo ni un solo minuto se debía a la tormenta; aunque sospechaba que en el fondo se estaba engañando a sí misma.

Sí, debía de admitir la realidad: discutir con su madre la había afectado en sobremanera, perder su trabajo también y que Neo pasara descaradamente de ella, todavía más.

Aquel día el despertador no había sonado — ya no tenía ninguna necesidad de fingir —, así que decidió remolonear en la cama un rato más mientras organizaba mentalmente las tareas que tenía pendientes aquel día.

Una de las prioridades de su día era acudir a las oficinas de desempleo en busca de alguna oferta interesante. Sonrió pensando que, después de todo, quizás aquel despido la arrastrase hasta el empleo de sus sueños.

— No hay mal que por bien no venga — se dijo a sí misma en voz alta, intentando creer aquella frase.

Suspiró hondo y, después, centró su atención en la ropa con la que acudiría a dichas oficinas. Debía ir elegante y profesional, sí, aunque tampoco podía parecer demasiado sobrada o le darían el empleo a otra persona más necesitada que ella. Decidió que lo mejor era un término medio: unas bailarinas, unos vaqueros y una blusa fresquita pero holgada. Formal e informal a su vez, lo que resultaba perfecto.

— ¿Nicole? — preguntó su madre, golpeando repetidas veces la puerta.

La joven guardó silencio mientras un nudo opresor se formaba en la boca de su estómago. No tenía ganas, en absoluto, de hablar con Betty en aquellos instantes.

Pensó que si se quedaba el suficiente tiempo callada, su madre terminaría por rendirse y marcharse. Pero estaba equivocada. Betty, con el rostro enfurruñado y los brazos en jarras, irrumpió sin esperar una respuesta en el dormitorio de su hija.

— ¡Mamá, pero qué haces! — exclamó Nicki, incrédula — . ¡Fuera de mi habitación!

Betty sacudió la cabeza en señal de negación y, con un gesto de repugnancia grabado en el semblante, explicó.

— Tenemos que hablar... Y esta conversación no puede esperar, Nicole.

Su voz sonaba seria, áspera y totalmente comedida.

Nicki se incorporó en la cama, procurando aparentar el enfado que realmente sentía. ¿Por qué le costaba tanto expresar sus sentimientos y emociones con Betty? ¡Por Dios, era su madre! Tenía ganas de echarse a llorar, de pedirle perdón y de suplicarle que, por favor, fuera comprensiva. También quería gritarle que se marchase de su habitación, dejarle claro que ya no era una niña y cerrar la puerta con un sonoro portazo. Pero no hizo, ni dijo, nada de lo que pensaba y sentía. Se quedó muy callada y quieta observando a aquella mujer tan similar y diferente, a su vez, de lo que era ella.

— Has perdido tu empleo — notificó, como si Nicki aún no fuera realmente consciente de ello — , y has rechazado otra propuesta de trabajo.

— Mamá...

— ¡No, silencio! — gritó, interrumpiendo a su hija — . Tendrás que trabajar, Nicole. Te guste o no, tendrás que trabajar.

— ¡Claro que voy a trabajar! — respondió, sorprendida — . ¡Hoy mismo iré a buscar un empleo!

Betty volvió a sacudir la cabeza de aquella manera tan exasperante. Lograba sacarla de quicio.

— La señora Collins ya no puede cuidarse por sí misma y necesita a alguien que le ayude con las tareas del hogar y con las comidas — le contó con brevedad — , así que te he ofrecido voluntaria para el puesto y está dispuesta a hacerte el favor...

— ¡MAMÁ! — gritó, incapaz de concebir lo que su madre le estaba explicando — . ¿Me has ofrecido voluntaria para un trabajo sin consultarlo conmigo antes?

Betty sonrió, satisfecha.

— Ya puedes estar un poco agradecida y dejar comportarte como una niña estúpida, Nicole. Te he conseguido un trabajo, que no es poco viendo que solo tienes dos neuronas en la cabeza — señaló, justo antes de hacer una pausa para revisar el reloj de su muñeca — . Tienes que estar allí a las diez, así que vístete y mueve ese culo gordo o llegarás tarde a tu primer día de trabajo.

Iba a contestar. Tenía que contestar.

Pero en lugar de hacerlo, se quedó en silencio observando a su madre como las vacas al tren. Le parecía totalmente surrealista aquella conversación, pero no tuvo más remedio que aceptar la situación.

¿Qué iba a decirle? ¿Qué no quería ese empleo? ¿Qué aspiraba a algo mejor? En realidad, Betty tenía razón; debía trabajar en cualquier cosa y mientras encontraba un puesto relacionado con su carrera, lo mejor sería aprovechar cualquier opción.

Se quedó inmóvil observando cómo su madre se giraba y abandonaba, con la cabeza alta y una indudable expresión de orgullo, la habitación.

— Genial... — murmuró, levantándose de la cama.

Decidió vestirse la misma ropa que había pensado con anterioridad y peinarse una cómoda y rápida cola de caballo. No tenía buen aspecto; unas oscuras y marcadas ojeras decoraban el contorno de su mirada. Pero tampoco merecía la pena perder el tiempo maquillándose, ¿no? Al fin y al cabo, se dirigía a casa de la señora Collins. Una mujer de casi ochenta años de edad que no veía ni con la lupa en los ojos.

Antes de abandonar su hogar, desvió la mirada fugazmente en dirección a la cocina y comprobó que su madre no parecía dispuesta, ni siquiera, a decirle adiós. Daba igual; de todas maneras, ella tampoco quería despedirse.

Aunque los truenos se habían disipado, las nubes continuaban descargando una inmensa cantidad de agua sobre Luisiana; pensó que aquel año iban a terminar ahogándose — al menos en el sur — o fabricando barcas.

Se apretó el chubasquero amarillo que llevaba puesto y apretó el paso con la

esperanza de alcanzar la vivienda antes de terminar hundida.

“Necesito un cruasán de la señora Morgan”, pensó, mientras una repentina tristeza la invadía. Su vida, en tan solo unos días, había dado un giro total. Había pasado de tener un puesto para el que había sido formada, a otro por el que no se necesitaba ninguna clase de formación. Había perdido la relación con su madre y no volvería a ver, al menos profesionalmente, a los pequeños que tanto adorada.

Decidió, mientras tocaba el timbre de Alice Collins, que nada más abandonar aquella casa se encaminaría derechita a la oficina de desempleo. Nicki tenía pocas cosas claras en la vida, entre ellas, que lo suyo no era la cocina. Limpiar, quién sabe, pero cocinar desde luego que no. Unos minutos después, insistió y volvió a presionar el botón del timbre. Era evidente que la ciega y sorda de la señora Collins no escuchaba el telefonillo sonar.

— Genial... — repitió, cada vez más desganada.

— ¿SEÑORA COLLINS? — gritó Nicki, a tan sólo unos centímetros de distancia de la mujer.

Alice Collins, en un tiempo pasado había podido alardear del mejor oído de todo Hahnville, alzó las cejas con indecisión. Le parecía haber escuchado un murmullo en el exterior, pero no estaba segura.

— ¿Dices algo, Nicki?

La joven sonrió abiertamente, armándose de paciencia.

— Sí, le digo que me marcho — repitió, acercándose aún más a la anciana del cabello canoso — . Le he dejado la dentadura en el vaso de agua y una crema de calabaza para cenar, ¿Vale?

La señora Collins asintió, pero Nicki no estuvo muy convencida de que le estuviera escuchando.

— He limpiado los baños y el despacho de su marido, también...

— Mi marido murió de cáncer — señaló la señora Collins, cuya atención se desviaba con demasiada rapidez.

— Lo sé, señora Collins — aseguró Nicki con una pequeña palmadita de apoyo — , yo estuve en el funeral, ¿lo recuerda?

— Murió de cáncer de estómago... Pobrecito mi Willy...

— Señora Collins — continuó Nicki, obligándole a la mujer a prestar atención — . Me marcho ya, pero le dejo mi teléfono móvil anotado en la cocina, ¿vale? Por si me necesita para cualquier cosa.

— Yo no tengo teléfono móvil, Nicki...

— Me puede llamar desde el de su casa, señora Collins. No es necesario tener uno para poder llamar a otro...

La anciana asintió, aunque una vez más, Nicki tuvo la sensación de que no comprendía lo que estaba diciendo.

Un tanto apenada, abandonó la vivienda en la que había pasado aquel día. Bueno, no era el trabajo de sus sueños ni mucho menos, pero había resultado mucho más gratificante de lo imaginado. La señora Collins siempre le había parecido una mujer agradable y muy dulce, así que se sentía realizada pensando que la estaba ayudando a tener una mejor vida.

Además, no entendía muy bien cómo aquella mujer podía haber estado sola tantísimos años. ¿Cómo demonios se las había apañado para sobrevivir sin ayuda? En una mañana, Nicki había ayudado a la señora Collins a ir al baño en tres ocasiones e, incluso, le había ayudado a beber agua cuando simulaba atragantarse con la comida.

Cuando salió a la calle, revisó su reloj y se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para ir a la oficina de empleo, así que echó a caminar en dirección al Blue Lagon mientras se decía a sí misma que al día siguiente madrugaría más para pasarse por la oficina antes de ir a la casa de la señora Collins.

Inconscientemente, Nicki cruzó la calle en la que se encontraba el colegio municipal. Era la hora de salida de los pequeños y una multitud de padres se aglomeraba en la puerta principal del centro. Nicki aminoró la marcha para contemplarlos con una mezcla de angustia y tristeza carcomiéndola las entrañas. Echaría de menos aquel colegio y echaría de menos...

— ¿Clifford? — susurró en voz alta, totalmente incrédula.

Durante el tiempo en el que la joven había sido la profesora de Izan, aquel cretino no se había molestado ni en una mísera sola ocasión en recoger a su hijo del colegio. Nicki lo sabía muy bien, porque ella siempre acompañaba a los niños hasta la puerta del colegio y los entregaba directamente a sus padres.

— Asqueroso... ¡Cretino! — escupió de mala gana, incapaz de contenerse.

— ¿Nicki?

Una voz familiar la distrajo del presente.

— ¡Oh, María! — exclamó, fingiendo un poco de falso entusiasmo.

“Lo que me faltaba...”, pensó.

Aunque en el fondo sabía que todo aquello era culpa de su mentalidad sadomasoquista.

Su ex-compañera sonrió abiertamente a varios metros de distancia, sin amagar acercarse más a ella. Nicki se sintió extraña e incómoda y decidió que, tras las cruzar cuatro las palabras de rigor, se esfumaría del lugar cuanto antes.

— Espero que todo te vaya bien, María... — aseguró, pasando en el mismo momento de largo.

— ¡Lo mismo espero, Nicki! — respondió su amiga, agitando la mano en señal de despedida.

¡Era increíble!

Tantos años de amistad, de sesiones de cine, de confidencias y de secretos, tirados a la basura de un soplo. Todo lo que ambas habían construido se había esfumado de la noche a la mañana, ¿y por qué? ¿Acaso tenía algún sentido?

Alcanzó la puerta del Blue Lagon aún pensativa, y nada más adentrarse en la cafetería, una repentina sensación de bienestar se apoderó de ella. No importaba el mal día que hubiera pasado, allí se sentía como en casa.

— Hola, chicos — saludó, sentándose en la barra con aspecto abatido.

Makai asomó la cabeza desde la cocina y sonrió abiertamente.

La señora Morgan, en cambio, se acercó a Nicki para poder abrazarla.

— ¿Todo bien? — preguntó en un murmullo para que los clientes que estaban al fondo no pudieran escucharla.

No había necesidad de expresar a qué se refería con su pregunta. Nicki la entendió a la primera.

— Más o menos — resopló, agotada.

Era evidente que su día no había sido radiante.

— Te pondré un chocolate y un buen cruasán — respondió la señora Morgan, guiñándole a la joven un ojo.

Nicki asintió, agradecida, mientras la propietaria de la cafetería se alejaba al fondo de la barra. Aunque no solía ser habitual, aquel día la cafetería contaba con bastantes clientes y tanto la señora Morgan como Makai se encontraban atareados. Escuchó la campanita que indicaba la llegada de alguien nuevo y, sin girarse para comprobarlo, se revolvió maldiciendo en su asiento.

Necesitaba estar a solas con sus amigos y ponerles al día sobre los planes de su arpa madre, porque si no se desahogaba con alguien, temía terminar explotando.

— Un chocolate como el de la señorita de la barra — musitó una voz masculina tras ella.

Una voz demasiado familiar...

— ¿Señorita Grace? — inquirió Izan con una sonrisa de oreja a oreja, saltando del asiento para correr hacia su antigua profesora.

— ¡Oh, Izan! — sonrió Nicki, desviando disimuladamente la mirada hacia el señor Clifford.

¿Qué diablos hacía él allí? ¿Por qué seguía persiguiéndola? ¿Acaso no había dejado claras las cosas el día anterior?

— ¡Papá, papá! ¡Es la señorita Grace!

Harvey Clifford se levantó del asiento con una pícaro sonrisa en el rostro y, bajo la atenta y curiosa mirada de la señora Morgan, se acercó hasta la joven con intención de saludarla.

— ¿Cómo se encuentra, señorita Grace?

Nicki, estupefacta, ni siquiera sabía cómo forzarse a responder. Estaba en shock — o al menos, algo parecido —. Como sentía la pequeña manita de Izan tirando de su blusa, desvió su atención hacia el pequeño con la excusa para poder ignorar al hombre que tenía frente a ella.

— ¿Qué tal estás, Izan?

— ¡Muy triste, señorita Grace! — respondió el pequeño, dibujando unos

pronunciados pucheros en su rostro — . ¡No me gusta la nueva señorita!

“Agradéceselo a tu padre”, pensó, sin atreverse a decir nada en voz alta.

— ¿Por qué no se sienta en nuestra mesa, señorita Grace? — propuso Clifford — , tenemos sitio de sobra.

La sonrisa que se iluminó en el rostro de Izan fue tan radiante, que Nicki no pudo negarse a ello. Con el pequeño de la mano, caminó hasta la mesa y tomó asiento.

— ¿Le gusta el chocolate, señorita?

Nicki asintió, sacudiendo el alborotado cabello del niño.

— ¡A nosotros también! — exclamó, señalando las tazas de chocolate calentito que la señora Morgan había colocado en frente.

Harvey Clifford sonrió, satisfecho, pensando que las cosas iban tal y como esperaba. Sacó un papel y una pintura de cera y le indicó a Izan que se mantuviera entretenido mientras los mayores charlaban.

— ¿Qué se supone que está tramando? — inquirió Nicki con el ceño fruncido.

Fuera lo que fuese, aquello no le gustaba en absoluto.

— ¿Por qué piensa que estoy tramando algo, señorita Grace?

Nicki tamborileó con sus dedos sobre la mesa y guardó silencio sin saber qué decir. Tenía una mala sensación, aunque tampoco sabía en qué fundamentarla.

Cuando alzó la mirada al frente, se dio cuenta de que no sólo la señora Morgan y Makai les prestaban atención, si no que toda la cafetería se encontraba mirándoles.

— Soy poco bienvenido en Hahnville — señaló Clifford.

— ¿De verdad? No lo jure... — escupió con ironía.

Los sureños odiaban, como norma general, a los extranjeros. Pero si esos extranjeros, además, se creían mejor que ellos... Entonces el odio se quedaba corto para describir las emociones que albergaban hacia los no-sureños.

Nicki se sentía incómoda allí sentada. Sospechaba que la próxima semana sería blanco de los cotilleos del pueblo, y aunque le importaba poco — o más bien, nada — lo que se dijera de ella, no quería que la relación con su madre empeorase.

— Mil dólares semanales.

— ¿Cómo? — inquirió Nicki, girándose hacia el padre de Izan.

— Le ofrezco mil dólares semanales.

La joven, enmudecida, verificó que Izan se encontrase entretenido con las pinturas antes de responder.

— ¿Ha perdido usted la cabeza, señor Clifford? — susurró, estupefacta.

Clifford la escrutó profundamente y Nicki tuvo la sensación de que aquella penetrante mirada iba a traspasarla.

— No he perdido la cabeza — aseguró con voz seria y tranquila — , ya se lo dije, soy un hombre de negocios.

— ¿Y qué estamos negociando... exactamente?

— ¿Exactamente? — repitió Clifford, dejando a relucir otra vez su pícaro sonrisa — . Las condiciones de su nuevo empleo.

Nicki se quedó en silencio.

Aquel hombre debía de estar realmente mal de la cabeza.

— Le ofrezco mil dólares semanales, con un día libre de descanso — continuó con seguridad, consciente de que aquellas condiciones serían difíciles de mejorar — . El horario podrá escogerlo usted. No tengo ningún inconveniente siempre y cuando se cumplan las seis horas diarias de estudio.

— ¿Me está proponiendo que...?

No pudo terminar la frase.

¡Aquello era surrealista! ¿Realmente pretendía educar a su hijo en casa? ¿Y que ella fuera su... tutora? ¿Acaso era aquello lo que le estaba proponiendo?

— Sí, señorita Grace. ¿Qué me dice? — apremió, frotándose las manos.

Harvey estaba seguro de que la joven aceptaría.

Al fin y al cabo, el sueldo mensual que se llegaba a ganar en un colegio de primaria era, prácticamente, lo que él le estaba ofreciendo semanalmente. No podía negarse.

— Lo siento mucho, señor Clifford, pero ya tengo un trabajo — sentenció, levantándose de la mesa — . Izan... me marcho. Pórtate muy bien con la nueva señorita, ¿vale?

El niño levantó la cabeza hacia Nicki y, apenado, aceptó.

— Que tenga una buena tarde, señor Clifford.

Y sin decir nada ni despedirse de nadie más, la joven cruzó la puerta del Blue Lagon y echó a caminar con paso acelerado en dirección a su casa. Sentía el corazón latiéndole con fuerza en el pecho y los nervios a flor de piel mientras que una vocecita amarga en su cabeza le repetía, una y otra vez, que debía de tener dos neuronas en el cerebro para haber rechazado semejante oferta.

15

Betty, cargada con una gigantesca bandeja, apareció en el salón. Colocó la tetera, las tazas y el plato de pastas frente a su invitada y su hija y después se sentó en frente con suma elegancia. Nicki pensó que su madre, cada día que pasaba, parecía más ácida, más amargada y más insoportable. Y — ¿por qué no? — más estirada, también.

— Entonces te han despedido — señaló la tía Margory.

Nicki se encogió de hombros.

— ¿Por qué? — insistió su tía.

Betty arqueó las cejas y colocó las manos encima de sus piernas cruzadas.

— ¿Por qué? ¡Vaya pregunta! — respondió, sin dejar que Nicki continuara explicándose — . Es obvio, ¿no? ¡Porque es una inútil!

La tía Margory asintió, de acuerdo con la última afirmación de su hermana.

Nicki, decidida a ignorarlas y a mantener la paz y la armonía que últimamente faltaban en su vida, estiró el brazo para coger una galletita de té mientras sopesaba hacia qué otra cosa podía desviar el tema de conversación. Odiaba ser el blanco de sus insultos.

— ¡Por Dios santo, Nicole! — exclamó Margory — . ¿Es que no puedes dejar de pensar en la comida? ¡Te estás poniendo como un elefante!

La joven se quedó helada con la galletita en la boca, a medio masticar.

— La verdad es que cada día está más gorda — corroboró su madre — , como siga así, la semana que viene no le cerrarán los vaqueros. Dudo que consiga subirlos hasta las rodillas...

— ¿Te estás comiendo la comida de la señora Collins? ¿Su armario de los

chocolates?

— ¡No! — exclamó Nicole, ofendida.

Jamás se le ocurriría comer un solo bocado de la comida de la señora Collins.

Betty sacudió la mano en señal de rendición.

— Alice Collins debe de haber perdido la chaveta por completo — cotilleó Betty — , dudo que tenga un armario con chocolates cuando no es capaz ni de comprar un paquete de arroz sin perderse en el supermercado.

— Sí, había escuchado que el otro día se orinó encima mientras caminaba por el parque — sonrió Margory, alzando las cejas — . ¿También le limpias los pañales, Nicole?

La joven suspiró.

— Todo eso son habladurías de viejas cotillas... La señora Collins aún está de maravilla.

Asqueada, se levantó del sillón dispuesta a abandonar la estancia. Su madre y su tía eran expertas a la hora de llevar su paciencia hasta el límite.

— ¿A dónde vas, niña? — inquirió tía Margory.

Betty ni siquiera se molestó en preguntar.

Su hija, ésa a la que se había esforzado en criar como una dama sureña, resultaba tal decepción que podía esperar cualquier cosa de ella.

— Me voy a mi habitación — respondió escuetamente, arrastrando un pie detrás del otro.

¡Dios, echaba demasiado de menos su antiguo trabajo!

Cierto que la señora Collins no se portaba mal con ella, pero no era lo mismo. Añoraba a sus pequeños y extrañaba poder sentirse útil y realizada. Se dejó caer sobre la colcha de su cama y apretó la almohada contra sus orejas para no escuchar ningún sonido del exterior.

— Nicole Grace — pronunció en voz alta — , tu vida es un verdadero desastre.

Quizás, si se lo repetía lo suficiente, terminaría encontrando una solución para aquella tortura. Además, temía que en cualquier momento pudiera perder la cabeza y asesinar a su madre — o algo similar — . Cuando pensaba en ello, se imaginaba a los vecinos diciendo que “era una buena chica y que jamás hubieran imaginado semejante atrocidad sobre ella”.

El murmullo ahogado del motor de un coche en la lejanía la hizo distraerse para regresar a la realidad.

Su casa — o mejor dicho, la casa de su madre — , se encontraba alejada del resto de las viviendas y comercios de Hahnville, lo que implicaba que raras veces alguien llegaba por casualidad hasta allí.

Se levantó de un salto de la cama y observó, consternada, el Mercedes plateado de cristales tintados que se acercaba lentamente hacia su hogar.

— ¡No puede ser! — exclamó, horrorizada.

¿Pero por qué demonios seguía aquel hombre acosándola?

Recordó entonces que su madre y tía Margory se encontraban en el salón de abajo, cargadas de veneno y esperando una buena excusa para saltar contra ella.

— ¡Joder, joder!

Dando pequeños saltitos, se apresuró a colocarse unos vaqueros y una camiseta un poco más decente — no sabía por qué, pero el señor Clifford le imponía respeto y tenía la necesidad de estar presentable — . Escuchó el coche deteniéndose debajo de la casa justo en el instante en el que revisaba por última vez su reflejo en el espejo. Escuchó la vocecita de Izan de fondo y, poco después, la puerta de la calle abriéndose.

— ¡Oh, no! — gritó, horrorizada, mientras se disponía a correr escaleras abajo — . ¡MAMÁ NO ABRAS!

Pero, como no, era tarde.

Betty y la tía Margory sonreían abiertamente dando la bienvenida a los recién llegados: el pequeño Izan, el señor Clifford y su chófer, Rob.

— ¡Buenos días, señorita Grace! — saludó Clifford, que parecía tan encantado con la situación como su madre.

Nicki tuvo que hacer grandes esfuerzos para mantener la compostura y no decepcionar al pequeño Izan.

— ¿Qué hace usted en mi casa, señor Clifford?

— ¡Por favor, Nicole! ¡No seas tan desagradable! — exclamó tía Margory, que parecía totalmente cautivada con la presencia del hombre.

— Pensé que, al ser domingo, la encontraría en casa — señaló Clifford, agachándose a la altura de su hijo — . ¿Quieres ir a saludar a la señorita Grace, Izan?

El pequeño asintió y, sin esperar ninguna orden, salió corriendo en dirección a Nicki y enroscó sus brazos alrededor de sus piernas.

— ¡Guau! ¡Cuánta emoción! — escupió Betty, que solía ser incapaz de tolerar las escenas tan emotivas como aquella — . ¿Quiere tomar algo, señor Clifford? ¿Té, café...?

— No, gracias. Tan sólo he venido para ofrecer, una vez más, un puesto de empleo a su adorable hija. Espero que me conceda la oportunidad de dar un paseo con ella y de explicarle las nuevas condiciones que tengo para mejorar mi oferta.

— ¿Un puesto de...? — comenzó la tía Margory, extrañada.

— ¡Acepto el paseo! — exclamó Nicki, horrorizada con la situación y deseosa de abandonar aquella casa cuanto antes.

Aupó a Izan entre sus brazos y, apresurada, cruzó el pasillo por delante del señor Clifford y salió en primer lugar de la casa.

— ¿Señorita Grace? — preguntó el niño en su oreja, susurrando.

— Dime, Izan.

— Papá me ha dicho que volverás a ser mi seño. ¿Es eso verdad?

Nicki no supo qué responder.

¿Por qué daba por hecho el engreído del señor Clifford que aceptaría la oferta así, de buenas a primeras? ¿Acaso no la había rechazado en reiteradas ocasiones?

— Suba al coche, Nicole — pidió el padre de Izan — . El paseo lo

daremos lejos de las miradas indiscretas.

Nicki volvió la vista hacia la casa y se topó con su madre y su tía asomadas en la ventana del salón. Suspiró exasperada, preguntándose a sí misma qué demonios había hecho en una vida pasada para merecer aquello.

— Está bien — aceptó, abriendo la puerta del elegante cochazo.

Unos minutos después, Nicki viajaba acompañada de uno de sus peores enemigos, sin tener ni la menor idea de hacia dónde se dirigían.

— Tiene usted una madre muy... peculiar — señaló Clifford, cuya sonrisa pícaro volvía a estar presente.

— Sí, es peculiar — corroboró —. Últimamente parece divertirse con mi compañía, ¿no cree?

— Será que usted me pone de buen humor.

Clifford y ella viajaban detrás, escuchando la risa y la conversación que Rob e Izan mantenían en los asientos delanteros. Nicki pensó que aquella era una de las situaciones más incómodas de su vida.

— ¿Va a decirme qué pretende, señor Clifford?

El hombre frunció el ceño.

— Explíqueme una cosa — pidió, ignorando la pregunta de la joven — . ¿Por qué deja que su familia la mangonee?

— ¿Eso piensa? ¿Qué mi familia me mangonea?

Clifford asintió.

— No lo pienso, lo sé. Pero no entiendo por qué usted permite...

— Señor Clifford — escupió Nicki, exasperada — , haga el favor de preocuparse por sus asuntos.

Harvey Clifford sonrió abiertamente.

¿Por qué disfrutaba tanto sacando a esa joven de sus casillas?

— Está bien, me centraré en mis asuntos. ¿Ha meditado sobre el puesto de trabajo que le ofrecí?

— Así es, y la respuesta sigue siendo la misma que la última vez.

El coche se detuvo y Nicki desvió la mirada hacia la ventana para identificar el lugar en el que se encontraban, sin éxito. Aquel sitio no le sonaba de nada.

— ¿Paseamos, señorita Grace?

La joven se encogió de hombros.

Todos se bajaron del coche, incluido Rob. El pequeño Izan y el chófer se adelantaron a ellos hasta un puesto de helados, a unos metros de distancia. El señor Clifford y ella caminaron con lentitud en dirección al niño, mientras continuaban en privado con la conversación.

— Mejoraré la oferta.

Nicki soltó una risita.

— Creo que esa oferta no puede mejorarse, señor Clifford.

— Harvey, llámame Harvey.

— Está bien, Harvey... Lo siento, pero la respuesta sigue siendo “no”.

— Le pagaré más dinero.

— El dinero no es ningún problema, señor Clifford — se apresuró a responder, recordando el mísero sueldo semanal que la pobre señora Collins le daba ahorrando de su pensión — , el problema es que tengo orgullo.

Harvey Clifford guardó silencio unos instantes.

— Entiendo... — murmuró, pensativo — , herí su orgullo.

— Así es.

Izan irrumpió la conversación con un enorme helado de chocolate en las manos.

— ¡Tome, señorita Grace! ¡Le he traído un helado!

Nicki, agradecida, aceptó el gesto del pequeño.

— Muchas gracias, cariño...

— ¡Es de chocolate!

— ¡Mi favorito! — aseguró Nicki, besando la mejilla del niño.

Harvey Clifford contempló la escena con un remolino de sentimientos resurgiendo en su interior. ¿Hacía cuánto que no veía a su hijo así de feliz? ¿Hacía cuánto que una mujer no se preocupaba por él? Cada día lo tenía más claro; Izan necesitaba urgentemente una figura femenina en la que apoyarse y, aunque Agnes hacía un trabajo espléndido con él, Harvey sabía distinguir el tipo de comportamiento que Izan demostraba cuando aquella joven estaba cerca. La adoraba, era evidente. Además, llevaba días llorando porque “la señorita Grace ya no le daría nunca más clases”, lo que había logrado conmoverle.

— Nicole — interrumpió Harvey, deteniéndose en seco y sujetando a la muchacha por ambos hombros —, siento muchísimo lo que ocurrió en la escuela y me arrepiento del comportamiento que demostré. No me siento orgulloso de ello, en absoluto.

Aquel repentino gesto tan cercano pilló a Nicki por sorpresa. ¿Pero qué demonios hacía ese hombre? Tan solo los separaba unos centímetros de distancia. Estaban tan cerca el uno de otro, que Nicki podía oler perfectamente su perfume masculino y rudo.

— Por favor, Nicole — continuó —, hará muy feliz a mi hijo si acepta este empleo y se decide a trabajar para mí.

— No pue...

¿Por qué esa mirada verdosa lograba hipnotizarla? ¿Por qué demonios era tan tremendamente persuasivo?

— Incluso, si quiere, podría venir a vivir con nosotros... No tendría por qué continuar en la casa de su madre.

— Eso no será necesario — aseguró Nicki, un tanto consternada.

Sintió el helado chorreando por su mano, derritiéndose poco a poco.

— ¿Y eso qué significa? ¿Qué acepta el trabajo?

Nicki movió la cabeza lentamente en señal afirmativa y Harvey Clifford sonrió, satisfecho y feliz por partes iguales.

— Cómase el helado — ordenó, sin borrar sus sonrisa —, creo que

jamás había visto a nadie disfrutar tanto del chocolate hasta que la vi en esa cafetería.

Inconscientemente, Nicki también sonrió.

Después, ante la atenta mirada de padre e hijo, pegó un lametón al helado de chocolate y saltó en carcajadas. Izan la imitó, y poco después todos reían a pleno pulmón.

— Así que... ¿Vas a trabajar para el señor Clifford?

Mientras su madre parloteaba detrás de ella, Nicki se vestía a todo correr. Aquel sería su primer día como tutora particular de Izan Clifford y esperaba poder desayunar tranquilamente en el Blue Lagon. Hacía varios días que no se pasaba por ahí y quería poner al corriente de los cambios a Makai y a la señora Morgan.

— Así es mamá — respondió sin girarse hacia ella — . Creí que te alegrías.

— No es sureño — evidenció Betty — . Y sabes que los extranjeros no me caen bien, Nicole.

Nicki suspiró, terminó de arreglarse el pelo, se calzó las sandalias y sonrió satisfecha. Aquella mañana, por alguna razón irracional y desconocida, se sentía radiante y feliz. Y ni siquiera Betty Grace podría estropearle aquella repentina sensación de dicha que — últimamente — tan pocas veces la abrumaba.

— ¿Sabes qué, mamá? Empiezo a pensar que lo único que deseas es que me vaya mal en la vida.

— ¡Cómo puedes decir eso, Nicole! — se sobresaltó Betty, incrédula — . ¡Si tu padre levantara cabeza...!

— Deja que papá descanse tranquilo — cortó, plantándose frente a ella — . Me marchó, mamá. Te veré luego.

Cogió su bolso de la mesilla y pasó de largo.
Cuando salió de la casa, se sintió libre; plenamente libre. Respiró el aire fresco que emanaba aquel día soleado y primaveral y apresuró su paso para alcanzar lo antes posible el Blue Lagon.

— ¡Buenos días! — saludó al cruzar el umbral de la cafetería.

Pero como era habitual, la joven Nicki no podía tener un día bueno. Siempre había un detalle, por pequeño que fuera, que destrozaba la alegría y la felicidad que la joven albergaba en su interior.

— ¿Estás bien? — inquirió la señora Morgan — . Parece que has visto un fantasma, Nicole.

Y en efecto, prácticamente eso sentía.
Sí, bueno, no se trataba de un fantasma... Pero le costaba creer que lo que sus ojos veían era real. Allí estaban, Neo y María, sentados al fondo de la cafetería haciéndose arrumacos y besándose como dos adolescentes sin casa. Sintió que su corazón se aceleraba a doscientos mil por hora y tuvo que contener el impulso de echarse a gritar como una loca.

¡No podía ser! ¡María, no!

Se hubiera esperado cualquier cosa viniendo de Lyssa, pero aquella traición le parecía... ¡Dios, no tenía palabras para describirla!

— ¿Nicki?

— Necesito un café cargadito, Makai...

El joven se apresuró a complacerla.

— ¿Quiénes son? — instó la señora Morgan, que no había pasado por alto cómo la joven miraba a la pareja del fondo.

— La única amiga que he tenido en Hahnville y el amor de mi vida — respondió Nicki con dramatismo.

Desde luego, en los tiempos que corrían, uno no podía fiarse ni de su propia sombra.

Mientras se apresuraba a beberse el café de trago, fingió que no les veía. Aquellos dos estúpidos traidores habían logrado que se sintiera incómoda en

el Blue Lagon, y eso no lo perdonaría fácilmente. El Blue Lagon era su único lugar, su burbuja de felicidad.

— No le mires de reojo, Nicki — señaló la señora Morgan — . Y será mejor que te olvides de ese cretino — añadió, sirviéndole más café en su taza — , ni siquiera es tan guapo como tú.

Aunque la joven no estuvo de acuerdo con aquel último detalle, sonrió y agradeció el piropo.

— Os veré luego — se despidió, precipitándose a la puerta.

“¿María y Neo? ¿De verdad?”, se preguntó nada más salir al exterior. Inundó sus pulmones de aire fresco y respiró hondo, sopesando aquella importante información. Sí, ahora todo tenía sentido y por fin comprendía por qué su amiga no la había llamado en todo aquel tiempo.

De camino a la mansión del señor Clifford, Nicki se dijo a sí misma que aquel día mantendría, pasase lo que pasase, una actitud positiva y feliz. No permitiría que nada ni nadie le estropease aquella mañana. Ni siquiera Neo. Ni siquiera María.

— Buenos días, Nicole — saludó Harvey Clifford al abrir la puerta.

Por alguna razón, la joven no había esperado encontrárselo en casa a aquellas horas. Intentó dibujar una sonrisa conciliadora en su rostro, pero la verdad era que aún le costaba bastante ser agradable con el señor Clifford.

— Buenos días — dijo con voz neutra y baja.

Clifford le indicó con una mano que entrase al interior y ella obedeció. Se fijó, al cruzarse con él, en que olía exactamente igual que en las anteriores ocasiones que se habían visto. Iba vestido con camisa blanca, corbata roja y azul a rayas, traje negro, muy elegante, con zapatos a juego del mismo color. Llevaba el cabello levemente engominado hacia detrás y un enorme reloj que parecía costar más de lo que Nicki ganaba en todo un año decoraba su muñeca. El señor Clifford era intimidante. No sólo su forma de vestir lograba cautivar a Nicki, también su manera de comportarse. Era la clase de persona que parecía tener a todo el mundo a sus pies y Nicki tenía la sensación de que conseguía todo lo que se proponía en la vida sin amago de despeinarse. Sin querer, sintió algo parecido a la envidia. La joven siempre se había

conformado — ¡más que eso, en realidad!— con su escueto estilo de vida, pero poder observar a aquel hombre cerca de ella había despertado sentimientos en su interior que hasta ahora no conocía.

— Nicole — comenzó Clifford, caminando en dirección a la joven y acortando centímetros entre ellos — . Quería decirle que me alegra muchísimo que esté hoy aquí.

“¿Por qué está tan cerca de mí?”, pensó Nicki, cuyo nerviosismo aumentaba más por segundos.

Clifford caminó un paso más. No quería acercarse tanto a ella, ni pretendía intimidarla, pero por alguna razón le costaba mantenerse lejos de la chica y no entrar en aquel maldito juego de tira y afloja. Pero, ¡Dios, era tan guapa! Si hubiera sabido quién era antes de presionar con su despido, seguramente las tornas las hubiese jugado de otra manera bastante distinta.

— No tiene... porque.

Harvey pensó que aquel tipo de provocaciones estaban bien si las tenía con su secretaria, pero no con aquella joven. Al fin y al cabo, había sacado a Izan del colegio municipal y ahora Nicole sería su tutora... Si quería mantenerla en la mansión, tendría que guardar las distancias y comportarse correctamente.

— Está muy guapa hoy, Nicole...

— Gracias, señor Clifford — respondió Nicki, ruborizada.

— Llámeme Harvey, por favor.

“¡Dios mío!”, pensó Nicki, cuya cabeza no paraba de girar y girar en todas las direcciones. Aquel maldito engreído había logrado intimidarla por completo y no comprendía qué era, exactamente, lo que estaba sucediendo entre ellos. ¿Acaso era normal? ¿Acaso todos los ricachones se creían en condición y razón para invadir el espacio personal del resto de los humanos?

Clifford levantó un brazo con lentitud y apoyó la mano justo sobre la mejilla de la joven. Nicki se sobresaltó, pero por alguna otra razón incomprensible, tampoco se movió del lugar en el que estaba. Pestañeó varias

veces, estupefacta, imaginándose que de un momento a otro la besaría. ¡Sí, iba a besarla! ¡Estaba segura! Podía sentir la electricidad que se había formado entre ellos...

Clifford acarició su piel y después descendió hasta sus gruesos y húmedos labios. Sintió cómo todos los músculos de su cuerpo se tensaban simultáneamente y cómo una necesidad animal y primitiva se apoderaba de él. Se dio cuenta, en ese preciso instante, de que no tenía ninguna intención buena hacia Nicole. Todo lo que cruzaba su mente en aquel momento era sucio y...

— ¿Señor Clifford?

— Harvey — repitió, insistente, sin dejar de mirarla a los ojos.

Seguían en el mismo lugar, en el mismo salón y en la misma postura. Sus rostros tan solo estaban distanciados por unos escasos centímetros y, aunque ninguno de los dos era consciente, llevaban de aquella manera más de diez minutos.

Nicki se sintió extraña, pero también valiente. Pocas veces en su vida había sentido tantísimo deseo y pasión como en aquel momento. Se humedeció los labios con lentitud de nuevo, repasando el contorno de los mismos con la lengua. Después se colocó de puntillas, intentando quedar a la par de Harvey. “Harvey”. ¿Por qué, en aquel instante, le parecía sexy hasta su nombre? “Har...ve...y”. -

“Un segundo”, pensó, “le doy un segundo para que sea él quien me bese o me tiraré yo a sus labios”.

Se acercó más a Clifford y, justo en el instante en el que se disponía a presionar su boca contra la suya, Harvey se apartó con brusquedad de ella.

— La veré luego, señorita Grace — se despidió, alejándose sin siquiera volver la vista hacia atrás — Agnes e Izan la esperan en la biblioteca.

Nicki pestañeó, incrédula, mientras regresaba a la realidad de manera brusca y violenta. De pronto, se sintió del mismo modo que si acabase de recibir un sonoro y doloroso tortazo en el rostro.

— ¡Gilipollas! — murmuró para sí misma, aún con la respiración agitada y las pulsaciones a mil.

El día junto al pequeño Izan había ido fenomenal y, cuando regresó a casa, se sorprendió al comprobar que ni siquiera se sentía cansada. Dar clases a sólo un niño no era, ni por asomo, tan estresante como tener a veinte alumnos gritando simultáneamente.

— ¿Mamá? — preguntó al entrar por la puerta — . ¿Hola?

Escuchó el murmullo de un cuchicheo de fondo y no necesitó mucho más para identificar la voz de su querida tía Margory. Nicki se armó de paciencia y caminó al frente hasta llegar al umbral del salón.

— Buenas noches, Nicole — saludó tía Margory con un tono de voz neutro.

Más bien parecía que se estuviera dirigiéndose a un desconocido por la calle, que a su sobrina.

— ¿Ocurre..., algo? — inquirió, sin comprender las caras largas que tenían las dos hermanas.

Nicki se arrepintió de aquella pregunta en cuanto observó la mirada que ambas intercambiaron.

“¡Oh, oh!”, pensó, reculando un par de pasos atrás de vuelta al pasillo. Fuera por la razón que fuese, aquello tenía pinta de ser una encerrona.

— Sí, ocurre algo — señaló la tía Margory. Betty aún continuaba en silencio, lo que estaba llegando a preocupar seriamente a Nicki — . Hoy me he enterado de que has empezado a trabajar para ese tipo que hizo que te despidieran... ¡Como si no tuviéramos ningún orgullo en esta familia!

— Pero si fuisteis vosotras las que...

— ¡Y eso no es todo! — cortó, fingiendo cierto dramatismo e indignación.

Tanto Margory como Betty guardaron silencio, escrutando con atención la reacción de Nicki.

— ¿No es... todo? — repitió, sin comprender a qué se referían.

No, no era a nada bueno. Eso seguro.

— ¡Ahora resulta que eres amiga del negro que ha rescatado la señora Morgan!

La joven necesitó varios segundos en procesar aquella exclamación y comprender que, tal y como temía, no era una broma. Hablaban en serio. Cuando quiso darse cuenta, ya se encontraba riendo a plena carcajada, incapaz de controlarse mientras Betty y Margory sopesaban si Nicole había perdido el juicio.

— Para empezar, decir que es “negro” es algo despectivo, ¿no creéis? — logró murmurar, manteniendo su risa a raya — . Y para seguir, decir que la señora Morgan lo ha rescatado... ¡¡Madre mía!! ¡¡Querréis decir que lo ha contratado!!

Su madre le lanzó tal mirada, que Nicki tuvo la sensación de que intentaba aniquilarla de aquella manera.

— No vas a volver a pisar esa cafetería, Nicole... — aseguró Betty, poniéndose en pie — . Y vas a dejar de reírte de mí en este mismo instante.

— ¿O qué harás, mamá? — respondió, borrando la sonrisa de su rostro y tensándose.

La tía Margory también se levantó del sofá, con los mismos aires de enfado e indignación que mostraba su hermana.

— Debería darte vergüenza, Nicole — sentenció Margory.

— Mientras vivas en mi casa, bajo mi techo y con mis normas, me respetarás, Nicole... Y respetarme significa vestir correctamente, no relacionarte con gentuza y obedecer lo que yo te ordeno. ¿Queda claro?

Nicki apretó la mandíbula, soportando por unos instantes la ansiedad que la consumía. ¿Qué opciones tenía? Si aguantaba una semana trabajando para el señor Clifford podría marcharse — ¡sobradamente! — de aquella maldita prisión en la que llevaba años encarcelada. Una semana, nada más. Después reuniría el dinero necesario para alquilarse un pequeño apartamento en Hahnville y sobrevivir — aunque tuviera que alimentarse durante otra semana más a base de cereales y cartones de leche — .

— Mientras viva bajo tu techo, no visitaré la cafetería.

Sin añadir o esperar a que ellas respondieran nada más, se dio la vuelta y echó a correr escaleras arriba con el corazón a mil por hora. En el exterior ya había anochecido, así que cuando entró en su habitación no se molestó ni siquiera en encender la luz. Se tumbó, a oscuras, sobre su colcha de corazoncitos, deshaciéndose simultáneamente en un profundo mar de lágrimas. ¿Cómo demonios había logrado soportar a aquella bruja durante tantísimo tiempo? ¿Cómo diantres se las había apañado para sobrevivir aquellos años sin terminar volviéndose loca de remate?

Soñando.

Sí, había logrado soportar a Betty imaginando un futuro mejor, pensando que de aquella manera estaba construyendo unas tablas sobre las que erigir una vida. Había visualizado durante tantísimas ocasiones su futuro junto a Neo, que Nicki tenía la sensación de que si alargaba el brazo podía alcanzar aquella realidad paralela en la que el profesor guapo del que llevaba tantos años enamorada se encandilaba de ella. Y en esa realidad, claro, todo era perfecto: ella aún trabajaba en el colegio municipal, se compraban una casita cerca, daban largos paseos en bicicleta y cenaban, cada noche, chocolate. Además, como en sus sueños todo era mágico e idóneo, Nicki podía comer todo el chocolate que se le antojase sin engordar un solo gramo.

Pero aquella realidad paralela que tanto había deseado se le había escapado entre los dedos y ahora le pertenecía a María.

Suspiró hondo antes de hundir la cabeza, aún más, en su almohada. Cuando

dejó de llorar e hipar, logró serenarse y comprender que aquella colcha sobre la que se encontraba tumbada no era tan suave y delicada como la suya de corazoncitos. Alargó el brazo y encendió de la misma la lámpara que tenía en su mesilla.

— ¿Pero qué demonios...? — murmuró, incorporándose en la cama.

Su querida madre había sustituido, no sólo su colcha de corazoncitos, ¡si no toda la decoración de su habitación!

Había quitado de las paredes los dibujos que tenía colgados de sus alumnos, había cambiado la colcha, se había llevado las mariposas de colores que trepaban por las puertas de su armario y se había deshecho del espejo de pie que durante años había salvaguardado la esquina izquierda de su dormitorio.

— ¡No puedes ser! — gritó, indignada, levantándose de un salto.

¿Pero con qué derecho se había creído para actuar así? ¡Por Dios! Su habitación era el único rincón de aquella tortuosa casa en el que lograba sentirse medianamente a gusto.

Se disponía a descender, nuevamente, las escaleras hasta el salón y a montar en cólera frente a Betty, su tía Margory o quién diantres se encontrase delante. No le importaba lo más mínimo guardar las apariencias y...

Nicki se detuvo en el primer escalón, con un mal presentimiento invadiendo su mente. Retrocedió hacia detrás y regresó acelerada, con el corazón latiendo fuertemente en su pecho hasta plantarse justo frente a su armario. Mientras abría las puertas, rezó por estar equivocada respecto a su mal pálpito.

— ¡Por Dios! — gritó, colérica.

¡HABÍA SACADO SU ROPA! ¡SE LA HABÍA LLEVADO!

Tan sólo había dejado los vestidos y blusas que Margory o ella le habían ido regalando a lo largo de los años — la mitad de dichas prendas, en aquellos instantes, ni siquiera le entraban en un brazo — . Rebuscó entre los vestidos colgados su favorito, y no se sorprendió al no dar con él. Aunque podía esperarse cualquier cosa de su madre, se había pasado de la raya.

Ni las camisetas de colores, ni las blusas que Betty consideraba escotadas, ni vaqueros ajustados ni sus llamativos vestidos primaverales. Su madre, su queridísima madre, se había encargado de decidir dónde y cómo viviría, de qué manera vestiría y con qué gente se relacionaría.

— Respira hondo, Nicki — murmuró en voz alta, procurando calmar su ataque de nervios — . La gente ha sufrido infartos con la tensión más baja... ¡Así que respira!

“¿Cuál era el límite?”, se preguntó, tan dolida como estupefacta. ¿Cuánto iba a soportar? ¿Hasta dónde estaría dispuesta a llegar por el simple hecho de que ella fuera su madre?

“Se acabó”, decidió, armándose de valor.

Se colgó una cazadora vaquera en su hombro, recogió su bolso y las cuatro pertenencias que, de todo lo presente, aún conservaban cierto valor para ella y salió de aquel desconocido cuarto sin volver la vista atrás.

Bajando las escaleras, guardó silencio esperando escuchar algún murmullo proveniente del salón, sin resultado. Betty y Margory debían de haber comprendido lo que pasaba, porque se habían quedado completamente mudas para adivinar los movimientos de Nicole. Nicki sabía, o al menos imaginaba, que las dos hermanas estarían esperando ansiosas por verla aparecer en el umbral, gritando colérica y exigiendo que le devolvieran sus pertenencias. Seguramente, incluso, esperarían algún tipo de insulto hacia sus personas. Y más tarde, todo aquello que Nicki hubiera dicho o hecho en pleno enfado lo utilizarían en su contra, para recriminarle la poca educación que tenía y lo poco que se parecía a una dama sureña de verdad.

“Pues no les daré el placer”.

Le quedaba muy poca dignidad, pero algo aún conservaba algún resquicio en su interior.

Sin darle más vueltas al asunto, abrió la puerta principal de la calle y salió al exterior. Alzó la mirada al cielo, donde los nubarrones grisáceos comenzaban a aglomerarse de forma amenazante. Después, inundó con todo el aire que fue capaz sus pulmones y contuvo la respiración durante unos segundos. Cuando los vació, sintió un hormigueo recorriendo la planta de sus pies y estuvo convencida de que, aquella extraña sensación, era el significado de saber que por fin era una persona libre e independiente y de que, pasara lo que le pasase en un futuro, no encontraría una sola razón ni necesidad para volver a pisar el suelo de aquella maldita casa que en un pasado había llamado hogar.

— Odiosa bruja... — murmuró, echando a caminar hacia el frente con pasos acelerados.

— ¡Pero qué haces aquí tan tarde, querida! — soltó la señora Morgan cuando divisó a una mojada y desvalida Nicki cruzando la puerta de la cafetería.

Makai, sorprendido, guardó silencio y esperó tras la barra mientras su jefa se abalanzaba sobre la muchacha. Estaban a punto de cerrar, o al menos esa era la intención que habían tenido hasta que el hombre trajeado había irrumpido en el local pidiendo un chocolate caliente. La señora Morgan jamás le decía que no a un consumidor, así que allí estaban a deshoras, esperando a que el último cliente terminase la consumición.

Antes de centrar nuevamente su atención en Nicki, desvió de nuevo la mirada hacia él; ¿por qué se le hacía tan familiar?, se preguntó Makai, escrutándolo detenidamente.

— ¿Estás bien? ¿Otra vez has discutido con tu madre? — inquirió, sacudiendo la cabeza en señal de negación.

— Me he marchado de casa — abrevió, directa al grano — . No podía soportarlo más...

— ¿Y quién puede soportar a esa bruja? — escupió la señora Morgan, cuyos respetos por la madre de Nicki eran, básicamente, nulos.

— ¿Dónde dormirás? — susurró en voz baja Makai, para que el otro cliente no pudiera escucharles.

Lo último que le apetecía al muchacho era airear por Hahnville los problemas personales que tenía su amiga.

— Aún no lo sé — respondió Nicki, dejándose caer sobre la barra de la cafetería — . Supongo que buscaré un hotel en el que pasar la noche y mañana... — suspiró, agotada — , mañana ya veré.

Miró hacia el suelo y comprobó que bajo sus pies se iba formando poco a poco un charco de agua. En el exterior estaba cayendo una buena y Nicki estaba tan mal acostumbrada a no llevar nunca un paraguas que siempre terminaba del mismo modo; hundida de pies a cabeza.

— No te preocupes, querida. Antes de cerrar pasaré la fregona y...

— ¿Por qué no duermes en la mansión?

Nicki saltó por los aires, sobresaltándose con aquella voz tan familiar que había resonado a su espalda.

— Ya sabía que lo había visto antes... — murmuró Makai en voz baja, satisfecho consigo mismo por su buena memoria.

Se giró lentamente sobre la butaca en la que se encontraba sentada y se quedó mirando al guapo, sexy e imponente empresario. Su jefe. Estaba sentado en una de las mesas del fondo, con una taza caliente entre sus manos. Por su expresión, Nicki adivinó que el hombre tampoco había tenido un buen día.

— Siéntate con él — la animó la señora Morgan — , y yo me encargo de llevarte el chocolate a la mesa.

— No he pedido un cho...

— Te vendrá bien un chocolate — sentenció, con una sonrisa.

Nicki dudó.

Aún estaba enfadada con el señor Clifford por el encontronazo que habían tenido aquella misma mañana, pero debía de confesar que el cabreo hacia su persona había disminuido y se encontraba plenamente enfocado en dirección a Betty. Su madre lograba eclipsar a cualquiera, sí señor.

El señor Clifford asintió levemente en un gesto prácticamente imperceptible con su cabeza para indicarle a Nicki que se acercara a la mesa. La joven, un tanto avergonzada por el aspecto que debía de tener, arrastró un mojado y chorreante zapato detrás del otro y se sentó frente a él.

¿Cómo demonios podía estar siempre así de presentable y arreglado? Desde

que se habían visto aquella misma mañana ni siquiera se había despeinado.

— Un mal día, ¿eh? — adivinó Clifford.

— Eso parece — murmuró escuetamente a modo de respuesta.

Nicki sabía, aún sin girar hacia ellos la cabeza, que tanto la señora Morgan como Makai se encontraban muy atentos al encuentro. Lo que lograba incomodarla, ¡y mucho!

— ¿Cómo lo haces para terminar siempre del mismo modo? — preguntó Hayden, señalando el cabello mojado de la joven con una media sonrisa.

— Esforzándome por no coger un paraguas antes de salir de casa — bromeó, procurando recuperar algún atisbo de su buen humor.

Aquella última semana había resultado tan catastrófica que ni siquiera conseguía recordar cómo se debía sonreír.

Unos segundos después, mientras el señor Clifford y ella se observaban en silencio, la señora Morgan le trajo el chocolate y Makai encendió la radio. Una balada de los años sesenta comenzó a resonar de fondo, inundando el ambiente.

— ¿Por qué no aceptas mi propuesta, Nicole? — insistió el señor Clifford.

La joven profesora fue consciente de que había pasado a tutearla con demasiada facilidad. ¿Dónde había quedado aquel hombre que se dirigía a ella como “señorita Grace”?

— ¿A qué propues...?

— ¿Por qué no vienes a vivir a la mansión? Creo que nos facilitaría mucho las cosas. A ambos.

Ella guardó silencio, sopesando las respuestas y las opciones que tenía. No podía regresar a casa de su madre y dudaba que su tarjeta de crédito contuviera el importe necesario para pagarse una habitación de hotel. Aún así, algo en su interior le decía que aceptar aquella proposición conllevaría al mismo modo perder la poca dignidad que le quedaba. Rebajarse ante aquel hombre.

Y, además, no debía olvidar quién era y lo que había hecho. El señor Clifford,

aquel hombre que tan heroico parecía en ese instante, no era más que un ricachón rastroso y que había presionado al director Duch para que la echara a la calle.

Así que, en resumidas cuentas, todos los problemas que tenía se los debía a él.

— Creo que no sería...

— Por favor, Nicole — cortó Clifford, colocando la mano sobre el brazo de ella.

Nicki se quedó inmóvil ante el repentino contacto, disfrutando levemente de la calidez que irradiaba. Se tensó simultáneamente al recordar que, aquella mañana, había estado a punto de besar aquel hombre. Un segundo más y lo hubiera hecho, estaba convencida de ello.

— Al menos, pasa esta noche con nosotros y piensa las cosas con claridad — propuso el señor Clifford — . Mañana tendrás tiempo para pensar y decidir qué es lo que quieres hacer.

— ¿Por qué me ayuda, señor Clifford?

— ¿No podrías llamarme, simplemente, Hayden? — señaló.

Nicki tomó un sorbo de chocolate caliente mientras, en su fuero interno, se decía a sí misma que debía rechazar aquella proposición. ¡Dios! Aquel hombre lograba turbarla demasiado... Ciertamente era que no sentía nada hacia él — o al menos, no del mismo modo que sentía hacia Neo — , pero tampoco podía no admitir que aquel empresario sexy e impotente la... enloquecía. Sí, aquella debía de ser la palabra, porque cuando se encontraba tan cerca de él a Nicki se le nublaban repentinamente los sentidos.

Por tanto, debía rechazar la propuesta. Hayden Clifford no sólo era un hombre caprichoso y acostumbrado a salirse con la suya, sino que además era su nuevo jefe. Un jefe al que — ¡para qué negarlo! — odiaba en su fuero interno y consideraba responsable de sus desgracias.

“Y que también he intentado besar...”, añadió, confundiendo el cóctel de pensamientos que se entremezclaban en su cabeza.

— Hayden — repitió, aceptando tutearle recíprocamente — . Está bien.

— ¿Está bien?

— Dormiré en tu casa esta noche... Gracias.

— ¡Ah, sí? — sonrió, satisfecho.

Por alguna razón, Nicki comenzaba a arrepentirse de la decisión tomada.

— ¡¡Cerramos en diez minutos!! — interrumpió la señora Morgan con un grito.

— ¿Qué opina? — susurró Makai a su lado, sin quitarles los ojos de encima a los dos de enfrente.

— Opino que... — comenzó ella, pensativa — . ¿Sabes qué, Makai? Creo que a veces las cosas suceden porque tienen que suceder.

— Así, sin más — señaló él.

— Así, sin más — corroboró ella.

La señora Morgan sonrió profundamente, pensando que uno debía de estar muy ciego para no ver la electricidad que flotaba entre aquellos dos.

— ¿Qué hacías allí? — preguntó Nicki, curiosa.

El Blue Lagon era su lugar especial, y suficiente desgracia le parecía saber que de vez en cuando María y Neo tenían la intención de invadirlo.

Hayden se encogió de hombros.

— Te vi allí y... decidí volver.

La joven no supo qué responder ante dicho comentario, así que se quedó callada y centró su atención en el oscuro exterior que se vislumbraba a través de la ventana tintada. El señor Clifford y ella viajaban detrás, sentados el uno junto al otro, mientras que Rob conducía delante. Nicki estaba helada, pero se esforzaba por mantener la compostura y evitar que sus dientes castañearan.

— Señorita Grace...

Ella se giró hacia Clifford, sorprendida.

¿No habían pasado a tutearse? ¿Ahora volvía a ser la señorita Grace?

— Nicole — se corrigió — . ¿Por qué soporta convivir con... su madre?

Clifford pensó que la pregunta, en voz alta, sonaba realmente estúpida. Esperó que la joven supiera interpretarla correctamente.

— Porque era mi madre — respondió con lógica.

“Pregunta estúpida, respuesta obvia”, pensó Clifford.

La verdad es que a Nicki le costaba encontrar otra explicación a aquellos últimos años, pues estaba convencida de que nadie en su pleno juicio era

capaz de soportar durante una hora seguida a Betty. Menos aún si se juntaba con la tía Margory.

Rob detuvo el coche frente a la mansión y se apresuró a bajarse para abrir la puerta de los pasajeros.

— Buenas noches, Rob — se despidió Clifford.

— Buenas noches, señor...

Nicki sonrió tímidamente a modo de despedida y el chófer le devolvió el gesto. Después echó a caminar tras el señor Clifford, cargando sobre su hombro con la bolsa en la que conservaba las escasas pertenencias a las que tenía algún cariño.

La mansión se encontraba sumida en el más pleno silencio y Nicki pensó que, dadas las horas que eran, tanto Agnes como el pequeño Izan ya se encontrarían durmiendo. Persiguió al señor Clifford en silencio escaleras arriba, sintiéndose una intrusa en un lugar que no le correspondía.

— Ésta será tu habitación — anunció Clifford, entreabriendo la puerta para que Nicki pudiera echar un vistazo al interior.

La joven asomó la cabeza.

El dormitorio que su anfitrión le mostraba era realmente inmenso. Tenía un gran ventanal frente a ella, colocado a la izquierda de una cama de matrimonio. El armario empotrado era lo suficientemente grande como para poder guardar la ropa de medio pueblo de Hahnville y, sin duda, el aseo incorporado tenía mayores proporciones que la casa de su madre al completo.

— ¿Te parece... cómoda?

Sintió el aliento de Clifford en su nuca, lo que provocó que el vello se le erizara.

— Es... impresionante — aseguró, sin encontrar la palabra más apropiada para describirla.

Se quedaron en silencio, observando la habitación.

Aunque no tenía nada de especial, Nicki quería alargar ese instante con tal de no quedarse sola. Había sido un día horrible, realmente espantoso, y temía desmoronarse en cualquier momento cuando la soledad se apoderase de su

entorno.

— ¿Cuál ha sido la gota que ha colmado el vaso, Nicole?

La joven se giró hacia él.

Se dio cuenta de que tenía los ojos verdes enrojecidos y se preguntó si habría estado llorando. Aún así, a pesar de aquella posible debilidad, Clifford seguía imponiendo muchísimo.

— ¿La gota que ha colmado el vaso?

No comprendía a qué se refería.

— Lo que te ha hecho actuar, escapar, decir “ya basta”. ¿Por qué has decidido irte de casa de tu madre? El otro día no..., no parecías dispuesta a ello.

“¡Otra vez aquella maldita electricidad!”, pensó, tensándose.

Sentía como si su cuerpo reaccionara instintivamente ante la proximidad del señor Clifford. Aunque, en realidad, tampoco comprendía por qué. Hayden Clifford. Su nombre era sexy, él era inalcanzable... ¿Tal vez fuera aquella la razón de su excitación? ¿La manzana prohibida? ¿Lo imposible? ¿Lo irreal?

Sentía la boca seca, pastosa. Entreabrió los labios dispuesta a responderle, pero volvió a cerrarlos sin saber qué decir.

— ¿Qué la ha hecho explotar, señorita Grace?

“Vuelvo a ser la señorita Grace”, pensó.

¿Por qué hacía eso? ¿Por qué pasaba de usted a tú en tal solo un instante y sin razón aparente?

“Quizás porque así le es más sencillo guardar las distancias y no...”

Pero antes de que pudiera pensar nada con más lógica, sintió los brazos de Clifford rodeando su cintura y estrechándola contra su cuerpo, apretándola contra él. Notó que todo a su alrededor comenzaba a dar vueltas hasta que, de pronto, el aliento de su imponente jefe chocó contra sus labios. Abrió la boca para recibirle y le dejó experimentar y descubrir su interior, mientras sus músculos se contraían.

“Esto es lo más excitante que me ha pasado en toda mi vida...”, pensó, procurando no suspirar de placer.

Posó la palma de su mano sobre el musculoso antebrazo de Clifford y se imaginó, aún sin que el húmedo beso llegase a su final, cómo demonios sería tener a aquel hombre desnudo y entre las piernas. Parecía tan fuerte, tan musculoso y tan...

Abrió mucho los ojos cuando Clifford se separó de ella, soltándola instantáneamente. Ambos jadeaban cuando se miraron fijamente, intentando traspasar las mentes que tenían en frente.

— Lo siento, Nicole...

— No lo sientas, Hayden — respondió, deseosa de recibir más.

Continuaron mirándose fijamente, sin decir palabra. Al final, Clifford sonrió levemente a modo de despedida.

“¿Y ya está?”, se preguntó, decepcionada y humillada. ¿Pero quién se pensaba aquel imbécil que era para poder comportarse de aquella manera?

— Espero que pases una buena noche, Nicole — concluyó, antes de alejarse andando por el pasillo.

La mañana siguiente Nicki se despertó pensando que todo el mundo le caía mal. Realmente mal.

El nuevo encuentro que había tenido con Hayden Clifford le había hecho recordar lo mucho que había anhelado y deseado durante tantísimos años un beso de Neo. Y aquel pensamiento, a su vez, le había llevado a preguntarse cómo demonios habían acabado María y él juntos. Es decir, lo hubiera esperado por parte de Lyssa pero... ¿María? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Por qué? En su mente, aquella relación no tenía el más mínimo sentido.

En realidad, sabía que lo que hacía con aquellas preguntas era auto-torturarse y que no merecía la pena, en absoluto, entregar a aquellos dos ingratos un solo segundo de su tiempo.

Después de desayunar, despertó a Izan. Aquellas tareas pertenecían a Agnes, pero la joven tenía poco que hacer y se sentía inútil deambulando sin rumbo por la mansión. Cuando comenzaron las clases, el señor Clifford aún seguía sin aparecer. Izan le contó que algunas mañanas se marchaba al trabajo sin despedirse de él, y que otros días llegaba tan tarde que ni siquiera le veía antes de dormirse.

— Hoy le esperaremos despiertos — prometió, sin ser consciente de que aquella palabra era muy complicada de cumplir.

Comieron, jugaron, merendaron, y después ayudó a Agnes a bañar y poner el pijama al niño. Nicki tuvo la sensación de que la niñera veía peligrado su puesto de trabajo, así que le aseguró repetidas veces que ella tan solo estaba allí para dar clases al pequeño Izan y que no intercedería en más.

Después, ambos bajaron al salón con intenciones de ver una película de dibujos animados.

— El señor Clifford no quiere que Izan se quede despierto hasta tarde — señaló Agnes, preocupada.

— No pasa nada, le diré que es cosa mía.

La niñera frunció el ceño, disgustada.

— Pero el señor siempre me dice que el niño debe acostarse pronto, Nicole...

— Agnes, por favor, váyase a descansar y descuide... Yo me ocuparé del pequeño.

Cuando encendieron el aparato reproductor de DVD's, Izan parecía pletórico y fuera de sí y Nicki no pudo evitar preguntarse hacia cuánto tiempo que un adulto no compartía un rato agradable junto a él.

Se acurrucaron bajo una manta en el sofá y comieron — sin el consentimiento de Agnes, claro —, un centenar — ¡al menos! — de chokolatinas. Nicki sentía un agudo dolor de estómago, y no pudo evitar pensar la famosa frase de su madre y preguntarse a sí misma si tenía o no más de dos neuronas en el cerebro. Debía de controlarse más con el chocolate, porque en aquellos instantes ya se sentía bastante parecida — en tamaño, claro — a un elefante.

Escuchó un pequeño ronquido y desvió la mirada al niño. Se había quedado dormido sobre su regazo, lo que hizo estallar de amor el corazón de la joven. Había perdido su trabajo y a sus alumnos, pero aún le quedaba Izan. Mientras contemplaba cómo el pequeño suspiraba en sus sueños, Nicki se preguntó a sí misma si realmente hacía bien dándole clases y siendo su tutora. Conocía a Izan muy bien, así que sabía la falta de atención que tenía y las dificultades que sufría para relacionarse con otros niños. Le acarició suavemente el cabello en un gesto casi maternal, mientras sopesaba mentalmente qué era lo mejor para él.

“Necesito el trabajo”, pensó. Pero después no pudo evitar preguntarse: “¿y qué es lo que necesita Izan?”

Más niños. Un padre. Una madre. Una vida normal.

Era evidente que Nicki no podía darle todo eso, aunque como tutora, debía intentar velar por su bienestar.

Hayden llegó a su hogar a deshoras, demasiado tarde para un día normal. No había tenido demasiado trabajo, pero había alargado la jornada lo máximo posible para que su camino y el de la joven profesora no se cruzaran en ningún momento del día.

A pesar del poco trabajo que había tenido, se sentía exhausto. Pasar el día completo fuera de su casa podía llegar a agotar a cualquiera.

Se despidió de Rob en el exterior y se encaminó hacia la puerta. Nada más girar la llave, escuchó el sonido de varias voces provenir del salón y supo que había alguien más despierto a pesar de que era, prácticamente, madrugada.

Dejó el maletín en el rellano, que era levemente iluminado por la parpadeante luz del televisor que aún seguía encendido al fondo. Caminó en esa dirección atraído por una polilla, aunque en el fondo era consciente de que seguramente se tratase de la profesora de Izan. “Me voy a quemar”, pensó, acercándose al salón. Porque eso era lo que sentía respecto a ella; fuego. Nicole Grace era pura magia, y no había necesitado más de dos segundos para darse cuenta de cómo era y, lo que más le gustaba, cómo trataba a su hijo. Ni siquiera la madre de Izan había sido tan cariñosa y divertida como ella. Sí, era una chica con carácter, dispuesta a luchar por sus principios y por lo creía justo. La forma que tenía de ver el mundo, de sufrir delante de sus amigos de la cafetería, de llenarse la cara de chocolate mientras lo degustaba o el sacrificio que había realizado durante tantos años por no dejar sola a su madre habían dado mucho que pensar a Hayden. Entre otras cosas, le había hecho preguntar cuánto debía dar uno mismo por su familia... En este caso, él por su hijo.

Así había comenzado todo, en el fondo. Con unas cuantas notas en las que le decía lo mal padre que estaba siendo. Y por doloroso que a Hayden le resultara leerlo, sabía que Nicole había tenido razón al escribirlas.

Se quedó pasmado en el umbral del salón, contemplando la tierna escena que estaba teniendo lugar frente a él. Izan y Nicole se habían quedado dormidos en el salón, reproduciéndose “El rey león” de fondo. Se fijó en que

su hijo se había hecho un ovillo para adaptarse a la postura de su profe, que había extendido el brazo sobre él de manera protectora.

Caminó unos pasos al frente, dubitativo. Estaba seguro de que hubiera sido capaz de pasar la noche contemplándoles, pero Izan debía descansar en su cama. Acarició el antebrazo de Nicole con suavidad, esperando que aquel breve contacto fuera suficiente para despertarla sin sobresaltos. En efecto, así fue. La joven abrió los ojos y Hayden se llevó un dedo a los labios indicándole silencio. Nicki obedeció y mantuvo su postura, inmóvil, mientras Hayden le retiraba al pequeño de los brazos.

Se quedó allí quieta mientras los veía desaparecer escaleras arriba, y se sintió derrotada. El señor Clifford ni siquiera había tenido la educación de deseársle unas buenas noches. “Al menos Izan verá a su padre antes de irse a la cama”, pensó. Había cumplido la promesa que le había hecho aquella mañana.

Ascendió las escaleras cuando estuvo convencida de que no tropezaría con su jefe, y se apresuró a introducirse en su habitación. Su mente era un remolino de pensamientos en aquellos instantes, y su preocupación principal seguía siendo la misma que había tenido mientras abrazaba al niño; ¿Qué era lo mejor para Izan? Se preguntó, también, si aquel día se sentía tan afectada por el beso que Clifford y ella se habían dado o sí, en el fondo, existía otra razón más lógica. Fuera lo que fuese, comenzaba a estar segura de que su presencia allí tan sólo perjudicaba al pequeño. Izan necesitaba amigos, necesitaba ir a clase y necesitaba salir de aquella mansión. Relacionarse.

Sacó una hoja en blanco y comenzó a garabatear una carta de despido exprés. Sabía que, tras dejar el trabajo, pasaría por una época muy dura. No tenía dónde vivir, pero era consciente de que en la señora Morgan y en Makai había encontrado unos muy buenos amigos. La ayudarían; podía contar con ellos.

Dos golpes secos contra la puerta de su habitación la hicieron saltar por los aires. Instintivamente, soltó el bolígrafo y la carta y se alisó en camisón antes de contestar.

— ¿Quién es?

Era evidente la respuesta. O al menos, la que Nicole deseaba.

Era increíble cómo podía llegar a odiar y desear tanto, en un mismo instante, al maldito señor Clifford. Hayden Clifford. Le gustaba todo de él y, a su vez, le irritaba todo con lo que tenía relación.

Hayden no respondió, simplemente irrumpió en la estancia de la joven. Ambos se quedaron mirándose fijamente y Nicki pudo sentir, una vez más, esa horrible electricidad recorriendo sus extremidades. Aquella mirada verde e imponente lograba penetrar en ella de una manera... escalofriante.

— ¿Ocurre algo?

Clifford se percató al momento de la hoja y el bolígrafo que yacían sobre la cama. Cuando Nicki comprendió que su jefe clavaba la mirada en la carta de despido, se apresuró para girarla. Pero era tarde. Demasiado tarde.

— ¿Querido señor Clifford? ¿Me estás escribiendo una carta, Nicole?

“¡Genial, ahora volvemos a tutearnos!”, pensó, sin quitarle los ojos de encima.

Decidió que había llegado la hora de ser valiente.

— Creo que aceptar este trabajo ha sido un error, Hayden — comenzó, manteniendo la compostura y la voz calmada — , y creo que sacar a Izan de la escuela es un error.

— ¿Por qué crees eso?

— Necesita relacionarse con el resto de los niños... Ya sabe, hacer amigos.

— Ya...

Nicki se quedó en silencio, esperando que el hombre añadiera algo más al respecto, pero no lo hizo.

— Creo que es hora de...

— Izan te necesita a ti — respondió con sequedad y convicción — . Te necesita más de lo que me necesita a mí.

La joven no supo cómo interpretar aquello; se sentía halagada, pero era evidente que aquel hombre no estaba en sus cabales si no comprendía la importancia que ejercía en Izan en su deber como padre.

— En realidad... — comenzó, pero la frase se quedó en el aire cuando Hayden caminó hasta ella, hasta quedarse frente a frente.

Una vez más, volvían a estar en la misma situación que aquella mañana. Solo que él se cernía sobre ella, de pie, y Nicki continuaba sentada sobre la colcha de la cama.

— Quédate con nosotros, Nicole. Por favor.

Sonaba como una súplica porque, en realidad, eso era. No quería encapricharse con aquella joven. Odiaba la sola posibilidad de que, si Izan y él le abrían el corazón, ella tuviera el poder necesario para destruirles. Para abandonarles.

Nicole se levantó de la colcha y el espacio entre ellos se acortó aún más. Se sentía asfixiada y confundida, y tenía la necesidad de salir cuanto antes de aquella habitación. Si Hayden Clifford no se hubiera interpuesto en aquel instante entre ella y la puerta, habría salido corriendo sin mirar atrás. Pero lo hacía.

— ¡No te atrevas a intentar besarme! — exclamó, señalándole con un dedo.

Hayden Clifford rompió en carcajadas.

— ¿Y qué harás si lo intento?

Nicki estaba a punto de responder que, si se atrevía, se ganaría un buen tortazo. Pero no tuvo tiempo de decir nada porque Clifford se abalanzó sobre ella, apresando sus labios bajo los suyos, devorándola.

Su aliento y su sabor lograban turbarla tanto que ni siquiera fue consciente de sus jadeos de placer.

La joven no fue capaz de mover un solo músculo hasta que él, excitado y tan confuso como ella, se apartó de sus labios.

Lo miró fijamente a los ojos, esperando su siguiente reacción. ¿Por qué demonios se creía en derecho de tratarla de aquel modo? ¿De jugar con su cuerpo, con sus sentimientos y con su dignidad?

— Esperaba otra reacción, teniendo en cuenta la amenaza... — bromeó él, con una sonrisa pícaro en los labios.

No se lo pensó dos veces.

Levantó el brazo, furiosa, excitada, herida y... aliviada, y lo estampó en su rostro. La sonrisa de Hayden se esfumó de inmediato mientras, impactado, colocaba su mano en el lugar del tortazo. Una marca roja se ensanchó en su mejilla al momento.

El corazón de Nicki funcionaba a mil por hora, al igual que sus pensamientos. Sentía cómo su pecho bajaba y subía con ferocidad, cómo la adrenalina del momento se extendía por su sistema nervioso... Pensó que, seguramente, estaba despedida; pero ni siquiera eso le importaba lo más mínimo — al fin y al cabo, se disponía a dimitir unos instantes atrás — .

— Nicole Grace — murmuró Hayden con la voz ronca — , no eres, en absoluto, una chica normal.

No tuvo tiempo de responder porque, una vez más, su nuevo jefe se abalanzó sobre ella. Cayeron sobre la cama, riendo entre húmedos y apasionados besos, mientras dejaban fluir todo lo que contenían en su interior. Nicki tenía la mirada clavada en sus penetrantes ojos verdes, y Hayden tan sólo se decía a sí mismo que si cruzaba aquella barrera nada sería lo mismo; no habría vuelta atrás.

Le arrancó la camiseta de pijama de un tirón, haciéndola añicos. Se quedó contemplando sus pechos, sus curvas, su figura. Nicole no era una chica delgada, sino natural. Tenía caderas anchas y un contorno marcado con una fina cintura. Y aunque Hayden no estaba acostumbrado a aquella clase de chicas, supo de inmediato que jamás encontraría ninguna otra mujer que le excitase más que ella. Estaba cansado de chicas antinaturales que se alimentaban con una manzana diaria y que contenían en su cuerpo más cirugías que el mismísimo Frankenstein. Se separó de ella unos segundos para poder deleitarse de su imagen con perspectiva y, después, frenándose para no actuar con brusquedad, volvió a echarse sobre ella para comérsela a besos.

— Quitate la ropa — suplicó Nicole, jadeante — , por favor...

Hayden se apartó de ella y obedeció.

Prácticamente se arrancó el traje que aún llevaba encima. Primero la americana. Después se arrebató la camisa de un tirón, haciendo saltar los botones, y se deshizo de sus pantalones con rapidez. Todo a su alrededor le

daba vueltas y lo único que deseaba en aquel instante era poseerla, tenerla, hacerla suya.

Observó cómo Nicki se quitaba con lentitud sus pantalones de pijama y, totalmente desnuda y expuesta, lo esperaba tumbada y preparada para él.

— Joder... — suspiró Hayden, incapaz de contenerse.

Aquella mujer era lo más excitante que había visto jamás.

Observó sus caderas, su pelo color ceniza derramado por la colcha, sus ojos cargados de deseo y pasión. Después del tortazo que había recibido, Hayden estuvo convencido de que como amante resultaría tan fogosa como... en el resto de las situaciones de la vida.

Nicki se humedeció los labios, inquieta, mientras Hayden se cernía sobre su cuerpo. Paseó la lengua con lentitud haciendo un círculo alrededor de su ombligo y después fue ascendiendo poco a poco hasta sus pechos. Se metió en la boca uno de sus pezones, y después sujetó la mano de Nicki y la guió hasta su otro pecho. Quería que ella se tocara para él, que enloqueciera de placer tal y como estaba enloqueciendo él. Notó su espalda arqueándose y la miró; había cerrado los ojos, echado la cabeza hacia atrás y se mordía el labio apretando la mandíbula en un claro intento de suavizar sus gemidos de placer. Sin sacar su pecho de la boca, descendió la mano hasta su sexo y se sorprendió al comprobar lo húmeda y dispuesta que estaba para él.

— Nicole... — jadeó, delirante.

Liberó su erecto miembro y lo paseó por la humedad de la joven, haciendo que los gritos de ella se intensificasen a aún más. Temió por unos instantes que el pequeño Izan pudiera escucharles, así que le tapó la boca con fuerza, utilizando la misma mano con la que la había acariciado anteriormente, y poco a poco se hundió en su interior, conquistándola por completo. Se clavó en ella totalmente y comenzó a entrar y salir con delicadeza y lentitud. Nicki, excitada, ascendía su cadera para recibirle y apremiarle a aumentar el ritmo, y como Hayden no obedecía a sus suplicas, terminó por enroscarse alrededor de su cintura y tirar de él hacia ella.

— Quiero más, por favor...

Nicki lo miró a los ojos y supo, en ese instante, que era tan deseada como siempre había soñado ser. Tiró de él hasta tumbarlo por completo sobre ella y

después lo empujó con las piernas, haciéndolo girar para cambiar las tornas y quedar ella encima. Comenzó a mecerse, moviendo la cadera mientras Hayden masajeaba sus pechos. Él era... ¡Dios, era perfecto! Guapo, sexy, fuerte, musculoso y... ¡Madre de Dios! ¡Excitante y muy, muy sensual!

Aumentó el ritmo más, y más... ¡y más! Hasta que al final un orgasmo abrasador los atravesó por la mitad.

— Eres maravillosa... — suspiró Clifford.

Nicki necesitó pellizcarse el brazo izquierdo para corroborar que aquello no era un sueño.

Era la realidad.

Una realidad excitante y maravillosa.

Se despertó con la sensación de que un tren le había pasado por encima. Cuando abrió los ojos, comprendió no solo que aquel intenso dolor se debía a unas tremendas agujetas, sino que además, estaba sola. Más sola que la una.

— Cabrón... — murmuró en voz baja, controlando el ritmo de su respiración para no perder los nervios.

¿Acaso había sido tan inocente de esperar alguna otra cosa del señor Clifford? Había estado a punto de besarla una vez, pero al final había salido corriendo. La segunda vez había sacado agallas para besarla, pero después, para variar, también había huido como un perro con el rabo entre las piernas. ¿Qué debía esperar de él después de una noche como la que habían pasado...?

— ¡Cobarde! — exclamó, golpeando con fuerza el almohadón que tenía a su lado.

— ¿Señorita Grace? — musitó Izan con voz dulce.

El pequeño estaba en el umbral de la puerta, mirando a la joven fijamente. Nicki se apresuró a taparse por completo con la sábana y a sonreír con inocencia.

— ¿Qué haces aquí, Izan?

El niño ensanchó una sonrisa enorme capaz de romper el corazón de cualquiera.

— Papá ha dicho que bajemos a desayunar... — anunció, emocionado e ilusionado por partes iguales.

— ¿A desayunar? — repitió, incrédula.

— ¡Papá ha hecho tortitas con chocolate!

Nicki no podía creer lo que estaba escuchando. Aún procesando la información recibida, le pidió al pequeño que fuera bajando al comedor mientras ella se adecentaba. Había dormido desnuda, así que se apresuró a darse una ducha rápida y a vestirse unos vaqueros cómodos y un suéter cualquiera.

Mientras bajaba las escaleras, vislumbró en su mente varios flases de la noche anterior. La verdad era que Hayden Clifford le había sorprendido siendo un amante... muy pasional. Sonrió cómo una niña pequeña al recordar algunos momentos. Habían dormido buena parte de la noche abrazados, lo que le resultaba ciertamente extraño, pero gratamente comfortable.

¿Por qué anhelaba tanto volver a tener en su cama a aquel hombre si, en el fondo, seguía enamorada de Neo? “Quizás las cartas hayan vuelto a barajarse”, pensó, justo en el instante en el que se adentraba en la cocina.

— ¡Buenos días! — saludó un alegre e irreconocible Hayden.

Nicki pestañeó varias veces, incrédula.

¿Dónde estaba el hombre trajeado y de corbata? ¿La gomina con el pelo hacia atrás? ¿Dónde había dejado el maletín y los aires de prepotencia?

— ¡Buenos días, señorita Grace! — saludó Izan, sentado en la mesa.

El pequeño irradiaba felicidad.

Nicki se quedó inmóvil, estupefacta, observando a los dos chicos que tenía ante ella. “¿Qué demonios está ocurriendo aquí?”, pensó, aún sin abrir la boca para dirigirse a ellos.

— ¿Qué te parece, Izan, si a partir de ahora empezamos a llamar Nicki a la señorita Grace? — propuso Hayden, guiñándole un ojo a su hijo.

Izan sonrió y, después, asintió varias y exageradas veces con la cabeza.

— ¿Por qué no te sientas, Nicki? — señaló su jefe, sonriendo con picardía — , las tortitas están casi listas.

Ella, aún confusa, obedeció y tomó asiento junto a Izan.

Había pasado de ser la “señorita Grace”, a “Nicole” a secas, hasta que, en esos instantes, se había transformado en “Nicki”.

Le dio un largo sorbo al zumo de naranja mientras de reojo inspeccionaba a

Hayden; tenía el pelo alborotado y llevaba un pijama corto azul marino que le sentaba realmente muy bien. Estaba sexy, pero decidió centrar su atención en Izan para no delatar ante el pequeño el apasionado encuentro que habían tenido la noche anterior.

— ¿Papá?

— Dime, hijo...

— ¿Qué es un cobarde? — preguntó el niño, curioso.

Nicki no podía creerlo. ¿La había escuchado?

“¡Oh, no!”, pensó, sonrojada.

— Un cobarde es... Una persona poco valiente.

— ¿Poco valiente?

— Que siente miedo por algo, Izan. ¿Por qué lo preguntas? — inquirió, dejando el plato repleto de tortitas frente al niño y la joven.

— Porque Nicki gritaba que alguien era cobarde...

Hayden y la profesora intercambiaron una mirada cómplice, mientras el rubor de ella se acentuaba aún más. Sonrió y sacudió el cabello del niño, intentando distraer la atención de la conversación.

— ¿Quieres una tortita, Izan? — preguntó, cogiendo el plato que su jefe acababa de dejar sobre la mesa.

— ¡Sí! — exclamó el pequeño, cuya curiosidad parecía haberse desviado — . ¿Y tú quieres chocolate, Nicki?

— ¡Eso ni siquiera se pregunta!

En contra de todo pronóstico, pasaron la mañana entre carcajadas. Hayden Clifford se tomó un día libre — era la primera vez que lo hacía en varios años — y Nicki e Izan decidieron suspender, como excepción y algo fuera de lo común, las clases por una vez.

Aquella mañana, Nicole Grace descubrió que Izan no sólo era tan brillante e inteligente como había pensado, si no que era el niño más excepcional del

mundo. Y también averiguó que Hayden Clifford, a pesar de no ser sureño y de parecer un huraño ermitaño gruñón, sabía cocinar de maravilla y hacer reír a una mujer.

Desde luego que aquella última cualidad había resultado ser una auténtica y agradable sorpresa.

Al mediodía, prepararon un picnic en los terrenos de la mansión y disfrutaron de un paseo en bicicleta y del sol radiante que brillaba en el cielo de Hahnville. Por fin los sureños podían disfrutar de un tiempo primaveral y... de algo de amor.

— ... así que ahora estoy confundida — concluyó, después de un largo discurso.

Tanto la señora Morgan como Makai la miraban incrédulos. Habían seguido con pelos y señales toda la charla de la joven y habían prestado atención a los últimos acontecimientos, pero aún así no terminaban de comprender las cosas.

— Es decir... te has enamorado — señaló Makai.

— ¿Y eso te confunde? — inquirió la propietaria de la cafetería.

Nicki le dio un gran bocado al donuts de chocolate que tenía entre sus manos y después alzó un pulgar en alto para Makai. Aquella receta le había quedado, sin lugar a dudas, exquisita.

— No, eso no me confunde — respondió, aún masticando.

— ¿Pero sí que estás enamorada? — repitió Makai, cuya incredulidad iba en aumento — . ¿Y qué ha pasado con el profe guapo?

— No era guapo — contradijo su jefa — , era feo y, además, estúpido.

— ¡Esperar, esperar! — exclamó la joven, dejando el bollo de lado por unos segundos — . Lo que me confunde es que... tengo que dejar el trabajo, y la verdad es que no me apetece. Hayden es la primera razón, la segunda el dinero... Pero sé que Izan necesita regresar al colegio y relacionarse con el resto de los niños. Y creo que mi deber como tutora es pensar en lo mejor para él, ¿verdad?

— ¿Hayden? ¿Quién diantres es Hayden? — escupió la mujer, cuya confusión iba en aumento.

— El señor Clifford. Se llama Hayden Clifford.

— ¡Oh, no, Nicki! — exclamó Makai, girándose hacia la cristalera.

— ¿Qué ocurre?

Siguió la dirección de la mirada de Makai hasta chocar con su madre, que se encontraba al otro del cristal observando el interior con el ceño fruncido. Sintió, de pronto, cómo el corazón se le aceleraba notablemente y la ansiedad se instalaba en su pecho.

— Hablaré con ella — anunció con la voz temblorosa, alejándose en dirección a la puerta de salida.

Estaba convencida de una cosa: lo último que quería en aquellos momentos era enfrentarse a Betty.

— Hola, mamá... — saludó con desgana.

La mujer la escrutó con detenimiento, repasando de la arriba abajo al milímetro.

— Te veo... bien — señaló Betty, frotándose las manos con nerviosismo — . Y ya veo que sigues relacionándote con esa clase de gente...

— Por favor, ya vale. ¿Qué es lo que quieres?

Ella guardó silencio unos instantes antes de responder.

— Quiero que vuelvas a casa, Nicole. El deseo de tu padre siempre fue que...

— No metas a papá en esto — interrumpió Nicki, hastiada de que siempre saliera por los mismos derroteros — . Ten un poco de respeto por él y déjale que descanse en paz, mamá.

— Peros si yo...

— No voy a volver a casa — aseguró con convicción — . Ni hoy, ni mañana, ni nunca.

— ¡Nicole! ¡Por favor! — exclamó Betty, con los ojos abiertos como

platos — ¡Recuerda tus modales! ¡Tu educación!

¿Desde cuándo su hija tenía ese carácter? ¿Desde cuándo se atrevía a tratarla de aquel modo? Betty no podía creer lo que estaba escuchando.

— Mamá, no quiero llevarme mal contigo — comenzó Nicki, armándose de valor como nunca antes — , y esa es la principal razón por la que no pienso regresar jamás. Te iré a visitar, tranquila, e incluso le llevaré regalos a la tía Margory.

— ¡Nicole, piensa con esas dos neuronas podridas que tienes en el cerebro y deja de decir tonterías! ¡Vas a venir a casa conmigo! — gritó, colérica.

¿Pero qué estaba ocurriéndole a su hija?

Nicki sonrió con pesar.

— No, mamá. No voy a regresar... lo siento.

Betty la miró boquiabierta, sin saber qué responder.

Fue consciente en ese instante de que la señora Morgan y el chico de color que trabajaba para ella la estaban observando desde el otro lado del cristal. Sintió un rubor ascender hasta sus mejillas y apretó los puños con rabia, incapaz de procesar la situación que estaba teniendo lugar. Sin decir nada, se giró sobre sus talones y echó a caminar con paso acelerado en dirección a su casa, manteniendo la cabeza bien alta.

¡Su estúpida y gorda hija ya recibiría su merecido en otra ocasión!

Nicki no podía creer lo que acababa de pasar. Después de mucho sufrimiento y de años de silencio, ¡por fin le había plantado cara a su madre! Y, ¿qué decir? Uno se sentía realmente genial después de hacerlo.

Suspiró hondo, calmó sus nervios y entró a la cafetería de nuevo. Cuando lo hizo, la señora Morgan y Makai la recibieron con una fuerte oleada de aplausos.

— ¡Bien hecho, querida! — gritó la mujer, observando con orgullo a la joven — . ¡Muy bien hecho!

Regresó a la mansión a tiempo para las lecciones de última hora de lenguaje. Izan parecía tan encantado aquel día, que ni el mal rato que se había llevado con su madre lograba eclipsar la felicidad que transmitía el pequeño.

Mientras aprendían nuevos verbos y conjugaciones, Nicki no pudo evitar proponerse a sí misma alargar su estancia en la mansión unos meses más. Sí, el niño necesitaba relacionarse con compañeros, pero suponía que unos cuantos días más no afectarían demasiado en su interacción social. ¿O sí? Se quedó mirándolo fijamente mientras el pequeño repasaba los ejercicios que la joven le había encomendado y se fijó en que era la viva imagen de Hayden. En el fondo, padre e hijo eran dos gotas de agua. Idénticos.

— ¿Te gusta mi papá?

Miró al niño con una sonrisa tonta en el rostro y pensó que, seguramente, resultaría demasiado obvio incluso para un pequeñajo de su edad.

— Céntrate en los ejercicios, Izan... — le reprochó, señalando con ternura el papel que tenía frente a él.

El niño obedeció, pero su atención en los verbos y las conjugaciones no duró más de tres minutos.

— ¿Nicki?

— ¿Sí?

— Mi mamá se marchó y nos hizo mucho daño... Por eso papá nunca habla de ella.

— ¿Ah, sí? Bueno, seguro que tuvo sus razones para hacerlo...

Aunque sentía mucha curiosidad por el asunto, decidió no ahondar más y

cortarlo de raíz. Estaba convencida de que sería un tema difícil de tratar para un niño de la edad de Izan.

— Pero tú no vas a hacer daño a mi papá, ¿verdad?

Aquella pregunta le pilló por sorpresa.

— ¿CÓ...cómo?

— No te vas a marchar nunca, ¿verdad? — inquirió, con los ojos vidriosos por la emoción — . Te quedarás a vivir con nosotros.

La joven tragó saliva, conmovida y preocupada al mismo tiempo. ¿Cómo iba a decirle a Izan que dejaba aquel trabajo? Aunque dejar el trabajo no significaba que su relación con Hayden terminase ahí. Quizás la noche que habían pasado juntos no hubiese significado nada para él, pero estaba convencida de que la mañana de las tortitas había marcado algo en ellos. Podía sentirlo.

— ¿Hola? — preguntó el padre de la criatura, asomando la cabeza por la puerta.

— ¡Hola, papá! — gritó Izan, cuya felicidad solamente iba en aumento.

— ¿Puedo hablar con Nicki un segundo, hijo?

El niño sacudió la cabeza en señal afirmativa y la joven se levantó, con cierto nerviosismo, para reunirse con él.

— Te he dejado un regalo en la habitación — susurró Hayden — . Los hombres cobardes no dan los regalos a la mano...

Era una broma, claro, pero Nicki no pudo evitar — una vez más — ruborizarse avergonzada.

— ¿Qué es?

— Es una sorpresa — murmuró en voz baja para que Izan no pudiera escucharlos — , ya me contarás mientras cenamos si te ha gustado o no.

— ¿Papá? — lo llamó Izan, girándose sobre la silla de su pupitre — . Nicki me ha dicho que se va a quedar a vivir con nosotros para siempre.

Hayden miró a la joven con una media sonrisa.

— Yo no... Bueno, en realidad yo... — tartamudeó, sonrojándose todavía más.

¿Cómo era posible que los Clifford se las apañaran siempre para sacarla los colores?

Hayden soltó una risita.

— Eso me gusta, hijo — aseguró — . Te veré luego, Nicole...

A las ocho de la tarde, cuando terminó con las lecciones de Izan y subió a su dormitorio, se encontró con un gran paquete encima de su cama. Estaba envuelto con lazo de seda rojizo y sobre él yacía una tarjeta.

“Póntelo esta noche”

Nicki sonrió al leerla.

Desde luego, con un hombre como Hayden Clifford a su alrededor le era imposible acordarse, aunque fuera por un instante, de idiotas integrales llamados Neo. ¿Cómo demonios había podido desperdiciar tantísimos pensamientos en él?

Quitó el lazo del paquete con ilusión y abrió la tapa sin saber qué iba a encontrarse en el interior.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó, sacando de él un precioso vestido negro de noche con escote en pico que dejaba la espalda al descubierto.

“¿Dónde se supone que vamos a cenar?”

Debía de ser un sitio muy elegante, desde luego.

Se dio cuenta de que estaba sonriendo como una niña pequeña, pero no podía evitarlo. Se sentía radiante, feliz. Por primera vez en muchísimo tiempo, tenía la sensación de que la vida la sonreía. ¡A ella! No a María, ni a Lyssa, ni a su madre o a su tía... ¡La vida quería que ella fuera feliz!

— No quiero despertarme, por favor... — musitó, contemplando la imagen que le devolvía el espejo de su habitación.

Se colocó el vestido sobre su cuerpo y se imaginó, por unos instantes, cómo debía de sentar sobre sus curvas. Estaba deseando averiguarlo.

¿Por qué estaba tan sumamente nerviosa?

Se suponía que una chica perdía los nervios tras la primera vez que compartía la cama con su cita, pero en este caso no era así. Nicki sentía los nervios in crecento y no podía dejar de imaginar cómo sería aquella velada tan mágica. Con aquel vestido y la luna llena brillando sobre su cabeza, se sentía una princesa sumergida en un cuento de hadas.

— ¿Señorita Grace?

Se giró sobre sus talones y descubrió a Rob acercándose a ella. Supuso que Hayden lo había enviado a buscarla.

— Buenas noches, Rob — saludó, sonriente.

¿Se notaría demasiado su nerviosismo?

Esperaba, al menos, aguantar la compostura.

— Permítame acompañarla...

Rob alargó un brazo, señalando el camino de piedras que guiaba al jardín trasero de la mansión. Nicki no pudo evitar extrañarse, ya que esperaba pasar la velada en un lugar un tanto más... especial. ¿De verdad se había vestido así para quedarse en la casa? ¿Ese era el plan?

— Creí que cenaríamos fuera — explicó brevemente para que el hombre pudiera comprender su confusión.

Rob dibujó una breve sonrisa y después, insistiendo, volvió a señalar el camino de piedras. Nicki echó a caminar por él aguantando el equilibrio sobre sus tacones de aguja. Se los había puesto porque era el único calzado de su

armario que había sido capaz de rescatar tras la limpieza de su madre, aunque sabía que aquellos tacones eran infernales. Tiempo atrás, los había llevado a su graduación y todavía podía recordar el dolor agónico que sintió durante toda la noche.

— Espero que disfrute de la velada, señorita Grace — se despidió Rob, con una sonrisa de oreja a oreja.

La joven, sorprendida, alzó la mirada al frente. Había caminado con la vista clavada en el suelo para no correr el riesgo de tropezar con algún pedrusco — aquellos tacones de aguja tenían peligro de por sí —, así que cuando levantó la cabeza no pudo creer lo que sus ojos veían; Hayden Clifford había levantado una pérgola de lona blanca en mitad del jardín. Bajo la pérgola esperaba una pequeña mesa iluminada por la difuminada luz de las velas y un sendero con antorchas para llegar hasta ella.

Nicki se tapó la boca con una mano para ahogar el grito de asombro que escapaba de su garganta. Aquello era... simplemente, ¡mágico!

— Déjame decir que estás radiante esta noche, Nicole — murmuró Hayden a su espalda —. Y que ese vestido te queda de maravilla...

Nicki se giró hacia él, preguntándose cómo demonios no le había podido escuchar al llegar. Sonrió tontamente y procuró no derretirse tan fácilmente ante los encantos del empresario — aunque, ciertamente, el asunto estaba complicado —.

— ¿Cenamos? — inquirió, concediéndole su brazo para que pudiera agarrarse a él.

La joven asintió y juntos caminaron hasta la mesita.

— ¡Dios mío, Hayden! — exclamó, alucinada —, Esto es...

Se quedó en silencio, contemplando su alrededor. No tenía palabras para describir el maravilloso entorno que había creado.

— ¿Te gusta?

— ¡Me encanta! — aseguró, realmente impactada.

Sentía que estaba viviendo en carnes propias la escena perfecta de una película romántica. Esa parte final en el que los dos protagonistas terminan de

enamorar, se prometen un para siempre jamás y la palabra “fin” aparece iluminada en letras mayúsculas en la pantalla.

Cerró los ojos y deseó, con todas sus fuerzas, que aquel fuera su final. Su cuento de hadas hecho realidad.

— Te mereces esto, Olivia... Te mereces esto y mucho más.

Nicki tembló de pies a cabeza, recordando las palabras del pequeño Izan sobre su padre. El niño temía que ella pudiera romperle el corazón, pero lo que no sabía era que Hayden había comenzado a ganarse el suyo y que, en esos instantes, ella corría muchos más riesgos que él.

Un metre ataviado con un traje negro y un pequeño delantal blanco atado a la cintura apareció poco después para cantarles el menú que Hayden había reservado para aquella noche. A Olivia le pareció de lo más exquisito, aunque ni siquiera entendió la mitad de las palabras que pronunció. “Seguramente se trate de alta cocina”, pensó, divertida.

— ¿Y para beber? ¿Qué desean los señores?

Hayden sonrió.

— Las noches especiales sólo pueden acompañarse con champán.

— ¿Por qué es una cena especial? — preguntó Nicki.

— ¿Acaso necesitas una razón para disfrutar de una cena especial, Nicole? — inquirió Hayden, risueño, apoyándose ligeramente sobre la mesa — . Es especial porque cenamos a la luz de la luna llena, por ejemplo.

— Me sirve — aseguró la joven, incapaz de creer lo que estaba viviendo.

Poco después comenzaron a servir los platos.

La cantidad de comida que venía en ellos no era comparable al tamaño de los mismos, pero Nicki disfrutó de cada bocado como si fuera el último. Hayden se portó como un caballero durante toda la velada; fue locuaz, inteligente y divertido. Después de unas ricas torrijas con helado de chocolate, se levantaron para pasear por los jardines. Nicki se arrimó a su jefe, aferrándose con fuerza de su brazo, y Hayden fue tan atento con ella que incluso se quitó la chaqueta del traje para cubrirla los hombros.

— Creo que Izan debería volver a la escuela — soltó, cambiando de tema

radicalmente.

Hayden detuvo el ritmo de sus pasos unos instantes, pero después volvió a retomarlo.

— ¿Por qué dices eso? — preguntó, evidenciando cierta preocupación en su tono de voz.

La joven suspiró.

— Creo que necesita relacionarse con sus compañeros. Llevo dándole vueltas al asunto varios días, y estoy segura de que a Izan no le conviene este tipo de educación tan... aislada.

— Te preocupas mucho por él, ¿verdad? — susurró en voz baja él, pensativo.

— Sí, por eso me despediste...

Hayden la detuvo, sujetándola del brazo para que se girase hacia él. Quería asegurarse de que ya no le guardaba rencor por aquello, y en efecto, así era. Cuando la miró a los ojos, lo único que obtuvo fue la pícaro sonrisa traviesa de una chica preciosa.

— Eres mágica...

Y no dijo nada más.

No necesitaba palabras para expresarse, simplemente quería sentirla. Presionó los labios contra los de Nicki y rodeó su cintura para acercar ambos cuerpos.

Cuando se separaron, Nicki sonreía tontamente.

“Soy una tonta enamorada”, pensó, diciéndose a sí misma que había sido una estúpida al suspirar por Neo durante tantísimos años. ¿Y cuánto tiempo había necesitado para cambiar de parecer sobre sus sentimientos? Un revolcón, un desayuno y... una cena. Una preciosa cena.

— Hayden, si Izan vuelve a la escuela... ¿No crees que yo debería marcharme de tu casa?

Él apretó la mandíbula, reflexionando.

— Renegociemos tu contrato. ¿Qué te parece tu nuevo cargo como profesora particular interna?

La joven no pudo evitar saltar en carcajadas, risueña.

— Izan necesitará un apoyo extra para llevar bien el curso...

— Hayden...

— Dime.

— ¿No será que tú necesitas ese apoyo extra? — preguntó, colocándose de puntillas y acercando su rostro a él para que la punta de ambas narices se rozase de forma cariñosa.

— Puede que sí...

— ¿Y no será que Hayden Clifford se está enamorando de una chica sureña, engreída y sin modales? — bromeó, feliz con la anterior respuesta de su jefe.

— Puede que sí... Puede que esa chica sureña me esté conquistando...

Nicki volvió a saltar en carcajadas y él aprovechó el instante para auparla en brazos y echar a caminar al interior de la casa.

— ¿A dónde vamos? — inquirió ella, besando su cuello juguetonamente.

— A tu habitación — ronroneó él en su oreja con el mismo tono de voz.

Aunque subieron silenciosamente, Hayden no soltó a la chica hasta que pudo dejarla sobre la cama. Comenzaron a besarse apasionadamente y Nicki no pudo evitar imaginar cada instante que había tenido lugar la noche anterior, justo en aquel mismo lugar. Quería volver a experimentar todos aquellos placeres y quería hacerlo con él. Quería desnudarle, acariciarle, sentirle, besarle, lamerle... Y todo eso con suma lentitud. Tomándose su tiempo, haciéndolo con calma.

Un teléfono móvil comenzó a sonar de fondo y la atención de ambos se desvió hacia la chaqueta de traje que Nicki había llevado sobre sus hombros hasta llegar al dormitorio.

Hayden consultó el elegante reloj de su muñeca.

— Debe de ser importante si llaman tan tarde — señaló.

La joven, decepcionada, se encogió de hombros.

— Contesta, no pasa nada.

— ¿Estás segura?

— Tenemos toda la noche, ¿no? — señaló, guiñándole un ojo — .
Responde tranquilo.

Hayden sonrió.

— Te lo compensaré — aseguró, sacando el teléfono del bolsillo interno de la chaqueta.

Hayden miró la pantalla unos instantes y, después, desapareció de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

“Genial”, pensó Nicki, observando su alrededor mientras planeaba cómo esperarle. Al final, tuvo una brillante y provocadora idea. Se desnudó por completo, se cubrió levemente con una sábana y bajó la intensidad de las luces; pero Hayden parecía tener para largo.

Miró el reloj de la mesilla y se dio cuenta de que llevaba más de treinta minutos esperándole. Se dijo a sí misma que, en efecto, aquella llamada debía de ser algo importante de verdad y decidió tener paciencia.

Una hora de espera después, la mágica noche finalizó cuando Nicki cedió al cansancio cerrando sus párpados. Sola.

Se despertó temprano, desnuda y tan sola como se había quedado dormida la noche atrás.

Aquella mañana, cuando la joven se metió en la ducha, no sólo sentía una gran decepción respecto a la noche anterior, sino que además tenía un mal presentimiento. ¿Habría sucedido algo? ¿Qué le habrían dicho a Hayden en aquella llamada? ¿Por qué no había regresado a la habitación junto a ella?

Antes de bajar a desayunar, se tomó unos minutos más de los habituales para mejorar su imagen. Aunque pudiera parecer absurdo, le apetecía que Hayden la viera guapa y se arrepintiera por lo que se había perdido la noche anterior.

No había terminado de maquillarse cuando escuchó dos golpes secos contra la puerta de su habitación. Revisó el reloj, suponiendo que quizás se había entretenido más de lo necesario, pero descubrió que aún era temprano. Ni siquiera Izan debía de estar levantado a aquellas horas.

— ¿Sí?

La puerta se abrió con lentitud y Rob, el chófer, apareció al otro lado de ella.

— ¿Rob? ¿Qué ocurre? — inquirió, sorprendida.

Había sido la última persona que había esperado encontrar llamando a la puerta de su dormitorio.

— Siento molestarla, señorita Grace, pero el señor Clifford me ha pedido que le ayude con las maletas.

Nicki, extrañada, frunció el entrecejo. Debía de haber un malentendido.

— ¿Qué maletas?

Rob también parecía tan sorprendido como ella.

— El señor Clifford me ha comunicado que dejaba la mansión. Me dijo que debía llevarla a donde usted solicitase, señorita Grace.

“No, no puede ser”, pensó, “tiene que ser un error”.

— ¿Seguro que...? — comenzó, sin saber muy bien qué decir — . ¿Dónde está el señor Clifford, Rob?

El chófer parecía tan incómodo como ella.

— Le llevé a su sede en la ciudad esta mañana, temprano, regresará para media tarde.

¿Se había marchado ya? ¿Tan temprano?

— Entonces le esperaré.

Rob comenzó a frotarse las manos con nerviosismo.

— Señorita Grace...

— Dime, Rob.

— El señor Clifford insistió en que... — musitó, incómodo, alargando la frase todo lo posible en busca de las palabras más apropiadas.

— ¿En qué, Rob? ¿En qué ha insistido?

— En que solucionase su asunto antes de que él regresara a casa.

Nicki tardó unos segundos de más en comprender a qué se refería con lo de “su asunto”.

— ¿Te ha pedido que me eches de casa antes de que el regrese? — preguntó, un par de tonos más alto de lo intencionado — . Rob, por favor, llama al señor Clifford y confirma todo esto... Tiene que ser un error.

No, aquello no tenía el más mínimo sentido.

“¿Todo va bien, verdad?”, se preguntó, dubitativa. A pesar de que la noche no terminara tal y como esperaba, la cena había sido perfecta. En realidad, ¡más que perfecta! ¡Había sido la mejor cita de su vida!

No tenía el más mínimo sentido que la mañana siguiente Hayden la echara de su casa, más aún después de haberle asegurado que la quería allí, con él.

— Un segundo, señorita Grace...

El chófer se dio la vuelta, sacó el teléfono y se lo pegó a la oreja. Nicki guardó silencio y prestó atención expectante, con el corazón acelerado y una confusión abismal en su mente. “Tiene que ser un error”, se repitió una vez más.

— Señor Clifford... Sí, estoy con la señorita Grace... Sí, me pide que confirme que no se trata de un error... Sí, no se preocupe, señor... No le molestaré más, lo siento.

Y sin añadir nada más, colgó.

— ¿Y bien? — apremió Nicki.

— Me confirma lo que acabo de decirle, señorita Grace. El señor Clifford quiere que se marche de la casa cuanto antes.

Se quedó helada.

Asintió con un gesto silencioso y, después, con la voz ronca y el pecho dolorido, le pidió a Rob que la dejase sola unos instantes para empaquetar sus cosas. ¿Qué sentido tenía aquello? ¿Cómo era posible que de un día para otro, de la noche a la mañana, cambiara de parecer? ¡Joder, no podía ser verdad!

Comenzó a empaquetar sus escasas pertenencias mientras se decía a sí misma que aquel extraño comportamiento por parte de Hayden debía tener alguna explicación. Pero, y si la tenía, ¿por qué no la había llamado? ¿Por qué no le había explicado lo que pasaba antes de marcharse a trabajar?

Una lágrima silenciosa recorrió su mejilla y Nicki se apresuró a retirársela de un manotazo. Llorar tan sólo lograba que se enfadara más consigo misma. Era una estúpida, una niña tonta y enamoradiza que se había pensado que vivía en un cuento de hadas.

— Los cuentos de hadas no existen...

Cuando salió fuera, Rob la esperaba con el rostro apenado.

— Lo siento mucho, señorita Grace — murmuró, echando a caminar escaleras abajo.

Nicki intuyó que el hombre sabía algo que ella desconocía, pero decidió no ahondar más profundamente en el asunto. No merecía la pena escarbar en algo que, si desterraba, tan sólo serviría para dañarse más.

Rob le abrió la puerta trasera del vehículo y ella pasó al interior; pero nada más hacerlo se arrepintió. Clifford la estaba sacando de allí deprisa y corriendo, como si ella no fuera más que un estorbo del que se debía deshacer cuanto antes.

— ¿Sabes qué, Rob? Creo que iré andando...

— ¡No hace falta, señorita Grace!

Cerró la puerta de un portazo y echó a caminar sendero abajo con su bolsa colgada al hombro.

“Ni siquiera he podido despedirme de Izan”, pensó, justo en el instante en el que estallaba en lágrimas.

Caminaba apresurada, deseando escapar de aquel lugar. La habían echado a la calle como a un perro, sin una explicación, sin siquiera un adiós.

“Estúpido, engreído y egocéntrico malcriado...”, pensó, refiriéndose a Clifford. ¿Pero quién demonios se pensaba aquel tipejo que era para prometer la luna y después pisotearla? O, mejor dicho, ¿quién o qué se creía que era ella? ¿Un trapo sucio del que podía deshacerse cuando quisiera?

— ¡Idiota!... ¡Idiota!... ¡IDIOTA! — exclamó, gritando a pleno pulmón con el rostro empapado.

Escuchó el sonido de un coche aproximándose sendero arriba y se apresuró a secarse la cara y a recobrar la compostura. Poco le importaba lo que pudieran pensar de ella en un sitio como Hahnville, pero cabía la posibilidad de que se tratase del estúpido de Clifford y lo último que deseaba era que aquel desgraciado la viera herida y hundida.

Un coche elegante, negro, grande, apareció al doblar la curva. El chófer, que Nicki no conocía ocupaba el asiento conductor y, cuando el vehículo pasó de largo, se fijó en que detrás viajaba una mujer. Una mujer que, en efecto, le resultaba muy familiar.

— ¡No! — exclamó, incapaz de procesar lo que acababa de ver.

Ahora sí, todo cobraba sentido.

Tan sólo le quedaba el Blue Lagon, Makai y la señora Morgan. Ellos eran lo único verdadero que Nicki había encontrado en Hahnville a lo largo de los años.

Pasó al interior de la cafetería destrozada, y su estado psíquico tan sólo empeoró más cuando encontró a Neo y a María al fondo de la cafetería haciéndose arrumacos el uno al otro. Eran empalagosos y... ¡Oh, Dios! ¡Les odiaba! ¡Les odiaba con todas sus fuerzas!

— ¡Oh, mi niña...! — exclamó la señora Morgan, envolviéndola en uno de sus cálidos abrazos.

Nicki descubrió que resultaban profundamente reconfortantes, pero que aún así no eran capaces de reparar el daño que sentía desgarrando sus entrañas.

— ¿Qué te ha hecho ese cabrón? — se aventuró Makai —. ¿Lo ha fastidiado, verdad?

Como siempre, estaba en lo cierto. Le dio igual que María y Neo estuvieran observándola y que después fueran a cotillear sobre ella; aquellos dos mentirosos eran lo último que le importaba a la joven en esos instantes.

— Me ha dejado... Bueno, en realidad, me ha echado — rectificó.

— ¿Te ha echado de casa? — preguntó la señora Morgan, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

— Así es...

Sin darse cuenta, rompió a llorar.

— ¿Por qué? — quiso saber Makai.

— Porque su mujer, la madre de Izan, ha regresado a casa...

Sus dos locutores se quedaron en silencio, incrédulos.

— ¿De... verdad? — tartamudeó la señora Morgan — . ¿Te ha dejado por... ella?

Nicki asintió.

— La vi subir a la mansión cuando yo me marchaba — señaló con pesar.

— ¿Cómo sabías que era ella?

— Hay un cuadro enorme en el salón de esa mujer... Y, bueno..., la reconocí.

— Quizás te hayas equivocado y todo esto tenga otra explicación — puntualizó Makai, pensativo.

Nicki sacudió la cabeza, negando.

— Era ella, lo sé.

La señora Morgan se apresuró a colocar una magdalena de chocolate frente a la joven. Tenía un aspecto horrible y realmente parecía muy afectada por la situación.

— ¿Has pensado qué vas a hacer ahora?

Nicki se encogió de hombros.

Aún no había tenido tiempo para meditarlo... Todo había ocurrido tan rápido, que sentía que de un momento a otro se despertaría en los brazos de Clifford y aquello sería una pesadilla, nada más.

Pero la realidad era que Clifford había jugado con sus sentimientos y que, ahora, tenía el corazón roto y no sabía a dónde ir.

— Al menos, te habrá pagado.

Nicki sonrió con ironía.

— Ni siquiera eso.

La señora Morgan irrumpió en la conversación.

— ¿Por qué no te quedas aquí, querida? Hay un colchón en el trastero y, aunque no es una mansión, tendrás sitio suficiente para pasar alguna que otra noche.

Estaba a punto de responderle cuando Neo y María se levantaron del fondo de la cafetería y cruzaron a la salida. Nicki se fijó en que parecían enamorados y felices, y aquel detalle le rompió aún más el corazón.

— Nicki... — murmuró María al pasar a su lado.

La joven se giró hacia su ex - compañera. Fuera lo que fuese a decirle, aquel no era el momento oportuno...

— María, no...

— Lo siento, ¿vale? No pretendía enamorarme de Neo pero...

— María... — le cortó, rendida — . Déjalo.

Su antigua compañera no dijo nada más. Sin despedirse, desapareció por el umbral de la cafetería dejando a los tres amigos a solas.

— Voy a regresar a casa de mi madre... Creo que... Creo que será lo correcto. Tengo que poner los pies en la tierra y empezar a pensar con claridad.

Makai y la señora Morgan no supieron qué contestar.

La verdad era que, en muy poco tiempo, la vida de aquella joven se había ido al traste por completo.

— ¿Nicki?

— Dime, Makai.

— Ya sabes que a nosotros siempre nos tendrás a tu lado.

La joven sonrió.

“Sí, lo sé”, pensó, aunque se guardó la respuesta en su corazón.

La habían echado como a un perro pulgoso y regresaba a su antiguo hogar con el rabo entre las piernas. Cuando cruzó la puerta y saludó a su madre, Betty Grace tan sólo se molestó en dirigirle la palabra con un escueto “te lo

advertí”, pero cuando Nicki comenzó a ascender las escaleras hacia su habitación, la escuchó refunfuñar que su hija era una estúpida que tan solo tenía dos neuronas en el cerebro.

— Bienvenida a casa, Nicole — se dijo a sí misma, echándose a llorar sobre la colcha de un gris liso con la que su madre había sustituido la de corazones.

Hahnville amaneció resplandeciente, con un inmenso sol vigilando en lo más alto a todos los ciudadanos de aquel pueblo sureño.

Cuando la joven se despertó, decidió que aquella mañana se pondría el vestido celeste que años atrás le había regalado la tía Margory. Estaba segura de que con aquel detalle alegraría a su madre, lo cual le convenía. Aquellos últimos días la convivencia entre ellas no había sido sencilla, pero poco a poco todo iba regresando a la realidad y los rencores iban quedando atrás.

Bajó a desayunar con Betty, tomó pastas, escuchó cómo su culo enorme terminaría por salirse de la silla y después pasó por el Blue Lagon para tomar el café con sus dos queridos y únicos amigos; Makai, cuya estancia en la cafetería comenzaba a llegar a su final, y la señora Morgan.

Después, como cada día, se dirigió a casa de la señora Collins — cuyo estado, tanto físico como psíquico — había empeorado. Limpió la casa a fondo, la ayudó a asearse y vestirse y dejó hecha la comida y la cena. La rutina no era precisamente algo que a Nicki le gustase, pero debía de admitir que aquellos días ajetreados la ayudaban a no pensar en nada más.

Porque, sí. Nicole Grace era una chica estúpida que aún pensaba en Hayden Clifford, en Izan, en su cuento de hadas y en lo que pudo ser y no fue. Aquellos días la habían terminado por marcar tanto que ya ni siquiera le afectaba tropezar con María y con Neo agarraditos de la mano. Le era indiferente y, en el fondo, les deseaba lo mejor.

Tal vez la única condenada a sufrir en soledad fuera ella. Quizás un Dios — un Dios bastante vengativo, desde luego — había decidido que su deber

era cuidar de Betty hasta el fin de sus días.

Regresó a casa después de una intensa jornada laboral, y allí encontró a su madre y a su tía Margory.

— ¡Tarde de bingo! — anunció Betty, sonriente.

Nicki se unió a ellas y puso la mejor de sus caras.

Aunque odiaba su vida, su casa, su trabajo, el bingo e, incluso, a su madre, había decidido esforzarse en ser feliz. O al menos, todo lo feliz que una persona en su situación pudiera llegar a ser.

— Tienes que comprarme tela para las cortinas — señaló Betty, dirigiéndose a su hija — . Mañana pasaremos el día haciendo cortinas nuevas para tu habitación.

— ¡Estupendo! — exclamó la joven, fingiendo una falsa emoción al respecto.

— Puede que incluso te haga un vestido — apuntó.

— Puede que yo te haga otro — añadió tía Margory.

Nicki ni siquiera se molestó en responder, con dedicarles una simple sonrisa bastó.

Toda la ropa que tenía y que le quedaba en el armario era la que Betty y tía Margory le regalaban o le cosían con sus propias manos. Penoso, sí. Pero lo mejor de todo es que de esa manera ni siquiera tenía que pensar qué ponerse en el día a día; todos los vestidos que estaban colgados eran iguales. Excepto uno; el que guardaba escondido en el cajón de los calcetines, al fondo. Su vestido secreto era negro, tenía la espalda descubierta y le recordaba la noche más mágica de su vida. Un sueño con el que tan solo podría hacer eso: soñar.

— ¡Niña! — exclamó Margory, justo antes de propinarle un codazo — . ¿Estás en este mundo? ¡Mueve la manivela, por Dios!

Betty suspiró con dramatismo.

— Cualquiera diría que es hija mía, ¿verdad?

Su hermana, conforme, sacudió la cabeza.

— ¡Increíble! ¡Increíble!

— Voy, voy... — refunfuñó Nicki, haciendo girar la manivela que movía las bolas del bingo y dejando aquella noche y su vestido negro para otro momento.

— ¿Qué ha salido?

La joven estaba a punto de comentar el resultado cuando, de pronto, la bocina de un coche comenzó a sonar repetidas veces, armando un escándalo. Las tres mujeres se miraron extrañadas, ya que pocos vehículos solían llegar — sin razón alguna — hasta aquella parte del pueblo en la que vivían.

— ¿Qué ocurre ahí? — inquirió tía Margory.

Como no, Betty se apresuró a acercarse al ventanal para cotillear.

— ¿Qué ocurre, Betty? — insistió su hermana, que a aunque era igual de cotilla, la pereza le impedía moverse de su sillón.

— ¡DIOS MÍO! — exclamó la mujer, impactada.

El grito fue lo suficiente llamativo como para que tía y sobrina se levantasen apresuradas para ver qué demonios ocurría en el exterior.

— ¡Madre del amor hermoso! — exclamó tía Margory, pestañeando con incredulidad — . ¡ES PRECIOSO!

Nicki no podía creer lo que estaba viendo.

Alguien, por alguna razón incomprensible, había llenado de rosas de todo tipo de colores el jardín de su madre. No había dejado ni un solo hueco por rellenar. Alzó la vista hasta el final del sendero que conducía a la carretera y sintió que la piernas le fallaban cuando, en su campo de visión, apareció Hayden Clifford con un enorme ramo de flores en las manos.

— No puede ser...

— Esto... ¿Esto es para ti? — preguntó Betty, asombrada.

Nicki se encogió de hombros.

— Su... Supongo...

— ¿Y no vas a salir, Nicole? — la apremió tía Margory, que tampoco podía creer lo que veían sus ojos — . Debe de haber comprado una floristería entera. Quizás dos.

— O tres — apuntó Betty.

— Yo, no sé... — comenzó la joven, indecisa.

Solo tenía claras dos cosas en la vida: que la gente, como norma general, no era de fiar, y que Hayden Clifford era un estúpido sin escrúpulos ni sentimientos.

— Venga, ¡sal fuera y escucha lo que te tenga que decir!

Nicki asintió.

Sí, eso haría... Escucharle no significaba nada en absoluto y tampoco la comprometía a nada.

Abrió la puerta de la casa. Le temblaban las piernas, sentía ganas de llorar y estaba segura de que si intentaba decir una palabra en voz alta la voz se le perdería en el interior de su garganta.

— Nicki... — comenzó Hayden, justo antes de hacer una pequeña pausa.

Se miraron a los ojos durante unos segundos y resultó el tiempo suficiente para que la electricidad con la que siempre conectaban se formase entre ambos. Su ex-jefe, aún con el gigantesco ramo de flores en las manos, sacó un papel del bolsillo de su americana y comenzó a leer.

— Siempre me dijeron que uno tenía que ser práctico en la vida. Era el primer consejo que me dio mi padre cuando decidí dedicarme a los negocios y continuar con sus pasos... Pero nadie me dijo que, en algunas ocasiones, lo práctico no coincide con lo que el corazón te dicta.

Se quedó en silencio y alzó la cabeza hacia Nicki, cuyo remolino de sentimientos iba en aumento poco a poco.

“No caigas”, se dijo a sí misma, “no vuelvas a caer en la trampa”.

Pero había vuelto a su sueño, a su cuento de hadas, y costaba decir que no a algo que durante tanto tiempo había anhelado.

— Siento mucho cada error que cometí y... por eso estoy aquí. No quiero a Susane. La dejé de querer el día que nos abandonó y... Fui estúpido y absurdo al pensar que Izan la necesitaría a ella más que a ti. Cuando me llamó y me dijo que quería visitarnos yo... Lo siento... Lo siento muchísimo... No supe cómo actuar.

— ¿Por qué, Clifford? — escupió con el tono de voz herido. Aunque no se había dado cuenta, estaba llorando — . ¿Por qué voy a creer que no volverás a dejarme por ella?

— Yo... — titubeó — ... Ella es mi pasado y quiero que tú seas mi futuro, Nicole...

Nicki se secó el rostro con un manotazo rabioso y después echó caminar al frente inconscientemente. Quería mirarle a la cara y decirle lo estúpido que había sido al perderla.

— ¿Qué demonios haces aquí, Hayden? Dime... ¿Qué demonios haces aquí?

— Negociar... — respondió él, también acortando la distancia que los separaba a ambos — . Es lo único que se me da bien hacer...

— ¿Y qué quieres negociar, estúpido engreído? — escupió ella, cuyo enfado aumentaba cada vez más por segundos.

— Quiero negociar... — comenzó, con los ojos brillantes — . Nicki, mírame.

Ella, también llorosa, se perdió en su penetrante mirada.

— Quiero negociar la fecha de nuestra boda... Quiero negociar el nombre que le pondremos a los hermanos de Izan... Quiero negociar dónde viviremos... Quiero negociar... — continuó, emocionado — ..., quiero negociar nuestra vida juntos.

Habían acortado la distancia hasta que no les separó ni un solo milímetro. Aunque sus cuerpos no se tocaban, podían sentirse. Rabia, ira, pasión... Rencor. Aún quedaba demasiado rencor entre ellos.

— Eres un idiota, Hayden Clifford.

— Lo soy. Un idiota que quiere casarse contigo...

Nicki se quedó en silencio, incapaz de creer una sola palabra de lo que estaba escuchando. “No, esto no puede ser verdad”, pensó, “no puede estar pasándome a mí”.

— ¡Nicole Grace, espabila esas dos neuronas de tu cerebro y di que sí!

— exclamó Betty desde el umbral, recordándole a la joven que tenían dos espectadoras prestando atención a todo.

— ¡BÉSALE, TONTA! — gritó con todas sus fuerzas tía Margory.

Nicki escrutó fijamente al hombre que tantas promesas vacías le había hecho, sopesando las opciones que tenía. No quería ni soportaría más engaños y sufrimiento...

— Perdóname — suplicó.

Y como respuesta, Nicki alzó la mano y, rabiosa, la estampó con todas su fuerza contra el rostro de Hayden Clifford.

— Te daré otra lección de negocios mejor que la que te dio tu padre, Hayden — dijo, recobrando la compostura — . No negocies ni prometas nada que no puedas dar ni cumplir.

Él sonrió.

— Lección aprendida — aseguró — , ahora... ¿negociamos nuestra vida, futura señora Clifford?

Betty y tía Margory se devoraban las uñas en el umbral de la puerta, nerviosas.

— Primero negociemos lo del apellido — sonrió Nicki — , Grace siempre me gustó.

Y sin objeciones al respecto, Hayden soltó el ramo y atrapó entre sus brazos a la chica.

Ésa a la que amaría el resto de su vida...
Que adoraba el chocolate...
Que cuidaba de su hijo...

Ésa chica mágica y única que jamás creyó que pudiera existir.

FIN

EPÍLOGO

Nicole Grace había sido educada como una dama sureña, y las damas sureñas pocas veces abandonan su hogar. Y su hogar, con lo bueno y con lo malo, con su gente huraña y sus mentalidades anticuadas, con sus calles mal asfaltadas o su estación abandonada... Su hogar era, y siempre sería, Hahnville.

— ¿Qué os parece? — preguntó Hayden, echando el freno de mano.

Izan no tardó demasiado en desabrocharse el cinturón y salir corriendo al exterior, ansioso por obtener unas mejores vistas de la que sería su próxima casa.

Hayden salió detrás de él, gritándole que tuviera cuidado, y con un poco más de lentitud y torpeza, Nicki logró abandonar el vehículo.

Le dolía horrores la espalda, tenía los pies hinchados y a esas alturas del embarazo, prácticamente no podía siquiera caminar.

— ¿Y bien? — insistió el hombre con nerviosismo.

La casa era un regalo para ella, así que deseaba con todo su ser que resultara de su agrado.

— Soy una ballena — señaló, suspirando hondo con pesar — . No puedo caminar.

Su marido sonrió.

— Señora Clifford, eres la ballena más preciosa que he visto jamás — aseguró, besando con delicadeza su cuello.

— ¡PAPÁ! ¡NICKI! — gritó Izan desde la puerta de su nuevo hogar — .
¡Está abierta!

Ambos se echaron a reír, contemplando al pequeño Izan asomar la cabeza para fisgonear el interior.

— ¿Me vas a decir de una vez qué te parece? — volvió a insistir, agarrándola del brazo para evitar que tropezara.

El jardín aún necesitaba ciertos apaños, pero nada que debiera preocuparles.

La joven alzó la vista y recorrió la casa de arriba abajo con la mirada, frunciendo el ceño como aquel que no está demasiado convencido. Aunque, claro, en realidad le encantaba; tan sólo quería hacer rabiar a Hayden un poco.

— ¿No te gusta?

Ella sonrió.

— ¡Es perfecta! — confesó finalmente.

Era, exactamente, aquello que siempre había deseado.

No era la mansión, sino un pequeño hogar familiar, sencillo de cuidar y de mantener. Calculó que la casita tendría unas dimensiones parecidas a la de su madre, aunque el jardín vallado que la rodeaba era kilométrico.

— ¿Los terrenos son nuestros? — preguntó, ascendiendo con esfuerzo las escaleras del porche.

— Son nuestros.

— ¿Puedo pasar? — insistió Izan, emocionado.

— Pasa... — canturreó Nicki, divertida por la emoción del pequeño.

Pero antes de que ella pudiera caminar un paso más al frente, Hayden la rodeó por la espalda para taponarle los ojos con ambas manos.

— ¡GUAU! ¡Qué pasada, papá! — gritó Izan desde el interior.

Nicki cada vez estaba más nerviosa.

— ¿Qué has hecho, Hayden? ¿Me lo vas a explicar?

Aunque no había tenido tiempo para mejorar el aspecto del jardín, se había

preocupado de decorar la casa — o al menos parte de ella — . Empujó a su joven esposa hasta el salón y después, retiró las manos de sus ojos para que pudiera verla.

La había decorado del mismo modo que ella le había descrito la casa de sus sueños; una enorme chimenea frente a un sofá en el que compartir tiempo en familia, flores por doquier, una mesa de comedor grande para poder disfrutar de las cenas y comidas festivas... Y las fotografías. Hayden había dedicado un mueble única y exclusivamente a las fotografías y a los recuerdos de sus vidas, tal y como Nicki le había descrito una vez. Caminó hasta él y se quedó mirando el pequeño altar. Allí estaban todos; Nicki, Izan, Betty, tía Margory, la señora Morgan, Makai y Hayden. Sonrió tontamente al observar la fotografía de su boda, ésa en la que Betty y Makai salían abrazos y llorando como magdalenas. ¡Dios! ¡Cuánto habían cambiado las cosas! ¡Su madre y Makai!

Incluso la huraña de su madre había abierto su corazón, lo que resultaba realmente asombroso.

— Ven... Quiero que veas la cocina... — apremió Hayden, agarrando a Nicki de una mano y a su hijo de otra — , allí también os he preparado una sorpresa.

— ¡Qué será, qué será...! — canturreó Nicki, procurando mantener a raya la emoción que sentía.

La verdad es que tenía el mejor marido del mundo, eso por descontado.

Caminaron por un amplio pasillo hasta la cocina y, cuando abrieron la puerta, un gigantesco cartel de “Bienvenidos a casa” cayó sobre sus cabezas mientras todos sus amigos y familiares saltaban por los aires de sus escondites, gritando simultáneamente “¡Sorpresa!”. Izan comenzó a dar palmadas, emocionado, y Nicki se echó a reír a carcajadas, incapaz de contenerse.

— Gracias, amor... — murmuró en voz baja, apretando la mano de Hayden en un gesto cariñoso.

Allí, en su nueva cocina, en su nuevo hogar, estaba todo lo que amaba. Su familia, sus amigos, ¡incluso Rob y Agnes!

Aquello era, simplemente, perfecto. Realmente perfecto.

— ¿Nicki? — inquirió Betty, con los ojos saltones y el rostro impreso en preocupación.

— ¡Oh, Dios, Nicole! — coreó tía Margory.

— ¿Qué ocurre, cariño? — preguntó Hayden, sin comprender aquellas caras.

La joven miró el charco que se había formado en el suelo y, mordiéndose el labio, respondió.

— Creo que tu hija también quiere conocer su nuevo hogar.

Las recetas del Blue Lagon

Lo confieso: no sé cocinar.

Creo que si alguna vez me atreviese a coger una sartén, la cosa terminaría exactamente igual que en “Olivia y su caos”. Por ende, prefiero no arriesgarme y dejar esos quebraderos de cabeza a mis familiares y amigos (creo que con escribir, tengo más que suficiente).

Aún así, me he tomado la libertad de pedirle a mi querida madre, cuyos donuts superan los del Blue Lagon, su receta.

La comparto con vosotras para que también podáis disfrutarlos, chicas Martins.

¡Qué aproveche!

Donuts caseros de mamá Martins

Para el fermento

6gr levadura fresca
60ml leche entera
60ml Harina fuerza

Resto de la masa

65ml leche
Miel
1 Huevo
1 yema
220gr de harina
35gr de azúcar
Sal (una pizca)
Canela (una pizca)
Vainilla (un poquitín)
40gr mantequilla
Aceite para freír

Indicaciones:

Mezclar todos los ingredientes del “fermento”, meterlo en un bol, taparlo y dejarlo reposar (hasta que doble su volumen).

Después comenzamos con la masa: mezclamos el resto de los ingredientes hasta que la masa sea totalmente homogénea (añadiendo en ella el fermento).

Después dejamos reposar para que la masa doble su volumen (entre 6 y 10 horas en la nevera)

Sacamos la masa de la nevera, dejamos que se atempere, y la estiramos. Los donuts se pueden hacer con la ayuda de un corta-donuts o a mano, dejando unos dos o tres centímetros de grosor.

Una vez estén cortados, se dejan reposar una o dos horas hasta que doblen su

volumen.

Calentamos el aceite y freímos nuestros donuts, vuelta y vuelta para que no se quemem (¡el aceite muy, muy, muy caliente!).

Mamá Martins los decora y pinta de todas las maneras, así que este último paso lo deja a vuestra imaginación.

¡Bon appetit!

NOTA DEL AUTOR

Querido lector, espero que hayas disfrutado de las aventuras de Nicki.

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofia

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo